

FINEZAS

DE

JESUS SACRAMENTADO

PARA CON LOS HOMBRES.

IMITACIONES DE LOS HOMBRES

PARA CON JESUS SACRAMENTADO.

DE DON JUAN JOSE DE S. YERGA.

Traducción de Don Juan José de S. Yerga.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON ENRIQUE ROSENDE,

Profesor.

En la oficina de imprenta y librería.

BURGOS: 1862.

Imprenta de Villaverde y Pique.

Con licencia.

C. 1134010

t. 108639



FINEZAS

DE

JESUS SACRAMENTADO

PARA CON LOS HOMBRES,

É

INGRATITUDES DE LOS HOMBRES

PARA CON JESUS SACRAMENTADO.

ESCRITO EN TOSCANO Y PORTUGUES

OR EL P. FR. JUAN JOSÉ DE S.^{TA} TERESA,

Carmelita Descalzo.

TRADUCIDO EN CASTELLANO

POR DON IÑIGO ROSENDE,

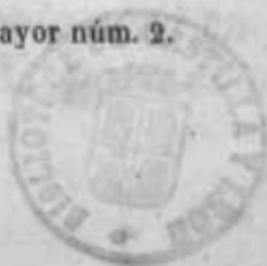
Presbitero.

Nueva edicion corregida y aumentada.

BURGOS: 1862.

Imprenta de VILLANUEVA, Plaza Mayor núm. 2.

—
Con licencia.



R. 85193

FINEZAS
DE
ESTOS SACRAMENTOS

PARA CON LOS HOMBRAS

INGRATITUDES DE LOS HOMBRAS
PARA CON JESUS SACRAMENTADO

ESCRITO EN TOSCANO Y PORTUGUES

ON EL P. FR. JOAN JOSÉ DE S. Y. Y. Y.

Carteja de Deserto

TRADUCIDO EN CASTELLANO

POR DON FÉLIX ROSERRE

Presbitero

Nova edición corregida y aumentada.

BURGOS: 1862

Imprenta de Valeriano, Llamada Mayor de San

Con licencia

LICENCIA.

Habiendo dado cuenta á su Ema. Rma. el Cardenal Arzobispo mi señor de la instancia de V., fecha 17 del corriente, solicitando la competente autorizacion para reimprimir el excelente libro de **FINEZAS DE JESUS SACRAMENTADO** con el fin que en dicha instancia manifiesta, pidiendo asi mismo Indulgencia á su lectura, su Ema. se ha servido por decreto de ayer otorgar á V. la mencionada licencia para que pueda desde luego reimprimir dicho libro. Concediéndole ademas 100 dias de Indulgencias á los fieles que con las disposiciones debidas y con esta intencion leyesen dicho libro.

Debiendo antes de darle á luz revisarse por esta jurisdiccion, le presentará V. para dicho objeto á su debido tiempo.

De órden de su Ema. lo comunico á V. para su conocimiento y demas efectos.

Dios guarde á V. muchos años. Burgos 22 de marzo de 1862.—Dr. Felix Martinez, Canónigo Secretario.—Sr. D. Fr. Buenaventura Morer, religioso de la Cartuja de Miraflores.

ADVERTENCIA.

El producto de la venta será en favor de su Santidad Pio IX, para el dinero de S. Pedro.

ALICERENCIA.

Habiendo dado cuenta á su Ema. Ema. el Excmo. Arzobispo mi señor de la instancia de V. para el 17 del corriente, solicitando la competente autorizacion para reintegrar el excéntrico libro de cuentas de lasus SACRAMENTADO con el fin que en dicho libro se manifiesta, pidiendo así mismo indulgencias á su lacerna; su Ema. se ha servido por decreto de V. el otorgar á V. la mencionada licencia para que pueda desde luego reintegrar dicho libro. Concediéndose además 100 dias de indulgencias á los libros que con las disposiciones dadas y con esta intencion levan dicho libro.

Debiendo antes de darlo á luz revisarse por esta jurisdiccion, lo presentará V. para dicho objeto á su debido tiempo.

De orden de su Ema. lo comunico á V. para su conocimiento y demás efectos.
Dios guarde á V. muchos años Buenos Aires 25 de marzo de 1862.—Dr. Felix Martinez, Canónigo Secretario.—Sr. D. Fr. Buenaventura Morer, religioso de la Cartuja de Miraflores.

ABSENTENCIA.

El producto de la venta será en favor de su Santidad Pio IX. para el destino de S. Pedro.

AL AUGUSTO Y SOBERANO

SACRAMENTO DEL ALTAR.

A quién sino es á Vos, Señor amantísimo, que sois el autor y el ejemplar de estas Finezas para con los hombres en el Santísimo Sacramento del Altar, debia yo dedicar este librito lleno de vuestro infinito amor? En él se pone al vivo una bella estatua de vuestra Magestad y grandeza. Allá en la Grecia le pareció á un famoso escultor poca materia para representar á Alejandro en una estatua todos cuantos cortados mármoles ó pórfidos servian de formar los mas agigantados colosos. Pequeños retratos, decia, vulgares tallas, que si en la proporcion imitan el semblante, no expresan todavía, con lo abultado de la copia, lo gran-

de del original; y por eso emprendió, dice Plutarco, hacer no menos que de todo el monte Atos, que llegaba con la cumbre hasta los cielos, una estatua de Alejandro. Empresa, que si fué animosa en la idea, la dejó luego imposible la ejecución. Porque ¿qué no sería menester para labrar en la figura de un hombre todo un monte? ¿Qué instrumentos, qué fuerzas, qué máquinas bastarian? Pues quédese Alejandro solo en el nombre grande, y el escultor solo en la idea valiente, si lo que el entendimiento delineaba lo halla luego imposible la mano. Lo que solo fué fantasía en Alejandro, es, Señor, verdadera pintura de vuestra inmensidad, de vuestra grandeza, de todo vuestro sér infinito, empeñado en la mayor de vuestras obras, en lo supremo de vuestras maravillas, en lo mas elevado de todas vuestras grandezas, en el santísimo, tremendo, admirable Sacramento de la Eucaristia. Esta pues fineza de finezas, este piélago de gracias, este abismo de beneficios, sois Vos mismo Dios, nunca mas grande que cuando en-

cerrado y escondido en este amabilísimo Misterio, el que quiero representar con mis palabras, el que quiero poner á los ojos de la fé con descifrar vuestras finezas, el que quisiera retratar en los corazones, ó esculpiendo ó pintando lo inmensamente grande de vuestro amor. De Vos, divino liberal Alejandro, quiero fabricar una estatua: mas de qué materia? sino un monte; pero todos los del mundo aun no son nada, si todos los cielos aun no bastan, si todo el firmamento aun no os alcanza.

Sirva pues lo imposible de dar á entender lo que no pueden alcanzar todos los eniendimientos de los mas elevados serafines. Insinuaré solo, Señor, lo que en vuestro dignísimo Sacramento nos apunta la fé, dejando campos inmensos, profundos, inagotables, donde absorba toda el alma, discorra por lo que por la fe alcanza lo que toda la Divinidad oculta; á la manera que el que puesto sobre la punta de un escollo, mirará suspenso por todas las partes del Oceano, aunque no descubre ni los términos ni los fon-

dos, sino solo una superficie de agua que por todas partes hace orizonte á su vista; con todo eso conoce en cierto modo aun aquello que no ve en cuanto echa de ver que el mar es incomparablemente mayor que cuanto él puede alcanzar aun con la mas desvelada atencion de los ojos.

Oh tú, divina fuente de las lumbres! ilustra nuestros entendimientos para que podamos ver con tu misma luz tus mismas luces. Oh tú, Señor! inflama con tu fuego nuestros corazones para que en esa hoguera inmensa de tu amor ardan abrasados nuestros amores. Recibid, pues, amante Dios, este corto obsequio que en prueba de su devocion os ofrece vuestro minimo é ingrato esclavo

IGNIGO ROSENDE.

PROLOGO.

El título de este libro te está diciendo que no debes buscar en él ni lo elevado del estilo ni la elocuencia de los periodos, porque, siendo de amor, este mejor se explica con el alma que con la lengua. Y como su autor escribió para aprovecharte y no para divertirte, procuró darte solo pasto para el corazón y no para la curiosidad.

Este es el mismo que compuso en el idioma Toscano con tanta felicidad que en cinco años se dió á la imprenta para el bien público otras tantas veces en Italia. Y siendo el autor portugués, aunque de la Congregacion de Italia, sin consentimiento suyo, habiendo llegado este libro al reino de Portugal,

le quisieron traducir en el idioma nativo del pais; pero salió tan desfigurado, que no pudo ser conocido. Lo que le motivó á darle de nuevo el ser en la propia lengua, quien con no menor aceptacion que propiedad le escribió en la agena.

El Máximo Pontífice Inocencio XII, á quien se dedicó en la segunda impresion, le patrocinó de tal manera, que movido de lo que en él se trata, del amor de Jesus Sacramentado, se encendió tanto en el celo y veneracion de este Augustísimo Sacramento, que convirtió para su culto por toda Roma lo que antes daba pocos incentivos á la devocion. Esto es lo que ahora pretende su autor de la piedad de aquellos á quienes llegáren estas brevísimas hojas, las que desea se lean, no de corrida, sino atentamente, porque en cada una de ellas se conoce claramente cómo se debe corresponder á un Dios, que quedándose Sacramenta-

do en el mundo, ha sabido obrar tan finamente por los hombres.

El autor de este pequeño libro es el R. P. Fr. Juan José de Santa Teresa, Carmelita Descalzo de la Congregacion de Italia, sugeto bien conocido en Portugal por sus talentos y escritos, en especial por la nobilísima historia del Brasil, que escribió con aceptación universal de todos los eruditos y versados en las Historias; mas para este libro de mas noble y mas alto asunto, usó y se valió de una pluma seráfica, sacada sin duda de las alas de aquel humano serafin, su grande Madre y Maestra de todos en la mística Teología, Santa Teresa, cuyos elevadísimos vuelos sigue como hijo muy semejante y parecido.

Vino á mis manos esta obrita, y sin otro intento que el de aprovecharme de sus razones, para saber corresponder á tantas finezas de Jesus Sacramentado, la traduje, sin pensar jamás que

habia de salir á luz pública; pero habiéndolo sabido algunas personas celosas, les pareció no quedarse nuestro idioma privado de obra tan provechosa á las almas que aspiran á la mayor perfeccion, por la gran gloria que se seguirá á Dios. Este es el motivo por que me incliné al dictámen de estas personas á quienes debo venerar, y porque asi otras traducciones que he dado á luz de la misma lengua han logrado la aprobacion de los doctos. Pareciéndome que, con buscar solo la gloria de Dios, podrá disimular el lector las faltas que encontrare opuestas á las leyes de la traduccion, rogándole encarecidamente me encomiende á Dios, á quien se dé infinita gloria por toda una eternidad.

VALE.

FINEZAS
DE JESUS SACRAMENTADO
PARA CON LOS HOMBRES.

PARTE I.

FINEZA PRIMERA.

Jesus se quedó sacramentado en el tiempo en que los hombres mas le ofendian.

Cuando considero las acciones de Jesus, amantísimo Redentor nuestro, no puedo de ningun modo determinar cuál fuese entre todas la mas fina y amoro-

sa para con los hombres; porque todas igualmente dan á entender un amor inmenso é infinito. Pero como el discípulo mas amado, y secretario del mismo amor, nos dejó escrito, que habiendo Jesus amado á los suyos, al fin de su vida los amó mas: *In finem dilexit, hoc est, majora in posterius reservat*, como comenta el Doctor Angélico: parece que podemos decir, que en aquella misteriosa cena, en que nos dió sacramentada su carne, se excedió á sí misma su amor, fué un amor sin semejante, un amor sin fin: *In finem dilexit*. Es cierto que el corazon de Cristo fué siempre herido del amor de sus criaturas. Este le obligó á bajar del seno delicioso de su Eterno Padre á desposarse con la humana naturaleza; este le obligó á nacer en un pesebre entre despreciables brutos, teniendo su trono sobre lo mas elevado de los serafines. Final-

mente este amor le anonadó, siendo Omnipotente; le hizo mortal, siendo Eterno, y le hizo mendigo treinta y tres años en el mundo, lleno de injurias y de trabajos. Mas cuando al despedirse de los hombres este Señor les deja por manjar su Cuerpo y por bebida su Sangre, ¿quién no ve que fué esta la fineza mas excelente de su amor, en la cual sobresalen los mas subidos quilates de su caridad?

De este amor, pues, ó almas católicas, tomo yo aquí el asunto para discursar, y con palabras toscas mostraros las excesivas finezas que Jesus obró en dejaros el inefable Sacramento del Altar, para que á vista de ellas sobresalgan mas las ingratitudes con que el mundo no corresponde á su Rey Sacramentado.

La primera fineza que yo reparo, es el tiempo en que Jesus nos dejó sacramentada su carne. Habia vivido treinta

y tres años entre los hombres, y solo cuando la malicia de estos mismos hombres habia llegado al mayor exceso que se podia imaginar de una criatura, que es maquinar la muerte á su Criador, entonces hizo alarde su amor de darles á comer en accidentes de pan aquel mismo Cuerpo que ellos determinaban crucificar en una cruz. Entendió este finísimo amante que el mayor beneficio solo se debia hacer en el tiempo de la mas abominable ofensa. Cuando los hombres conspiraban contra su vida; cuando el propio Discípulo trataba de venderle á sus enemigos, entonces es cuando Él les dá á comer su carne y á beber su sangre. Los grandes incendios crecen mas con las continuas lluvias. Era el Corazon de Jesus un horno ardiente de amor; pero con el aguacero de tantos agravios, se aumentó de modo, que le sacrificó sobre

un altar en vivas llamas de caridad. Obró Jesus con los hombres como hace el sol con la tierra; que los mismos vapores con que esta oscurece su luz, los convierte el sol en benéficas aguas que riegan y fertilizan sus campos. Anhelaba el amante Redentor instituir este Sacramento para desahogo del amor en que ardia, allí cuando en aquel principio sin principio de la eternidad se recreaba en el pecho de su Eterno Padre. Vino al mundo, vivió y conversó con nosotros muchos años, sin querer satisfacer á su amor con la mayor fineza, hasta que le vió mas ultrajado y peor correspondido.

Ah mortales! Así obra con nosotros un Dios amante. De nuestras mismas ingratitudes hace escalones su amor, por donde sube á la mas alta cumbre del mayor beneficio. Esperó el amoroso Jesus que la malicia humana llegase al

El mayor exceso para ejecutar el favor mas ventajoso. Ya los hombres le habian buscado para quitarle la vida; ya le habian desterrado y obligado á vivir en tierras ajenas; ya le habian querido apedrear inhumanamente. Mas todos estos agravios no bastan, han de pasar mas adelante las ofensas; cuando llegaron á lo último las injurias, entonces salió al campo el amor y dió de sí la mayor prueba que jamás pudiese ó supiese inventar.

¡O cuán diferentes son ahora los efectos que causa el amor en el corazon de Jesus de aquellos que experimentaron los pasados siglos! Entonces cuando los pecados de los hombres inundaban toda la tierra, provocaron á la justicia divina á sumergir en un diluvio de agua todo el Universo. Pero ahora que las culpas de los mismos hombres exceden mucho á las pasadas, no solo no

los destruye con un diluvio de agua, sino es que ¡oh maravilla! los regala con las delicias de su Sangre. Ahora que el ingrato Judas le vende por un vil precio, toma en las manos el pan, y convirtiéndole en su propia carne le dice: *Come Judas, que este es mi Cuerpo.* ¡Ah! qué diferentes ósculos son estos de aquellos que de aquí á poco tiempo me has de dar en el huerto! Entonces tú serás el primero á poner tus sacrilegos labios en mi boca, pero para entregarme á mis enemigos. Ahora soy yo el primero á poner mi boca en tus labios, pero para comprarte. Aquí tienes mi rostro pegado al tuyo y mi boca tocando la tuya. Pero mas quiero de tí, discípulo ingrato; come esta carne y bebe esta Sangre con que ahora te brinda mi amor, antes que la derrame tu odio. Esta es la misma Sangre que tu estás tratando de entregar y vender. Llévala á

mis enemigos; porque yo desde aquí he abierto mis venas sobre este cáliz, antes que los azotes en la columna, y los clavos en la Cruz no dejen una sola gota en mi Cuerpo. Mas, ¡ó alma católica! ¿Qué concepto forma tu entendimiento de este amor inmenso de Jesus? En aquella misma noche en que le vendieron se quedó sacramentado. Cuando las criaturas envenenaron el pan para darle la muerte, entonces amasa él otro pan con su Sangre para darles eterna vida. Y esta es la primera de las Finezas de nuestro Rey Sacramentado.

SEGUNDA FINEZA.

Jesus se quedó sacramentado cuando quiso ausentarse de los hombres.

Admirable, cuanto ingenioso, descubro en esta Fineza el ardentísimo amor de Jesus. Sabia su Magestad ser ya bre-

ves los últimos periodos de su vida entre los hombres, pues era necesario subir al trono de su Eterno Padre para desarmar á la divina justicia cuando empuñase la espada contra los pecadores. Pero, haciéndole al corazon una suma violencia su amor al apartarse de sus criaturas, halló un modo maravilloso de partirse sin ausentarse. Instituyó este inefable Sacramento, en el cual, convirtiendo la sustancia del pan en la de su propio Cuerpo vivo, y animado, quedó realmente en el mundo debajo de unos pocos accidentes el mismo que en una nube voló al empíreo. Antes quiso mostrarnos ser tan grandes sus delicias en vivir entre nosotros, que por una sola ausencia que hizo al cielo, nos quedó presente millones de veces acá en la tierra. Es verdad que una nube le escondió en el monte Olivete de nuestros ojos; mas buscó traza su amor de que

quedase aun expuesto en los altares á nuestra vista. Partiósese el divino amante sin ausentarse, y para asegurarnos de su compañía, nos dió la preciosa prenda de sí mismo, dejándonos en empeño su Cuerpo y Sangre.

No obstante quisiera yo me dijese: ¿qué cosa hubo en el mundo que así enlazó y unió con las criaturas el corazón de Jesus? Porque yo no sé mas que decirme el Evangelista, que el mundo no le conoció, y que los suyos no le recibieron. No halló Él en la tierra, de la que no supo ausentarse, mas que injurias atrocísimas y horribles ingratitudes, herido con azotes, despreciado con oprobios, un establo para nacer, y para morir una Cruz. Apenas se halló un Pedro que, habiéndole negado tres veces, solo una le confesó. Apenas hubo una Magdalena que, habiéndole ofendido mucho, le supo amar.

Pero esto mismo es lo que rindió el corazón de Jesus, para no poder apartarse del corazón de los hombres. Después que Sansón dió á entender su mas fino amor á Dalila, descubriéndole el mayor secreto en que consistia su vida, dice el sagrado Testamento, que ella luego se hacia fuerza para apartarle de sí con despego; porque era tanto el amor en que se abrasaba Sansón para con Dálila, que nada les podia separar. Así hizo el mundo con Jesus. El le tiene preso con fuertes lazos de amor, y el mundo le arroja de sí con inhumanos tratamientos. Mas entonces se abraza mas estrechamente con él el divino Sansón, y forjando de aquellos accidentes una cadena su amor, quedó para siempre inseparable de los hombres en el Sacramento.

Aquel ángel que solo por el espacio de una noche se estrechó en brazos con

Jacob, procuraba luego apartarse de él. Déjame ausentar Jacob, le decia, por que ya nace la aurora y no le conviene á un ángel detenerse mas de una noche entre los brazos de un hombre. Mas, ¡ó prodigio! ¿Lo qué no es conveniente á un ángel, será conveniente á un Dios? Tanto pudo el amor de Jesus. Pocos instantes le parecieron al Rey de los ángeles tantos años que Él habi vivido entre los brazos y compañía de los hombres; y si estos le arrojan de sí y le despiden, si ni le conocen, ni le reciben, El por no dejarlos, se sujeta á encerrarse dentro de un Sagrario, en un rincon de una Iglesia. Aun más. Como en prision debajo de una llave.

Ah mortales! Si esto no os hace abrazar en amor para con vuestro Dios sacramentado, os aseguro teneis entrañas de pedernal, y corazones de bronce. El Dios de la Magestad es vuestro prisionero.

hero; una llave le guarda en un Sagrario. ¿Qué maravillas tan nuevas son esas que ven nuestros ojos? En el pesebre el amor le hace hombre, siendo Dios. En el altar le aprisiona siendo Monarca. ¡O amor tirano, amor cruel! esclama aquí San Agustin; ¿por qué abates á la Magestad? ¿Por qué condenas á la inocencia?

Asi es, almas católicas; el amor condenó á cárcel perpetua á Jesus sacramentado. Vedle allí como preso debajo de los accidentes de un poco de pan, dentro de un pobre Sagrario, y entregado á una vil criatura que á su arbitrio y voluntad ya le abre, ya le cierra. Aquí seguro le tenemos, y dentro de aquella custodia nos está siempre diciendo aquellas dulces palabras: *Ecce vobiscum sum usque ad consummationem sæculi. Aquí estoy con vosotros hasta el fin del mundo.* Es verdad, que yo vivo

y reino en el cielo, en donde tengo mi Trono sobre las alas de los mas altos serafines. Mas yo soy realmente el mismo que aquí teneis en la tierra: porque aunque es verdad me ausenté, nunca pude separarme de vosotros, y me entregué en vuestras manos, oculto en este Sacramento. Ya no oirán aquí las almas que me buscaren, lo que le dijeron los ángeles á aquella amante, cuando ansiosa me buscaba en el sepulcro: *Non est hic*: ya se ausentó tu amado; porque los que guardaban su Cuerpo, no supieron velar. Mas como en estos altares está siempre mi amor de centinela, no puedo, ni quiero, no tengo corazón para ausentarme.

Esta es sin duda la causa por que la seráfica Virgen Santa Teresa se maravillaba cuando oia decir: ¡O dichoso de mí, si yo me hallase en aquellos tiempos en que Jesus conversaba y vivia en

el mundo! Esta es una necedad, decía mi grande Madre; porque en este Sacramento cifra del divino amor, tenemos al mismo Jesus, que como niño derramaba tiernas lágrimas en un pesebre; al mismo, que cuando hombre sudaba y predicaba por las plazas, y se paseaba á pié enjuto por los mares; al mismo, que brotando sangre, estaba pendiente en una Cruz en el calvario; y finalmente al mismo que resucitó glorioso de un sepulcro. ¿Pues para qué suspirar ó desear otros tiempos para ver y gozar de la presencia de Jesus?

Antes bien son ahora mas felices nuestros tiempos: porque entonces bien podíamos ver y oir en carne mortal al Redentor; pero no meterle en nuestros corazones y en nuestras entrañas. Entonces á una sola Magdalena, que ardia en amor por él, consintió, que le lavase los piés con sus lágrimas, los besase y

enjugase con sus cabellos, y á poco tiempo la mandó que no le tocase. Entonces á un solo discípulo, y ese el mas valido, permitió recostarse sobre su pecho. Mas en este amoroso Sacramento, no solo consiente que le besemos los pies, mas tambien la boca. No solo permite que descansemos sobre su pecho, mas ofrece á todos que descansemos dentro del mismo pecho, ó que Él descanse dentro del pecho de todos; porque, como dice discretamente S. Gerónimo, en este dulcísimo Sacramento nos comemos á Jesus, y Jesus nos come á nosotros: Jesus entra en nuestros corazones, y nosotros entramos en el corazón de Jesus.

Ahora ved si teneis aun razon de desear aquellos tiempos en que este Verbo humanado vivia y conversaba en el mundo. No me digais que sobre aquellos altares no veis otra cosa que

unos pocos accidentes de pan, y que se
esconde á nuestra vista la hermosura
de Jesus. Porque yo os pido y suplico
que aviveis aquella fé que recibísteis
en los pechos de la Iglesia católica
vuestra Madre, la que con la primera
leche de sus infalibles documentos os
instiló que en este admirable Sacra-
mento está el Cuerpo y Alma de Jesus
con todas sus perfecciones ó excelencias.
Levantad pues con la consideracion
el sutilísimo velo de aquellos acciden-
tes que cubren el Cuerpo de Jesus, y
veréis aquel mismo rostro que en la
gloria desean ver los serafines. Vereis
aquellos mismos ojos, de los cuales una
sola vista bastaba á serenar los mas afli-
gidos corazones. Vereis aquella misma
boca, que aun alli tiene palabras de vi-
da eterna, y es la fuente de todas las
delicias del paraiso. Allí están aquellas
mismas manos artifices de tantas ma-

ravillas, y aquellos mismos pies, que en la tierra dieron tantos pasos por vuestro amor. Finalmente en este adorable Sacramento está todo el divino Verbo humanado, que salió del delicioso pecho de su Eterno Padre para redimir y glorificar á todos los mortales.

No juzgueis que las partes del bellísimo cuerpo de Jesus estan confusas y sin proporcion en el breve círculo de aquella hostia; porque os aseguro que se hallan todas allí con la misma admirable simetría que supo inventar su amor. Ni la cabeza está en el sitio de los pies, ni estos en el lugar de las manos, sino dispuesto todo de tal manera, que están sumergidos á su vista los serafines en un piélago de maravillas. Allí le puso su infinita sabiduría por un modo invisible. Allí, reteniendo en orden á sí mismo toda la propia extension sin dependencia de lugares, está todo

en toda la hostia, y todo en cualquiera parte de ella, y se halla su Sacratísimo Cuerpo entero y admirablemente cuantitativo. Tanto pudo con él su amor, que de este incomprensible y maravilloso modo se quedó en el Sacramento, antes que se ausentase al cielo.

TERCERA FINEZA.

Jesus se quedó Sacramentado, previendo los agravios que se habian de hacer á su Cuerpo.

Lengua de querubin no basta para explicar cuán grande sea esta fineza de Jesus Sacramentado. Porque si fué ardentísima la caridad que le obligó á San Pablo á decir que iba á Jerusalem á predicar el evangelio, teniendo evidencia de que le esperaban los grillos, las prisiones, las cárceles y los trabajos: ¿cuál será el amor que le obligó, no á un

apóstol, sino á un Dios, á dejar en la tierra su Cuerpo, sabiendo las innumerables afrentas que en este adorable Sacramento habia de padecer?

Previó el finísimo amante las muchas ofensas, los desacatos execrables que le habian de hacer en esos altares; pero nada le detuvo para no entregarse en las manos de tan ingratas criaturas. Conoció que unos le perderian el respeto en los templos con las inmodestias, y otros á los pies de sus mismos santuarios le heririan su corazon con irreverencias. Vió que no faltaria quien atravesase su corazon con puñales, quien le precipitase de las mas altas rocas, y le pisase con sus pies; pero nada entibió su amor para apartarse de la compañía de los hombres. S. Pablo decia que no temia los trabajos ni ir á entregarse á sus enemigos; porque estaba atado á su espíritu, y solo ponia los ojos

en acabar la carrera de su apostolado. Pues ¿cómo recelaria Jesus quedar en el Sacramento expuesto á los tormentos, si por esencia es el mismo amor, que es su espíritu?

Mas permitidme Vos, ó divino Redentor, que os haga aquí una pregunta. Vuestro apóstol no habia concluido aun la carrera de su ministerio; pero Vos, ¿no habeis ya terminado felizmente á pasos de gigante el curso de vuestro amor? ¿No habeis dicho en la Cruz que todo estaba ya consumado por medio de la muerte mas cruel y afrentosa, por lo cual podia ya descansar vuestro amor? Pues ¿para qué es querer aun este correr en el Sacramento? Mas ah! qué bien definió el amor, quien dijo que era un círculo dentro de otro círculo que continuamente gira! *Amor est circulus circa circulum perpetuò revolutus.* Y ¿quién no vé que el amor de

Jesus está siempre en un continuo movimiento? Del cielo corrió al pesebre, del pesebre al calvario, del calvario al altar, y en el altar aun corre y aun padece.

Por esta causa protestó el amante Redentor, que moria con sed de mayores penas. Esta sed en que Él en la Cruz ardía, no era otra que de padecer mas por los hombres; pues tenia tanta agua en el pecho, que al primer golpe de una lanza manó en grande abundancia. Pero esta agua causaba mas sed en el corazon de Jesus; porque, como de ella y de su Sangre se habia de formar este Sacramento, le hacian mas sediento los tormentos y los agravios que en él habia de padecer.

Despues que Dios crió al hombre, descansó; mas despues que lo redimió y pasó por él tantas penas, no reposa. En la Cruz tienen fin los tormentos; pero se

continúan aun en los altares. Gustó el Redentor delicias de padecer por nosotros; y porque después de muerto quedaba impassible su carne, se queda para padecer mas sacramentado. Insaciable fué el amor de Jesus en hacerle penar por los hombres; pues no satisfecho en verle Rey de los mártires en el calvario, le martiriza aun en el Sacramento, aun escondido debajo de aquellos accidentes le expone á una crueldad.

Mas ¿cómo no se deshace de dolor nuestro corazón, considerando las ofensas que hace el mundo al mas augusto Misterio de nuestra fé? El pérfido judío le blasfema, el herege incrédulo le niega, el católico inmodesto no le respeta, el sacerdote irreverente le desprecia. Todos estos y muchos mas agravios previó el finísimo amante que las criaturas ingratas habian de hacer á su Cuerpo Sacramentado. Y no obstante lo entre-

gó liberalmente; y con él todos los tesoros de su Divinidad.

Así es, almas católicas; en este Pan Angélico os dió Jesus todo lo criado é increado. No llegó á mas su omnipotencia, no supo mas su sabiduría, no tuvieron mas sus tesoros. En él os dió la fecundidad de aquel Eterno Padre que no tiene padre; que engendra y no es engendrado; que es principio sin tener origen. En él os dió aquel divino Verbo por cuya virtud son hechas todas las cosas y no es hecho de ninguna, y solo en el entendimiento paterno producido, imágen viva y natural de su sustancia. En él os dió el amoroso espíritu que procede del Padre y del mismo Verbo, y con ambos se identifica perfectísimamente en la misma naturaleza. Todo os lo dió Jesus en este divino Pan; porque en él se dió á sí mismo. El dar, dice Tertuliano, es

la vida de Dios; pero el darse, ¿qué entendimiento puede haber que lo comprenda? En los otros beneficios que Dios hace al hombre despues que le crió, siempre le dió; mas en este inefable Sacramento llegó á darse á sí, diósele como Dios y diósele como hombre. Este fué el mayor de todos los dones que podia escogitar su amor, darse á sí mismo, y darse para ser ofendido y ultrajado, aun cuando mas liberal y mas amante se muestra.

CUARTA FINEZA.

Jesus se quedó Sacramentado para renovar en algun modo su encarnacion.

Yo no ignoro que el Verbo divino está de tal suerte satisfecho de aquella sacratísima humanidad que una vez unió á su naturaleza, que nunca la

apartó de sí por toda la eternidad, ni se unió á otra con hipostático vínculo. Mas, cuando contemplo el adorable Sacramento del altar, me parece que no se contentó Dios de vestirse una sola vez de la humana carne, y hacer solo un desposorio con nuestra naturaleza en el purísimo tálamo de la Virgen María. Para lo cual inventó su amor un maravilloso modo de renovar su encarnacion, uniéndose infinitas veces á nuestros corazones en esta divina Eucaristia, á la cual llama el Doctor Angélico *Extensio Incarnationis*: Extension de la encarnacion.

Prodigioso fué sin duda el decreto que salió de aquel Divino Real Consejo, de que el Divino Verbo tomase una vez carne humana. Mas en aquel tribunal de amor se determinó que el mismo humanado Verbo se sacramentase para unirse innumerables veces con los

hombres La primera encarnacion se hizo en un solo lugar y con una sola humanidad, de suerte, que en una sola parte del mundo estaba Dios hombre. Pero no satisfecho el amor divino, le hizo unir en este Sacramento, y como encarnar en tantas naturalezas y en tantos lugares, cuantos son los hombres que comulgan, y los altares en que se consagra su Cuerpo.

No quiso el amantísimo Jesus que solo Belen fuese testigo de sus desposorios con nuestra frágil y terrena naturaleza; porque de tal suerte quedó de ella prendado su ardiente corazón, desde el primer punto que se desposó con ella en el purísimo Seno de Maria, que luego inventó nuevos modos de unirla mas veces á los amorosos pechos de su Divinidad. Yo me pasmo cuando considero como, despues que Dios crió al hombre, y le infundió una perfecta al-

ma intelectual, cuya admirable y espiritual sustancia sacó de lo íntimo de sus entrañas, le quiso destruir totalmente. Al hombre, viva imágen de Dios, para cuya formacion habia concurrido toda la Santísima Trinidad con tanto estudio y cuidado, que llegó á decir Tertuliano, que fue este todo el empeño de su ingenio: *Fuit divini cura ingenii*, le quiere aniquilar en un punto, arrepentido de haberlo criado.

Mas no lo hizo así Dios despues de haber unido á sí esta nuestra caduca humanidad; pues tan lejos estuvo de arrepentirse, que instituyó un Sacramento, en el cual millones de veces se une á nuestra naturaleza. Quiso el divino Verbo tomar una naturaleza criada para salir ya de aquel paterno pecho, en donde estaba encerrado desde el principio sin principio de toda la eternidad. Y siendo la naturaleza angélica

mas perfecta y noble que la humana, no quiso ser ángel sino hombre. Y si esta es una cosa digna de admiracion, ¿qué será ver al mismo Rey de la gloria unirse cada dia á esta misma vil naturaleza, é incorporarse de tal suerte con ella, que no dudó el grande P. San Cirilo afirmar, que en el Sacramento del altar nos hacemos un mismo cuerpo y sangre con Jesus?

Creo verdaderamente que todos los angélicos espíritus están admirados á los pies de nuestros altares al ver los excesos de amor que usa su Monarca con esta frágil masa humana. Y que si su naturaleza fuera capaz de envidia, esta sola le atormentaria el corazon, viendo que no merecieron nunca tales finezas de amor á su Criador. Aquel Angel que llevó el pan á mi P. S. Elías en el desierto, no dice la Escritura que se le dió, sino que, estando el profeta dur-

miendo se le arrojó. Sobre lo cual, reflexionando ingeniosamente S. Hilario, dice, que la causa fué porque, siendo aquel pan figura del Eucarístico, quiso mostrar el ángel que envidiaba la felicidad de Elías á quien se le traia para comer.

Ahora, ¿qué conceptos formarán aquellos príncipes de la gloria, viendo comido en la realidad este divino Pan, y no en figura, no solo por un Elías, sino por cada uno de los mortales? Cuántas veces se dirán unos á otros: ¡oh cómo se renuevan ahora aquellos prodigios que nosotros vimos en el portal de Belen cuando, bajando á millares del cielo á la tierra les anunciábamos la paz á los hombres! Entonces adorábamos á nuestro Rey vestido de carne mortal, reclinado y llorado entre brutos, mas en los brazos de nuestra Divina Princesa, y acariciado de la mas

amante y mejor madre que hubo ni pudo haber en el mundo. Y ahora le vemos transformado en manjar de hombres, habitando dentro de unos pobres é inmundos corazones, y comido de ingratos y sucios pecadores. A nosotros cortesanos los mas íntimos del Altísimo que por Él ardemos en un continuo incendio de amor, una sola vez no se nos concedió lo que cada dia espontáneamente se ofrece á la vileza humana. ¡O si nos fuera posible recibir tambien el Cuerpo de Jesus en nuestros seráficos corazones! Es verdad que nuestra inmaterial naturaleza está perpetuamente engolfada en aquella divina esencia, que sin interposicion de otra especie se une á nuestro entendimiento, para que gocemos de la vista de nuestro Criador. Mas de esta nueva y amorosa union sacramental con su carne y con su sangre no quiso favorecer nuestra

naturaleza. Estos admirables desposorios, esta inefable eucarística encarnación solo fué reservada para los hombres. ¡Ah polvo y ceniza humana, favorecida, elevada y divinizada por Dios! ¡O amor infinito de Jesus, que no satisfecho aun de haber encarnado una vez sola en el seno purísimo de María, lo haces sacramentalmente en el pecho de miserables criaturas!

QUINTA FINEZA.

*Jesus se quedó Sacramentado para morir
mas veces por los hombres.*

Aquella masa, de la cual formó Dios al primer hombre, dice el doctísimo Tertuliano, que no fué tanto barro cuanto empeno, con el cual se obligó Dios á que quebrándose él por la caída del hombre, le formaria de nuevo dando

por él la vida: *Limus ille non tantum limus erat, sed pignus.* Pero á mi ver no dió Dios esta prenda solo para la caída del primer hombre, sino para todas las de sus frágiles descendientes hasta el fin del mundo; y que ya desde entonces se empeñó á morir no solo una vez en una Cruz, sino renovar cada dia su muerte sobre los altares. Y porque así lo entendió el gran doctor de la Iglesia S. Ambrosio, nos dejó escrito que la Iglesia celebra todos los dias las exequias de nuestro Redentor.

Aquella muerte que con tantos extremos de amor padeció Jesus una vez en un madero, se vé innumerables veces renovada en nuestros altares. En estos se sacrifica de nuevo el divino é inocente cordero, y se ofrece la real víctima de su propio y verdadero Cuerpo. Aquella sangre que en el calvario salió de sus venas á fuerza de tan exce-

sivos tormentos, que el sol asombrado se escondió, y se deshicieron de dolor las piedras, derrama Jesus sobre un cáliz, no ya á golpes de azotes, sino al pronunciar dos palabras. Aquí no son ya necesarios agudos clavos que le traspasen sus pies y manos, ni crueles lanzas que le atravesen su pecho. Otro instrumento hay mas fuerte que es su amor. Otros ministros mas activos, que son los sacerdotes, le desangran sus venas sobre sus altares. La lengua de estos es la que abre el costado vivo de Jesus, y cuanto cabe en la eficacia de sus palabras le separa y derrama del cuerpo su sangre; quedando el divino amante víctima místicamente muerta en un sacrificio incruento.

Esto parece que pensaba el real Profeta cuando llamó copiosa y superabundante nuestra redencion; pues veia que en este Sacramento no cesaba Je-

sus de dar la vida por nuestro rescate; y como nos hubiese ya comprado, tan liberalmente la dispende, que mil veces muere por nosotros sacramentado. En aquellas sagradas aras dá Jesus cada dia tan real y verdaderamente su sangre viva y animada, que una sola gota de ella, ofrecida al eterno Padre en aquel cáliz, bastaria á redimir todo el género humano, si él, segun los presentes decretos, no estuviese ya redimido.

Mas ;qué fineza es esta tan nueva del divino amor? ;No bastaba una sola muerte para nuestro remedio? Qué digo una sola muerte, una lágrima, un solo suspiro de Jesus sobra para el reparo de mil mundos; pero quiere que se renueve á todas horas el doloroso proceso de su muerte, estampado en este Sacramento con los vivos caracteres de su sangre. Una sola vida de in-

finito valor que ofreció en una Cruz por nosotros, no apagó los ardientes deseos de morir por nuestro amor, Aun hoy parece que le hierve la Sangre en las venas; pues aun de su Cuerpo impassible muestra que quiere correr por nuestro remedio.

Apenas nació Jesus en el mundo, luego al punto derramó su sangre por los hombres; porque, como lo reveló á una sierva suya, en el mismo instante que penetró cual sol el purísimo cristal del seno de su Madre, reclinándole ella sobre la aspereza de aquellas pajas, hirieron estas su delicadísima carne, de suerte, que antes de gustar la leche, derramó sangre. Estos accidentes causaba su sangre al corazon de Jesus apenas nacido y ya enfermo por nuestro amor, y así abrió luego las venas para desahogo del corazon.

Mas toda esta sangre y la que derra-

mó en la Cruz, no basta al infinito y ardiente amor de Jesus. Aun dentro de aquellos sagrarios nos está diciendo: *Amore languo*. Aun padezco mortales deliquios de amor por mis criaturas; por lo que me es preciso abrir mis venas en los calvarios de mis altares. Cuanto pudieron allá las espinas, los azotes, los clavos y la lanza, puede ahora por sí mi amor. El, al pronunciar pocas palabras de la boca de mi ministro, hace brotar de tal modo mi sangre toda, que queda tantas veces místicamente muerto cuantas sacramentado. ¡O amor tan cruel para con Jesus, cuanto piadoso para con los hombres! Y ¡cómo yo, sacerdote el mas indigno del mundo, quedo aun vivo al pie de aquel altar, sabiendo que voy á sacrificar por mis manos la inocente vida de Jesus? Bien entendido lo tenia así aquel gloriosísimo patriarca San Igna-

cio de Loyola, fundador de su ilustre Compañía de Jesus; el cual, por la abundancia de lágrimas que derramaba en el altar, estuvo á peligro de perder la vista, y no poder acabar la segunda misa de la Pascua de Navidad; porque de compasion pensó que se le acababa la vida.

Mas ¿qué insensibilidad es la nuestra en asistir al funeral de la muerte de Jesus? Si estuviera mas viva nuestra fé, no nos seria menos sensible el sacrificio del altar que el de la cruz. ¡Ah mortales! ¿creeis vosotros verdaderamente lo que creeis? Pues si confesais que todos los dias muere de nuevo, y se sacrifica sobre un altar vuestro Redentor, ¿á dónde están las lágrimas que corren de vuestros ojos? ¿Dónde los suspiros que se arrancan de vuestros corazones? Ahora, pues, un Dios sacramentado, y muerto por vuestro amor,

sea el único objeto de vuestra pena, ya que no contento con morir por nosotros en un madero, os dá todos los dias la vida y la sangre en este Sacramento.

SESTA FINEZA.

Jesus se quedó sacramentado para hacernos de la tierra cielo.

Entre las innumerables infelicidades á que los miserables habitantes de la tierra somos condenados en este mundo, considero yo que es la mayor este largo destierro que padecemos de aquella celestial pátria, para la cual somos todos criados. Porque verdaderamente no puede haber mayor infortunio para una criatura que vivir ausente y separada de su Criador, y no poder fijar los ojos en su último fin, al cual todas las cosas desean unirse perfectamente. Mas

así es. Todos, por disposicion divina, estamos sentenciados á vivir gimiendo en este valle de miserias, con riguroso precepto de no entrar en nuestra pátria sino despues de una larga y penosa peregrinacion.

Pero albricias, desterrados en el mundo! Enjugad vuestras lágrimas y alegrad vuestros corazones, porque os aseguro, que viviendo en la tierra, sois tambien ciudadanos del cielo. Fué el inmenso amor de Jesus tan fino para con vosotros, que se quedó sacramentado para que la tierra fuese para vosotros cielo y el destierro pátria. No soy yo quien os anuncia tan feliz nueva. La grande Madre Santa Teresa es quien desde el cielo viene á desterrar vuestras penas. Ella es quien, vestida ya de gloria inmortal, dijo á un hijo suyo y nos dice á todos: *Nosotros en el cielo y vosotros en la tierra somos una misma cosa.*

Nosotros viendo la divina esencia, y vosotros poseyendo y gozando el Santísimo Sacramento. ¡Oh palabras dignas de esculpirse en el corazon de todos los católicos! Despues que el amantísimo Redentor se nos dió en el Sacramento, no hay ya diferencia entre viadores y comprehensores, nos enseña aquella maestra de celestial sabiduría. Es verdad que estos están perpétuamente gozando de aquella mesa de la divina esencia, que es y será su pasto por toda la eternidad; mas tambien nosotros acá en la tierra comemos y nos sustentamos de este Pan angélico, que es el mismo que los alimenta felizmente en la gloria.

Aquellas admirables palabras de Teresa hacen eco á otras de la boca de oro de Crisóstomo, el cual, encendido en el amor de este Sacramento, preguntaba á sus discípulos: ¿Sabeis á qué fin se

quedó nuestro Redentor sacramentado? Pues fué para que el destierro se convierta en pátria, y la tierra sea para vosotros cielo: *Ut nobis terra sit cælum, instituit hoc Sacramentum*. No quiso el finísimo amante que las criaturas peregrinasen tanto tiempo lejos de su pátria, sin gustar las delicias de su gloria. No quiso tanta desigualdad entre viadores y comprehensores, que unos reinasen príncipes de su sólio, y otros arrastrasen las cadenas de Egipto. A todos dá el mismo pasto, á todos la misma herencia.

Esto hacia deshacerse en lagrimas á un David cuando, en nombre de todos los mortales decia: *Dominus pars hæreditatis meæ, et calicis mei*. ¡Ah Dios y Señor mio! en este cáliz ya me dais mi herencia y la posesion de todos vuestros bienes. Criando al hombre, le hiciste príncipe de todo el mundo; mas si

Vos mismo no le diéseis tambien este Sacramento, él con el dominio se quedaria esclavo y con las riquezas mendigo. Ahora decidme, atribulados y afligidos del mundo, ¿teneis dentro de vosotros toda la alegria y gloria de los serafines y suspirais? Teneis en aquellos Sagrarios abreviada toda la bienaventuranza y estais afligidos? Pues creedme, que despues que Jesus se quedó entre vosotros sacramentado, os mudó el destierro en pátria, comunicándoos en cierto modo aquellos dotes con que viste á sus bienaventurados en la gloria.

Y si no decidme: ¿cómo no gozaria de la misma impassibilidad de los bienaventurados una Santa Catalina de Sena, que por cuarenta dias continuos no tomó otro alimento que el Pan eucarístico del altar? ¿Cómo no participaria de la agilidad de aquellos felices cortesanos del cielo una maravillosa Cristina,

la que despues de recibir este augusto Sacramento, volaba en un instante sobre las mas altas torres? ¿Qué diré de un Domingo, flor bellísima del Carmelo? ¿No tenia ya en este mundo la sutileza de bienaventurado, cuando, acabando de celebrar el sacrificio de la misa, suspendido en el aire, con un débil soplo se movia como una pluma? ¿Quién podrá negar á un San Felipe Neri, raro portento del divino amor, que no resplandeciese en la tierra con la claridad de los cortesanos de la gloria, cuando en el altar despedia de su rostro y de todo su cuerpo rayos de luz inaccesible?

Mas si estos son los dotes con los cuales Jesus sacramentado enriquece los cuerpos de aquellos que le reciben, ¿cuáles serán los dotes de las almas de donde se derivan aquellos? ¿Quién podrá declarar el estado de una alma,

que bien dispuesta, acaba de recibir la sacratísima carne de Jesus? Aquí me parece ver ya efectuado aquel dichoso trueque y mudanza que enseña el Doctor Angélico se ha de hacer en el imperio de la fé en vision; de la esperanza en comprehension, y de la caridad en posesion. Porque en este adorable Sacramento ya el alma logra y posee á su Dios, y no pocas veces sucede que descubre algun rayo de su divinidad. Tambien premia su esperanza con la perfecta posesion que le dá de sí mismo; galardona su amor con la participacion de sus atributos, y con los resplandores de su cuerpo le paga los merecimientos de su fé.

Ahora, ¿qué decís, mortales, de esta fineza del amor de Jesus sacramentado? ¿Pudo hacer mas que trocar la tierra en el cielo por vuestro amor? Inmensa fué la caridad con que crió el

cielo para nuestra habitacion; pero no veremos aquella feliz tierra de promision sino despues que con infinitos trabajos caminaremos muchos años por los desiertos de este mundo. Excesivo fué el amor que le hizo decir á una Teresa que si él no hubiera fabricado el cielo, por ella sola le criaria de nuevo. Mas ¿qué amor se puede comparar con el que en este Sacramento hizo de la tierra cielo y del destierro pátria? Pero no paran aquí las finezas de mi Jesus sacramentado.

SÉTIMA FINEZA.

Jesus se quedó sacramentado para siempre, y en todas las partes del mundo.

Entre las propiedades del amor, dice Ricardo, que la principal es la inseparabilidad; porque tiene él por su natura-

leza hacer una cosa del amante y del amado, asi como eran aquellos dos grandes amigos Jonatás y David, de los cuales se dice que el alma del uno estaba estampada en el alma del otro. Mas siendo esto asi, ¿qué amor hubo nunca en el mundo que no experimentase en sí la espada de la division? O el discurso del tiempo, que acaba con todas las cosas, ó la distancia de los lugares, ó la desconfianza del amigo, ó la sombra de un disgusto, basta para separar los corazones mas unidos. Preguntando Cárlos VII, Rey de Francia, á un íntimo valido suyo ¿qué cosa seria bastante para apartarle de su amistad? le respondió: *Señor, un solo desprecio.*

Pero no estorba esta ley al amor de Jesus sacramentado. Bien pueden pasar los siglos, crecer las desconfianzas con los hombres, los agravios y desprecios de las criaturas, siempre él nos

está diciendo desde aquel Sagrario: aquí estoy con vosotros hasta el fin del mundo: *Ecce vobiscum sum usque ad consummationem sæculi*. Espléndido y opulento fué el convite de Asuero; pero no duró mas de siete dias. Mayor fué el que Dios hizo en el desierto á su pueblo; pero en el espacio de cuarenta años se acabó. Pero ¿cuántos dias, cuántos años y cuántos siglos son ya los que ha durado el precioso banquete de la carne y sangre de Jesus, y quién podrá decir los que le restan aun que durar?

Abrasado de amor estaba San Pablo cuando decia que nada le podia apartar de la amistad de Jesus. Desafiaba á las tribulaciones, á la vida, á la muerte, á lo profundo, á lo dilatado y á las alturas, y decia que á todo seria su corazon un peñasco inmóvil é inespugnable. Mas cuando yo considero aquellas dulces palabras del Redentor, en las cua-

les nos promete estar con nosotros sacramentado mientras el mundo fuere mundo, ¿qué concepto puedo formar de su amor? Allí oigo que nos pregunta: ¿qué cosa me podrá separar de vuestra compañía? *An vita?* No la vida que yo pasé tan penosa en la tierra, ni la que paso tan ultrajada en este Sacramento. *An mors?* Ni la muerte que aquí pretendéis darme cada día, poniéndome de nuevo cuanto está de vuestra parte en una cruz. *An fames?* Ni la pobreza que yo padezco en mi casa. Yo voy mendigando de puerta en puerta una gota de aceite para mis lámparas, una vela de cera para mi altar, necesito de un lienzo decente donde reclinar mi rostro. Pues ¿qué cosa será bastante para apartarme de los hombres? *An tribulatio?* Ni los ojos impuros que hieren mi corazón, ni las conversaciones inmodestas que me afrentan, ni las sacrílegas ir-

reverencias que á mi vista se cometen. *An longitudo?* Ni lo largo de los tiempos, ni el discurso de los años, ni la multiplicidad de los siglos. Múdanse los imperios, acábanse las monarquías, truécase mil veces el mundo, mas en este Sagrario yo soy el mismo y no me mudo. *An altitudo?* Yo soy el Unigénito del Altísimo, y Dios de infinita Magestad, que con una seña sola muevo las esferas celestiales, y con tres dedos sustento toda la máquina del Universo. Pero ni toda mi grandeza ni lo profundo, ni la bajeza de las criaturas, ni la vileza de su condicion bastará para que por un solo instante deje yo de estar sacramentado con ellos; porque en estos altares tengo puesto para siempre mi corazón: *Ponam cor meum ibi cunctis diebus.*

Así obra con nosotros un Dios amante. Nuestro compañero quiere ser hasta

el fin del mundo. A todas horas y en todos los momentos, de dia y de noche, quiere él que siempre le hallemos en aquel Sagrario. Mas lo que mas acredita de inmensa esta fineza de Jesus, es que no solo para siempre, sino que en todas partes y en todos los lugares quiera estar con nosotros sacramentado. Yo me compadezco mucho de aquel pobre paralítico, cuando leo que por espacio de treinta y ocho años yacía en un pórtico por no poder llegar á una piscina, que era la única en el mundo, y solo en Jerusalem se hallaba para remedio de sus males. Mas aquí se siente mi alma herir vivamente del amor, cuando considero no haber parte alguna de la tierra en donde no pueda hallarse fácilmente la saludable piscina de la sangre de Jesus, único antídoto para la perle-sía de nuestras culpas. No hay reino, no hay provincia, ciudad, tierra ó lu-

gar en el mundo en donde no esté ó pueda estar este amante sacramentado. En los lugares mas humildes, en las cabañas mas pobres, en las campiñas mas desiertas le tiene puesto su amor. Si entro en los hospitales mas desamparados, si paso por las calles mas inundadas, ahí le encuentro. Si le busco en los ejércitos entre el rumor de las armas, allí tambien le adoro. Finalmente, como si toda la tierra no bastase, si navego por los mares, tambien navega conmigo sobre las olas el Señor sacramentado.

En todas partes y á cada paso nos espone todos los tesoros de la gloria. Es celebrada en el mundo el ave Fénix porque dicen que es única; mas solo nace en los montes de la Arabia. Precioso es el oro, mas la naturaleza le esconde en las entrañas de la tierra. Brillantes son los diamantes, pero están

encerrados en los secretos senos de las minas. Solo el cuerpo de Jesus se halla por todas partes sin fatiga y sin dispendio, aquel adorable Cuerpo, que es la única inesplicable perla engastada en el pecho del divino Verbo.

Ah! ¡cuánto mas liberal y mas amante se muestra ahora Dios con los hombres que en la ley antigua con los Israelitas! Entonces no habia en el mundo mas que un templo, un sacrificio y un sacerdote; y aun así, todo era una sola figura de este Sacramento. Y ahora apenas hay lugar en toda la redondez de la tierra en donde no podamos hallar, no la figura, sino el figurado. Ya no es necesario andar preguntando, como la esposa, dónde vive y dónde come nuestro amado; porque no solo al medio dia, mas á todas horas, y en todas partes se manifiesta á nuestros ojos, y

con la sangre de su pecho, cual Pelicano amoroso nos alimenta.

En un solo lugar se depositaba el Arca del testamento, y era dichosa la casa que la merecia hospedar. ¡Quién no se enternece ahora en considerar esta fineza de Jesus? Él no es el Arca de Dios, sino el mismo Dios de la Arca. No es la Ley escrita, sino el mismo autor de la Ley. No es el Maná en figura, sino el mismo figurado por el Maná. No es la vara de Moisés, sino la flor bella del Paraiso, y á cada paso le vemos, le hallamos, le comemos y le metemos en nuestros corazones. Con su inmensidad ocupa Dios todo el universo; y si hubiera infinitos mundos, se hallára presente en todos ellos. Mas fué tan ingenioso su amor, que quiso dar tambien en este Sacramento este tan excelente atributo de algun modo á su humanidad. Y porque, cuando andaba en el mundo, en

un lugar solo se hallaba un hombre Dios, busco modo su sabiduria para que, multiplicadas infinitas veces las transustanciaciones del pan en su carne, podamos decir que en todas partes y en innumerables mundos, si los hubiera, tenemos en nuestra compañía un Dios hombre.

OCTAVA FINEZA.

Jesus se quedó sacramentado para toda suerte de personas.

No puede un entendimiento limitado conocer bien adonde llega esta fineza del amor de Jesus Sacramentado, sin dar una vista á lo que pasa en las cortes de los príncipes y grandes del mundo. En ellas hallareis guardas que por todas las puertas defienden la entrada en sus palacios. Ni á todas se les permite llegar

á los primeros salones, á pocos á sus cámaras, y á raros al cuarto donde está el mismo monarca. Mas ¡qué diré de sus convites? ¡Qué autorizadas y escogidas son las personas que admiten á sus mesas! Principe hay de estos en el mundo, que hace razon de estado no comer jamas ni con la propia consorte.

Ahora recorred con los ojos la córte del divino Rey Sacramentado, y vereis como sin excepcion de personas tiene todas sus entradas libres en su palacio, y se sienta á su mesa el ilustre y el humilde; el señor y el esclavo; el grande y el pequeño; el rico y el pobre; el amigo y el enemigo; el justo y el injusto. Esto es de lo que se maravilla San Juan Crisóstomo, viendo que ni los traidores son excluidos de la real mesa de Jesus Sacramentado, y que hasta aquellos que le venden por el vil interés de un apetito, meten con él la mano

en el plato. Por esta causa dice San Ambrosio, que no reusaba el Redentor ir al convite de hombres perdidos y pecadores, porque les habia de llamar despues á su mesa. Determinaba Jesus hacer de su carne un banquete universal para todos, y asi quiso primero comer con todos, para que despues todos comiesen con él.

En la mesa del Senado romano se sentó una vez un hombre cubierto de luto, contra el estilo que tenia el Senado, y levantándose todos, esclamaron: *¿Quis unquam cenavit atratus?* ¿Quién se atrevió jamás á venir á esta cena vestido de negro? ¡Oh liberalidad! ¡Oh amor infinito de Jesus! Y cuantos se sientan á vuestra mesa envueltos en las oscuras tinieblas de la culpa, y con las almas mas negras que las mismas tinieblas, y con todo eso los dejais, oh benigno amante, comer vuestra carne.

y les dais á beber vuestra sangre. Así es, á todos les ve, y á todos los consiente en su mesa el Rey de gloria; porque este Sacramento es el sol que su Profeta dice, que le hace nacer sobre buenos y malos.

Para que todos lleguen á comer su carne, disfrazó en aquella mesa la magestad. Oculto entre el velo de pobres accidentes, da á comer por pan lo que verdaderamente es Dios. Si en este augustísimo Sacramento vistiese su cuerpo de aquellas luces con que se dejó ver en el Tabor, podrian temer los pobres. Si allí apareciese armado de aquel poder que puso en sus manos el Eterno Padre, podrian huir los culpados. Mas ahora no hace ya ostentacion de aquellos títulos que el Evangelista leia impresos en su cuerpo: *Rey de Reyes, y Señor de Señores*. Ya no atemoriza con aquellos prodigios, por temor de los

cuales le pedia Pedro que se apartase de él. Ya se acomoda á la condicion de todos. A los reyes da como á reyes, y á los pobres como á pobres. Para los hambrientos es manjar, y para los sedientos fuente. Mas ¡oh almas católicas! si aun os queda alguna duda de lo mucho que vuestro Redentor se humilló, y abatió su Magestad por vuestro amor en este Sacramento, leed con atencion las siguientes finezas; pero prevenid las lágrimas que sé de cierto correrán de vuestros ojos en considerar adonde llegaron los excesos del amor de mi Jesus Sacramentado.

NONA FINEZA.

Jesus se quedó sacramentado para el mas humilde de la tierra.

Con lágrimas, y no con tinta, con

suspiros, y no con palabras se podría solamente discurrir de esta prodigiosa fineza de Jesus; porque verdaderamente enmudece la lengua, y faltan los conceptos para explicar las humillaciones en que el amor ha puesto al Rey de la gloria en el Sacramento del Altar. Toda la vida de Jesus fué un continuo ejercicio de humildad. Desde el nacimiento al sepulcro, no tuvo otra mira que humillarse por los hombres. Nació humilde, vivió humildísimo, y murió el mas abatido. Mas cuando yo le considero sacramentado, no puedo menos de cubrirme el rostro de confusion, ni entender cómo ha quedado aun raiz de soberbia y vanidad en el mundo.

¿A dónde podian llegar mas las humillaciones de mi Dios, que á esconderse debajo de fragilísimas especies de un poco de pan? En su Encarnacion encubrió su divinidad; pero se dejó ver

hombre, y el más hermoso de los hijos de Adán. En este Sacramento esconde el Ser divino, y el humano, y no muestra más que el ser de pan. Infinita fue la aniquilacion que Dios hizo de sí mismo, decia el Apóstol, cuando se unió á la naturaleza humana, que era viviente racional y formada á su semejante. Pues ¿cuál será el abatimiento en unirse á una naturaleza no intelectual, sino insensible? ¿Qué digo á una naturaleza? Ni á una sustancia corpórea se uné sacramentándose; porque contento con los pobres accidentes, que no tienen entidad propia, practica la mayor humildad, y que pueden concebir los entendimientos de los Serafines.

Haber reducido Dios su inmensidad al tierno cuerpecito de un niño, arrebatada en éxtasis de esta maravilla á quien la contempla; mas reducirse Dios á un pequeño pedazo de pan, y á una

sola gota de vino, ¿quién lo podrá escribir sin lágrimas, ó pensarlo sin que se le quiebre de amor el corazón? En el mas limitado fragmento de aquella hostia está todo entero el Monarca del Em-píreo. Mas en cualquier mínimo punto de ella misma, ó sea de los que entre sí unen sus partes, ó de los que llamamos terminativos de su cantidad, compen-dió el Altísimo toda su grandeza. ¿Ah Nabucos y Alejandro mundanos, cómo quedan aun en pié vuestras estatuas? ¿Cómo no se deshacen en polvo vues-tras soberbias? ¿Cómo llora aun vuestra ambicion al oír que no hay mas que un solo mundo para conquistarle? Y el Dios de la magestad, el criador de todo se reduce á vivir y morar en un punto in-divisible por vuestro amor.

Esceden las humillaciones de Jesus Sacramentado á todas cuantas las sa-gradas plumas nos dicen que padeció en

la tierra. Cuando conversaba con los hombres los llevaba á millares tras sí, atraídos y arrebatados de los rayos de aquella divinidad que resplandecía en su carne mortal. Y así, siendo niño, fué adorado de los Reyes en Belen, deshizo la soberbia máquina de los ídolos en Egipto, y eran tan poderosos los influjos de sus ojos, que los mismos Hebreos, que no le conocían, se convidaban unos á otros á recrear su vista, diciendo: *Vamos á ver al bellissimo Hijo de María.* Siendo hombre tomó en su mano el látigo contra los culpados, se mostró imperioso con los elementos, y formidable á los demonios, y aun despues de muerto se eclipsó el sol, y cubrió el mundo de horrores.

Pues ¡qué diferente se muestra ahora este mismo Señor sacramentado! Ya en aquel altar está tan manso y humilde Jesus que cubierto de unas apariencias

de pan, no da la mas mínima señal de vivo. Todo humillado, y todo enmudecido, ni de sus sentidos exteriores se sirve. Tiene los ojos vendados, cerrados los oidos, presas las manos, atados los pies, y solo ardiendo de amor su corazon.

Allí está sujeto á la voluntad y arbitrio de los hombres. Mas ¿qué mucho, si tambien su amor le sujetó á los brutos? ¿Cuántas veces nos dicen las historias, que pisaron con sus pies las bestias su divino sacramentado cuerpo? Allí tambien le vereis en poder de los elementos insensibles; porque ó las llamas del fuego consumen las especies de que se viste su cuerpo, ó las inundaciones de las aguas le arrebatan entre sus corrientes, ó la tierra con sus temblores, le encierra en sus entrañas dentro de su sagrario. Mas ¡oh católicos míos! Oid lo que es mas que todo. En este augustísimo Sacramento practica Jesus tan

maravillosos ejemplos de humildad, que en él se quedó sujeto hasta á los mismos demonios. No una vez sola fueron llevadas las sagradas hostias por impíos hechiceros á sus infernales asambleas, en donde juntamente con ellos, en figuras corpóreas fueron vistos muchos malignos espíritus bailar y saltar sobre aquel adorable rostro, delante del cual se arrodillan todos los cielos.

Decidme ahora, soberbios y altivos del mundo, ¿dónde están aquellos puntos de honra tan abominables, y tantas veces practicados delante de este mismo Dios sacramentado? ¡Oh ceguedad, digna de ser llorada con lágrimas de sangre! El Criador á los pies de una criatura; ¿y está en su presencia, en su misma casa, le estará ultrajando á sangre y fuego, sobre la preferencia de un lugar, ó porque le niegan un asiento? Mas ¡oh Sacramento dulcísimo, escuela

irrefragable de la verdadera humildad! yo abrazo tus dictámenes, en todo opuestos á las falsas máximas del mundo. Y pues desde la cátedra de este altar me enseñas el camino real de la vida eterna, yo me declaro perpétuo discípulo de mi Jesus sacramentado, que en tan prodigiosas humillaciones me da la mas evidente prueba de su amor.

DÉCIMA FINEZA.

Jesus se quedó sacramentado para ser pobrísimo en el mundo.

Es verdaderamente este augustísimo Sacramento un abismo infinito; en el cual se pierde el discurso, descubriendo en él cada vez mayores excesos del divino amor. Seria necesario aquí, que yo tuviese una voz que se oyese en todo el mundo, para que llegase á noticia de

todas las criaturas esta maravillosa fineza de Jesus. Pero no quiero declarar cual sea el quedarse pobrísimo en este inefable Sacramento, sino con las mismas palabras con que nos está hablando continuamente en aquel altar: *Ege-nus, et pauper sum*: Yo estoy aquí pobre y necesitado de todas las cosas. Yo, que sembré el cielo de estrellas, vestí los planetas de luces, y enriquecí de perlas el Eritreo: Yo, que adorno de flores el campo, crio oro en las minas, y doy reinos y monarquías á los príncipes, estoy aquí reducido á tanta pobreza, que necesito de un lienzo para mis altares, de corporales para reclinar mi rostro, mendigo de las criaturas un poco de aceite para mi casa. Yo soy luz del mundo, y todo el cielo no necesita de otro resplandor que el de mi humanidad, que es el divino sol que le alumbrá, y acá en la tierra apenas arde delante de mi

-cuerpo una pequeña luz, la cual, por descuido de las criaturas, está toda la noche apagada. Es cosa maravillosa ver al Rey de gloria con tanta pobreza en su casa. Los sagrados vasos en que reservan su adorable cuerpo ¿cuántas veces se hacen de un vil metal? Los cálices en que se deposita su preciosa sangre, tan inmundos, que muchos tendrían asco de beber, y brindar con semejantes tazas en sus mesas. Corred esas tierras y lugares pequeños de la cristiandad, en donde se cree y adora este augustísimo misterio de la fé, y vereis cosas que os sacarán las lágrimas á los ojos. Vereis iglesias católicas mas pobres que los Pagodes entre los Géntiles; altares menos afeados que chimeneas entre Calvinistas: ¿que digo? Hallareis establos mas limpios que lo que es depósito del cuerpo de Jesus.

A esta extrema pobreza redujo su amor al criador de todo este Sacramento. Mas lo que á mi me causa mayor asombro, es, ver que le da tales apariencias de pobre su amor, que tal vez vemos rodeada de gusanos su carne. Cuando las sagradas especies de pan empiezan á corromperse, es debido á su naturaleza, que se sustituya allí dicha sustancia, en la cual se introduzca la forma de gusano. No se atrevieron éstos á llegar al cuerpo de Jesus, cuando en los tres dias estuvo sepultado en la tierra. Mas en este amoroso Sacramento, en donde da mayores ejemplos de pobreza que en el sepulcro, permite que los gusanos se vean juntos con su carne. Nada afligia tanto en su pobreza al paciente Job, como verse por todas partes rodeado de gusanos. Pues, ¿qué transmutaciones tan raras son estas del amor de Jesus? ¿Qué invenciones tan inge-

niosas para ir siempre empobreciendo mas por el amor de las criaturas? Siendo Dios se hace hombre, siendo hombre se disfráza en pan, y las especies de pan le hacen parecer gusano, *Vermis sum, et non homo.*

Volved ahora los ojos, católicos, á los palacios de los reyes y príncipes de la tierra. Mirad la suntuosidad de sus adornos, la riqueza de sus gabinetes, y el lucimiento de sus mesas. Mirad como se empobrece la India para enriquecer sus salas, y se desnuda la China para vestir y adornar sus camas. Mirad como arden allí sin número las hachas, y á cada paso lucen preciosas arañas. Este es el albergue de una pobre criatura, que por grande que sea, á vista de Jesus es una sombra que se deshace. Volved despues los ojos á la casa y habitacion en donde vive el Monarca sacramentado, al trono de quien no son bastante-

mente dignas las alas de los serafines; y hallareis como muchas veces le falta lo decente para celebrarse el tremendo sacrificio de su sangre, como carece de un par de velas para sus altares, y como por la suma pobreza arde una apocada vela delante de su Magestad. Yo ví en la casa de un poderoso del mundo arder en una sala mil y quinientas velas de finísima cera en un sarao. Se gasta en una ópera y un baile lo que no se gastaria con un Dios. Su templo y su adorable cuerpo sacramentado está noches enteras á oscuras, y á lo mas con una pobre lámpara encendida en un rincon de su casa.

¡Qué bien decia yo, que la pobreza de Jesus Sacramentado no tuvo nunca semejante en el mundo! Es verdad que en su nacimiento padeció increíble pobreza; pero halló los brazos de su amantísima Madre que le envolvió en

límpisimos pañales. Es verdad que en la cruz murió el mas necesitado; pero tuvo un José que con un finísimo sudario cubrió su desnudez. Ver á un Belisario, que despues de gobernar un imperio, mendigaba un pedazo de pan por las calles, sacaba las lágrimas de los ojos, ver sus miserias. Pero ver á Jesus Sacramentado tan necesitado en su casa, no escita en los poderosos del mundo la compasion. Bien oyen las piadosas voces con que está diciendo desde el sagrario: *Egenus et pauper sum*: necesitado y pobre soy. Mas allá van sus tesoros para servir á sus profanidades, allá gastan sus riquezas para complacer á sus apetitos.

UNDÉCIMA FINEZA.

Jesus se quedó sacramentado para ser obedientísimo, y pacientísimo en el mundo.

No halló el entendimiento de San Pablo, ilustrado con la luz de la gloria, con qué encarecer mas el infinito amor de Jesus que con decir, que fué obediente hasta la muerte. Mas con la debida veneracion á este gran Maestro de todo el mundo, dijera yo que la obediencia de Jesus pasó aun mas allá de su muerte. Porque en este adorable Sacramento le veo en la tierra y en el cielo obedientísimo á sus criaturas. Si ellas quieren que esté dias y noches patente á la vista del mundo, no lo contradice; si le llevan por las calles y plazas públicas, no lo repugna, y si le en-

cierran debajo de una llave, tambien lo consiente.

De un solo hombre sabemos que fué hecho á medida del corazon de Dios; mas séame lícito decir, que en este Sacramento está Dios hecho á medida del corazon de los hombres; pues á la voluntad y arbitrio de todos está su corazon sacramentado. Mas si es tan maravillosa esta obediencia que tiene á sus criaturas en la tierra, ¿cuál será la que practica con las mismas en el cielo? Oid el mayor prodigio del divino amor. Reside el soberano Rey de la gloria en el trono altísimo de su Magestad, adorado de las columnas del firmamento y obedecido de las mayores potencias del empíreo; y á las primeras cuatro palabras, con las cuales le llama su ministro, vuela á colocarse en sus manos con tan pronta obediencia, que en el espacio de diez y siete siglos no ha fal-

tado nunca ni faltará en adelante una vez sola.

Oye el obedientísimo Jesus la voz del sacerdote en el cielo, y no se interpone un momento, ni un instante, entre la última sílaba de su palabra y su real presencia en el altar. No le retarda el haber de salir del delicioso pecho de su eterno Padre, no la suavísima vista de su amorosa Madre, ni las melifluas voces con que en la gloria le recrean los Serafines. La lengua, las palabras, las manos de su ministro le traen del cielo á la tierra. ¡O lengua, ó palabras de infinito poder, que arrancas al Omnipotente y traes á ti al Inmenso!

¡Quién se admirará ahora al oír que con solo uno de sus cabellos y con uno de sus ojos trajo la Esposa al divino Amante á su seno? ¡Ni que por un solo cabello llevó un angel desde Judea á Babilonia al profeta para alimentar al

mancebo Daniel encerrado en el lago de los Leones? pues ahora vé traer cada día un hombre con pocas palabras desde el cielo á la tierra al mismo Dios, para saciar con su carne un mundo entero. ¡O prodigios nunca oídos! Basta que el hombre hable para que Dios le obedezca. Allá decia David que habló Dios una sola vez; y ¿qué obró? Enjendró un Hijo igual á sí mismo en la grandeza y magestad. Habla innumerables veces el sacerdote, y ¿qué obra? No me atreviera á decirlo si la mayor luz de la iglesia, San Agustín, no lo hubiera dicho: *Qui creavit me sinē me, creatur mediante me.* ¿Sabeis, dice Agustino, lo que yo hago con mis palabras en el altar? Crio cuantas veces las pronuncio al que me crió á mí: *Qui creavit me, dedit mihi creari se.* Aquella eterna generacion del divino Verbo, en cuyas luces no pudierón

fijar la vista ni por un instante los ojos de un Isaias, renuevo yo cada dia en mis manos con mi lengua.

Yo no dudo afirmar que es mayor la obediencia que Jesus tiene en el Sacramento á la voz del hombre que la que tuvieron las criaturas en su creacion á la voz de Dios; asi como es mayor el poder de quien muda el pan en Dios, que el de aquel que muda la nada en pan. Con una sola voz sacó Dios del caos de la nada todo el Universo, y no hubo criatura que no obedeciese á su imperio. Obedecieron los planetas, los cielos, los mares, las aves y las plantas. Pero todas ellas eran unas criaturas caducas y corruptibles; de suerte, que todo cuanto obedeció la voz de Dios, no fué ni podia ser otro Dios como él infinito é inmortal. Mas fué tanto el amor de Dios para con el hombre, que le dió poder para producirle en el Sacramen-

to, de tal suerte, que si por imposible pereciera la sacrosanta humanidad del Verbo divino, bastarian las poderosas palabras de la consagracion para con el hombre reproducirla de nuevo en los altares.

Fué y será siempre celebrada en el mundo la obediencia de Abraham á la voz de Dios, y no habia allí mas que sacrificarle su hijo unigénito. Comparad ahora con esta la obediencia de Jesus á la voz de un hombre: venir, bajar y ponerse en sus manos para ser él mismo sacrificado. Atónitos quedaron los discípulos del Redentor cuando vieron que á su imperio obedecian los mares y las tempestades. ¿Qué dirian ahora viendo á su divino Maestro tan obediente á la voz de su criatura que, abriendo la boca, abre los cielos y le hace descender á la tierra sobre una ara? No pudo el Evangelista significarnos

mas altamente la obediencia del divino Verbo humanado que con decir que estaba sujeto en el mundo á una Virgen Madre suya, la cual, como tal, era el mas perfecto y mas escelente parto que dió ni podia dar á luz su eterna sabiduria. ¿Con qué conceptos, pues, podrán las plumas evangélicas explicar la obediencia del mismo Señor sacramentado á una criatura vil y miserable? Mas ¿qué dirán tambien á vista de tan maravillosa obediencia, de la contumacia de las mismas criaturas á la voz de su Criador, de tanta repugnancia á sus preceptos, de tanta obstinacion en contradecir á su ley y no observar sus consejos? Mas pasemos ya á ponderar la mayor fineza de Jesus sacramentado en sufrir los agravios que padece en este inefable Sacramento.

Con razon llamó San Gregorio el Grande entre los doctores, máquina del

entendimiento al amor: *Amor est machina mentis*. Porque así como sirven las máquinas para levantar en el aire pesos de extraordinaria grandeza, así el amor alivia suavemente las penas y los trabajos que de su naturaleza son pesados. No hay mayor prueba de esta verdad que lo que el amantísimo Jesús sacramentado sufre de sus criaturas en el mundo. Con las mismas palabras con que instituyó este Sacramento, parece que se empeñó á sufrir toda suerte de ultrajes. Este es mi cuerpo, dijo, cuando lo daba á comer á sus discípulos, el cual por vuestro amor será entregado y de mil modos ofendido. Yo lo dejo sacramentado y espuesto á la crueldad de los hombres.

No quedaron frustrados los insaciables deseos que tuvo de padecer por nosotros; porque sin duda todos los tormentos que Jesús padeció en el Calva-

rio, los renueva la malicia humana en el Sacramento. Un discípulo le vendió en Jerusalem por treinta dineros: por menos le compró sacramentado un hereje en la Pomerania. En Judea hicieron los Fariseos juntas y consejos para matarle. En Alemania se conjuraron tres Luteranos, y divididos por tres partes del mundo, desahogaron su odio contra este augustísimo Sacramento. Uno, cual impío Malco, elevando el sacerdote la sagrada hostia, levantó la sacrilega mano, y despedazándola, la pisó con sus pies. Otro, cual cruel Longinos, la atravesó con un puñal sobre el altar. Finalmente otro, de mil modos indignos de decirse, afrentó y atormentó el adorable cuerpo del Redentor.

Todo lo sufrió el amantísimo Cordero. No quiso sacramentado ostentar su poder aquel Señor á quien las escrituras aclaman por el Dios de las venganzas.

zas. Aquel que no disimuló el arrojó de un Oza, que estendió su mano para sustentar el Arca. Aquel, que por una sola mentira, castigó con muerte á un Ananías. Aquel, que por un desprecio hecho á su Profeta, mandó á la tierra que tragase vivo á un Avirón. Aquel, que por una sola injuria dicha á Eliseo, ordenó á los osos que despedazasen á los insolentes mancebos. Este es el que ahora sufre tantos agravios que la impiedad é incredulidad de los hombres hace á su cuerpo, que lo pisen con los pies, que lo traspasen con puñales y le arrojen en los hornos.

Mas ¿quién desarmó aquellas divinas manos en este Sacramento sino un infinito amor con que se quedó en él para los hombres? ¿Quién las ató para no sumergir, como en otros tiempos, tantos malvados en diluvios de agua, y cubrir por menós culpas ciudades enteras con

fuego? ¿Quién sino el amor le hace blanco de los infinitos agravios que le hacen con las lenguas y con las plumas tantos reinos y provincias, que dentro de la cristiandad vomitan el venenoso odio que profesan á este Sacramento?

Cuando Sanson reposó en el regazo de Dálila, luego se sintió falto de sus fuerzas, y aquellas manos acostumbradas á desquijarrar leones y arrancar fuertes columnas de la tierra, se vieron presto aprisionadas con pesadas cadenas. Lo mismo hizo el amor con Jesus Sacramentado. Reposó una vez en el pecho de los hombres, hizo tálamo para su cuerpo del corazon de las criaturas, y luego perdió todas las fuerzas para castigarlas; y asi sufre ahora las mayores ofensas quien primero no perdonaba las faltas mas ligeras. Porque este amor grande, este amor incomparable, no satisfecho de clavarle las manos en

un madero, se las tiene atadas, fuertemente en el Sacramento;

DUODÉCIMA FINEZA.

Jesus se quedó sacramentado para ser nuestro alimento.

No tuvo, ni tendrá semejante en la tierra la infelicidad de Adán nuestro primer padre, cuando oyó de la boca de Dios aquella terrible sentencia que le condenaba á comer por toda su vida el pan con el sudor de su rostro. Dominaba sobre todo lo criado, entronizado en un paraíso de delicias; enriquecido de dones maravillosos, tenia por dote la libertad, y por patrimonio la gracia; los elementos le servian, y le obedecian los animales; no respiraban el aire sino á su favor, paseaba á pie enjuto los mares; del fuego le eran suaves los ardores; y

toda la tierra le tributaba vasallaje. ¡Mas ah desgracias! Aquellas manos que poco antes empuñaban el cetro de todo el mundo, se vieron en un instante obligadas á labrar con un arado la poca tierra, que en lugar de pan le daba abrojos.

Así obró Dios con Adan en el paraiso; pero no obra así con los hombres en el Sacramento. Y sino, decidme, ¿qué trabajo, ó qué fatiga nos cuesta el alimentarnos de aquel pan de vida? ¿Qué sudores padecemos para comer la deliciosa carne de Jesus? En donde, como dice el angel de las escuelas, se gusta toda la dulzura en su fuente; porque en ella recopiló, mejor que en el Maná, todos los sabores de su amor. Llenos estan los libros de las divinas y humanas letras de muchas mugeres, que para remedio de la extrema hambre que padecian, se comieron sus propios hijos, partos de

sus entrañas; mas no leemos que hubiese madre tan piadosa para con su hijo, que por libertarle del hambre que padecia, le alimentase con su propia carne. Esta fineza quedó solo reservada para el amor infinito de Jesus, el cual, viéndonos padecer, nos dió su mismo cuerpo para nuestro sustento.

¡O prodigio del amor divino! ¿Dios alimento del hombre? Es cierto que el alimento se convierte en la sustancia de quien le recibe. La divina naturaleza es totalmente inconvertible en la humana. De suerte, que aun la de aquel Hombre hijo natural de Dios, puede muy bien unirse á la naturaleza humana; mas de ningun modo convertirse en ella. Pero buscó su amor trazas para hacer una nueva é ingeniosa conversion. Hizo alimento de la carne de Jesus, para que en el modo posible, parezca que su naturaleza se transforma

en la nuestra, y despues que le recibimos sacramentado podemos decirle con su Profeta: Acordaos, Señor, que sois mi sustancia.

En una ocasion le dijo el mismo Señor á su favorecido Agustino: Yo soy manjar de grandes, tú me comerás, mas no me mudarás en tí, antes bien tú te convertirás en mí. Esto es lo que pretende el amante Jesus Sacramentado, unirse de tal suerte con nosotros por alimento, que se convierta en nosotros y nosotros nos trasformemos en él. El Gran Teodosio Emperador, cuando volvia de la guerra, aun con la sangre caliente de las batallas, estrechaba fuertemente en su pecho á su hijo Honorio para trasformarle, como él decia, en sus esfuerzos marciales. Mas ¿cuánto mejor nos convierte en sí el amoroso Jesus cuando, vertiendo sangre viva de sus venas, nos abraza estrechamente y

nos infunde su espíritu para fortificarnos en esta vida que tambien es milicia sobre la tierra?

Falsas y fingidas fueron aquellas promesas que el padre de la mentira hizo al primer hombre, de que seria como Dios si comiese de aquella fruta que se le habia vedado en el paraiso. Pero si Adan hubiera gustado de este Pan deífico, de esta carne sacramentada de Jesus, bien pudiera yo seguramente prometerle que quedaria divinizado. Este es aquel Pan á quien llama San Cirilo: *Satus in Virgine, in Ecclesia fermentatus*. ¿Sabeis, dice este grande Doctor, qué Pan es este? Es el Pan sembrado en el corazon virginal de María, fermentado en la iglesia y amasado con la sangre de Jesus.

Pronóstico fué para los de Taranto, de mil calamidades que por cuatro años padecieron, salir sangre al partir

el pan que comian. Mas preguntad vosotros á una Teresa, ¿qué sintió de este divino Pan, cuando entrándole en la boca, la llenó de la preciosa sangre de Jesus, que la anegó en un mar de dulzuras? Preguntad á una María Ogniancense, hija del gran patriarca Santo Domingo, ¿qué síntomas mortales eran aquellos que padecía solo en llegar á los labios el pan que no estaba consagrado? Efectos que no le causaba el divino Pan eucarístico, al cual únicamente anhelaba y recibia con ardentísimos afectos. Muchas esperiencias hicieron con ella los sacerdotes, trocándole la forma consagrada por otra que no lo estaba, y creyeron que perdiese la vida.

Concluyamos con decir que en este admirable Sacramento están ya descifrados los enigmas que no entendieron los convidados de Sanson; porque este

es el suavísimo panal que se halló en la boca del león. Este es el pan guardado por el verdadero José para librar de la hambre al Egipto de todo el mundo. Este es, finalmente, el pan en que el amor transformó la carne de Jesús para ser en esta vida nuestro único alimento.

DECIMATERCIA FINEZA.

Jesús se quedó sacramentado para ser remedio de las almas y medicina de los cuerpos.

Por el pecado, dice el Apóstol, entró la muerte en el mundo; porque su veneno, de tal suerte inficionó el género humano, que royéndole las entrañas, le privó de la vida eterna que había de gozar en el estado de la inocencia. ¡In-felicidad verdaderamente digna de ho-

rarse con lágrimas de sangre! En un solo bocado tragaron la muerte todos los hombres nacidos y por nacer. Yacia todo el universo en el horrendo sepulcro de una culpa que solo se habia cometido por la voluntad del autor de tantos males. Pero donde abundó el pecado sobreabundó la gracia. Mas puede un bocado delicioso que nos dió Jesus, nuevo Adan, que aquel con que el viejo Adan envenenó á todos los mortales. Mas puede la purísima carne de Jesus sacramentado, de la cual hizo un eficaz antídoto contra el contagio universal del mundo.

Muy proporcionado fué el remedio al mundo, muerto por la culpa al pie de un árbol, cuando en otro árbol de la cruz le dió la vida el Redentor. Pero no halló menos proporcion su amor viendo que el mismo mundo pereció por un bocado, en darle en este Sacramento otro

bocado que le libre de la muerte eterna. Habia sacado de sus entrañas á aquella alma cuando con su divino aliento la infundió en el primer hombre; pero viéndola despues muerta, dispuso la medicina que tambien le salió del corazón.

No ignoro que los teólogos llaman á la sagrada Eucaristía Sacramento de vivos y no de muertos. Pero digo, que si los huesos del profeta Eliseo, tocando un cadáver en la sepultura, le restituyeron en un instante á la vida, ¿qué no hará el cuerpo de Jesus? Si solo con tocar con su mano en el féretro al hijo muerto de la viuda le resucitó; y si solo con una mirada de sus ojos convirtió á Pedro en un mar de lágrimas en el cual se ahogó su culpa, ¿cuántas almas ya cadavéricas por el pecado resucitaron á nueva vida, tocando, no solo los huesos, mas toda la sacratísi-

ma carne de Jesus? ¿Cuántos corazones endurecidos se ablandaron lavados en aquella sangre, que al golpe de divinas inspiraciones le harán brotar sangre de arrepentimiento, mejor que de las piedras hizo la vara de Moises?

Yo considero muchas veces al amante Jesus sacramentado dentro de un alma que yace en la miserable sepultura del pecado, y allí compadecido de ella, le dice: *Ego sto ad ostium, et pulso.* Aquí me tienes á tu puerta, cerrada solo para mí, que soy la real llave del paraiso. Déjame entrar dentro de tí y tomarás el pulso á mi corazon que está enfermo de amor; porque tú estás muerta. Aquí me tienes puesto á los pies de un Satanás por el vil interés de un apetito, lo que él no pudo conseguir por todos los reinos del mundo. Este Príncipe de las tinieblas tiraniza tu corazon, que yo Rey pacífico deseo para mi tro-

no. Estas cadenas con que te tiene hecho su esclavo, aunque sean mas duras que diamantes, se ablandarán con la sangre de este Cordero.

¡Ah cuántos Lázaros muertos resucitan hoy en el mundo al sonido y eco de estas voces! ¡Cuántas conversiones se hacen por virtud de este inefable Sacramento! Tocó Tomás con el dedo el pecho de Jesus y recibió la fé. Tocó Longinos la sangre con la lanza y recibió la luz. Y si de las manos de Midas hubo quien dijo que convertia en oro todo cuanto tocaban ¿quién dudará que el cuerpo sacramentado de Jesus no mudará en el metal mas precioso de finísima caridad el mas puro hierro de nuestros corazones? Dicen los naturales que las víboras de Arabia carecen totalmente de veneno por el bálsamo de que frecuentemente se alimentan. Y si esto es así, ¿qué preservativo no será

para las heridas del pecado el cuerpo y sangre de Jesus? Asi lo entendió San Bernardo cuando dijo: ¿Sabes, católico, por qué no son tan fuertes las tempestades de tus rebeldes pasiones? Porque comes de este Pan sacramentado. El cuerpo de Jesus es quien pone en calma aquellas olas que te harian sin duda naufragar en un mar de fuego: *Hoc Sacramentum in magnis impedit consensum, in minimis sensum.*

Mas ya me acuerdo que os prometí mostrar como este admirable Sacramento no es solo alimento para las almas, sino tambien eficaz medicina para los cuerpos. Ya sabeis que cuando el amoroso Jesus andaba por el mundo, la orla sola de sus vestidos restañaba flujos de sangre: la saliva sola de su boca restituia la vista á los ciegos. Pues qué hará, no el vestido, sino su carne? No la saliva de su boca, sino la sangre de

sus venas? San Gregorio Nacianceno afirma que su padre casi resucitó de la muerte á la vida recibiendo la sagrada Comunión. La seráfica Madre Santa Teresa testifica, que todas las veces que recibia este divino Sacramento, se sentia en un momento aliviada de los dolores que cruelmente la atormentaban.

Mas no hay que maravillarse; porque si al rocío del cielo, del cual dicen que se alimenta el Fenix, atribuyen los naturales el mucho tiempo que vive; ¿qué efectos tan saludables no experimentarían aquellos cuerpos rociados con la sangre de Jesus, que es la fuente original de la misma vida? Es cierto que este adorable Sacramento, mejor que el fruto de aquel árbol, hará inmortales nuestros cuerpos; y por eso el Concilio general de Niceno le llama: *Symbolum resurrectionis*; y el mártir San Ignacio le apellida *Pharmacum immortalitatis*;

afirmando con él graves doctores, que aquellos que en esta vida se alimentaron del cuerpo sacramentado de Jesus, tendrán mas derecho que los otros á la universal resurreccion de los cuerpos. ¡O divino é inefable Sacramento, Pan vivo y que das vida! Infeliz quien de tí se priva, porque desde ahora está ya muerto.

DECIMACUARTA FINEZA.

Jesus se quedó sacramentado para ser nuestro compañero en esta vida y Viático para la otra.

Amorosa fué sin duda la providencia del Altísimo, el cual, caminando su pueblo cuarenta años por un áspero y solitario desierto, le acompañó siempre con una columna de fuego que, sirviéndole de guia para la tierra de pro-

mision, le mostraba de noche los peligros del camino, y de dia le defendia con su sombra de los nocivos ardores de aquel clima que ni los Persas, ni los Griegos, ni los Alejandro, ni los Césares se atrevieron á pasar. Y si esta fué una prueba maravillosa de su amor pará con aquel pueblo, siempre ingrato á sus beneficios, ¿qué diremos de la fineza con que en el espinoso desierto de este mundo se nos dió el mismo Señor por compañero perpétuo y guia segura, no en una nube de fuego, sino en el resplandeciente sol de su cuerpo sacramentado?

Acompañóse Jesus con los hombres, pobres pasajeros que, caminando por los peligrosos bosques de esta vida, caian en un precipicio á cada paso. Hizose peregrino con nosotros, mas con un amor mucho mas fino que con aquellos dos caminantes que iban á Emaús,

con los cuales, por no quedarse con ellos solo una noche, disimuló que pasaba mas adelante. Bien conoció el divino Amante que, si nos dejase caminar solos por este mundo, encontraríamos desgracias á cada paso. Bien vió, que si navegásemos sin él un solo dia, cada ola nos seria un naufragio. Y asi escondió en este Sacramento la Magestad para ser nuestro compañero individuo en todas partes para ser nuestra luz en las tinieblas, nuestro escudo en las batallas y nuestro piloto en los peligros.

¿Quién podrá contar los innumerables beneficios que recibimos con tener en esta vida por compañero á Jesus sacramentado? Favoreció Dios la casa de Labán solo por la compañía de Jacob. Libró á todos los navegantes del naufragio, por llevar por compañero á San Pablo. ¡O cuántas veces se fulmináran

contra nosotros los dardos de la divina Justicia, si no tuviésemos en la tierra este fiel amigo al lado, que repara los golpes del Eterno Padre, justísimamente airado! ¡Cuántas veces se habria sumergido la nave de Pedro en las borrascas de tantas heregias, si no tuviése el timon por piloto á Jesus sacramentado! Pero él no duerme ya sobre la popa de este navío, y así seguro va quien le gobierna. No tema, pues, ningun cobarde, no desespere ningun pobre, no se desconsuele ningun afligido. Jesus sacramentado es fiel amigo para todos. Así lo experimentaba el humano serafin Francisco que, cuando le asaltaba alguna grave afliccion, iba luego á comunicarla á su verdadero amigo sacramentado, de quien recibia prontamente el alivio.

Mas no es solo este amoroso Sacramento nuestro compañero en la breve

peregrinacion de esta vida, sino que aumenta su amor la fineza en serlo tambien para el largo y peligroso viaje de la eternidad. No quiso el amante Redentor perdernos de vista en la partida que hacemos de este mundo ni por un solo momento. Suelen al despedirse los amantes acompañarse hasta donde pueden con los ojos. Mas no se satisfizo Jesus de seguirnos solo con la vista; quiso tambien ir con nosotros con el cuerpo. Para este camino de la eternidad no nos dió por viático otro que á sí mismo. Quiso mostrarnos que primero se apartará el alma de nuestro cuerpo que su cuerpo de nuestra alma. Del corazon, dice el Filósofo, que siendo el primero á vivir, es el último á morir. Por esta razon nos acompaña Jesus en la muerte, para que entendamos que primero pierde la vida nuestro corazon que él pierda nuestra compañía. ¡Ah

católicos! Mas radicado está el amante sacramentado en nuestro corazon que éste á nuestra vida. Acabada esta, quiere vivir con nosotros otra por toda una eternidad. En ella conoceremos y cantaremos para siempre, mejor de lo que yo he sabido explicar, cuáles y cuántas sean las finezas de Jesus sacramentado.



INGRATITUDES DE LOS HOMBRES

PARA CON

JESUS SACRAMENTADO.**PARTE II.****PRIMERA INGRATITUD.**

La incredulidad de los que niegan la real presencia de Jesus sacramentado.

Con tosquísimas palabras discurrí hasta ahora de las Finezas de Jesus sacramentado; y creo que, quien pasáre por estas hojas la vista con atencion,

quedará bien persuadido que son las mas excesivas que el amor de un Dios puede usar con una criatura. Mas ya es tiempo, católicos míos, que os muestre las ingratitudes con que el mundo corresponde al mismo sacramentado amante, para que me sepais decir lo que nunca supe decidir; ¿quién está mas empeñado, Jesus en obrar finezas por los hombres, ó estos en ejecutar ofensas contra el mismo finísimo Jesus? Mas no permita os suceda lo mismo que á quien toma en la mano un espejo para mirarse en él, que en cualquiera parte encuentra muy al natural su retrato; siendo cada página de estas un cristal que os representa al vivo vuestra ingratitud.

La primera que se ofrece á mi consideracion es la abominable incredulidad de tantos que niegan pertinazmente que el amantísimo Jesus dejó realmente

su cuerpo y sangre en el inefable Sacramento del altar. Dardo es este el mas penetrante para el amoroso corazón de Jesus; porque no hay mas vivo dolor para un verdadero amante que en lugar de corresponder á sus finezas, no dar crédito á su amor.

No quiere esta suerte de ingratos acabar de entender, cómo pueda el Redentor dar á comer su carne y á beber su sangre; y con un desatino intolerable, ponen á pleito el amor y la omnipotencia de un Dios. Disputaban entre sí, refiere el Evangelista, diciendo: *Quomodo potest hic carnem suam nobis dare ad manducandum?* ¡O perfidia digna de los mayores castigos! esclama el gran Padre San Cirilo: *Et quomodo tu flagris dignus non es, qui cum Deo loquaris, interrogas quomodo?* ¡Ah hombre insensato! Cuando se trata de las proezas del divino amor, ¿preguntas tú

cómo? Dime: ¿cómo tú, arrastrando grillos y cadenas tantos años en Egipto, te viste en un día libre de tu esclavitud? ¿Cómo, pereciendo de hambre por el desierto, llovieron los cielos para saciarte sabrosos manjares? Cómo, para apagar la sed en que te abrasabas, brotaron líquidos raudales las peñas duras? ¿Cómo, para franquearte el paso, se dividió el mar en dos partes? Y si tú no me sabes decir cómo un Dios amante obró por tí estas y otras finezas, ¿por qué solo niegas esta que obra por tí en el Sacramento? ¿No es el mismo que tú confiesas el que convirtió las aguas en sangre, y con una sola palabra sacó de la nada la hermosura de los cielos, la grandeza del mar y la redondez y ámbito de la tierra? Pues ¿cómo llamas dura aquella palabra con que convirtió el pan en su carne? *Durus est hic sermo;* duro es ese corazón y durísima tu in-

credulidad; pues buscas orden en la naturaleza del cuerpo de Jesus, el que contra toda la ley de la naturaleza nació verdadero parto de una Virgen. Fué bastante la voz de un profeta para cerrar por tres años los cielos, y estorbar que no cayese una gota de agua sobre la tierra. Obedecieron estos á la misma voz arrojando llamas de fuego que redujeron á ceniza tantos cuerpos; ¿y sola la voz de Jesus no podrá mudar las especies de los elementos?

Mas oigo al incrédulo que me responde, que bien se puede creer lo que no se vé; pero no contra lo que se vé. Que tú sobre el altar véς pan; y yo te digo que es carne; ves vino, yo te digo que es sangre. Pero tú, ó necio, no me entiendes; lo que tú véς con los ojos son los accidentes de pan y vino; y lo que debes creer con la fé es la carne y sangre de Jesus. No se engañan tus

sentidos en juzgar de aquellas apariencias; porque la sabiduría divina se acomodó en este Sacramento á la limitada capacidad de esos tus mismos sentidos. Y así dejó en él solamente del pan lo que es objeto de la vista, del tacto, y del gusto; y mudó en su carne la sustancia que no es ni puede ser objeto de los sentidos. Oye como te instruye de esta verdad admirablemente la pluma angélica de Santo Tomás. Mudó, dice este doctor, el Redentor la sustancia de pan sin tocar en sus accidentes, para que juntamente tenga la fe su lugar, y los sentidos no queden sujetos al engaño. Ves aquí claramente convencida tu incredulidad é ingratitud. Lo que ves, lo que gustas en aquella sagrada Hostia son solo las especies de pan y vino; y lo que no ves, es el cuerpo y sangre de Jesus. ¿Pues cómo dices que te repugna creer lo que no ves?

Tú no ves producirse el oro en las entrañas de la tierra, nacer la perla en lo profundo del mar, y enviar el sol sus influencias al seno de los árboles y al corazón de las plantas. Estos y otros muchos invisibles secretos de la naturaleza confiesas; y solo este amoroso arcano de la conversión de la carne de Jesús se hace imposible á tu incredulidad. No obró así aquel coronado lirio de Francia. Luis el Santo, á quien, habiéndole referido que en su corte aparecía visiblemente en la sagrada Hostia un hermosísimo y agraciado Niño, se escusó siempre de ir á verle, anteponiendo la segura oscuridad de su fé á la evidencia clara del milagro. Sabia bien aquel gran Rey que, así como si se profundizan mas debajo de tierra los cimientos, se aseguran mas los edificios, de la misma suerte cuanto mas se esconde este Sacramento, fundamento de

nuestra fé, á nuestros ojos, tanto mas firme é inmoble queda el admirable edificio de la misma fé. Esta debe de ser la razon por que en la primitiva Iglesia todas las custodias y sagrados vasos para el cuerpo sacramentado de de Jesus se formaban en figura de Paloma: quizas para mostrarnos que este divino Sacramento solamente debe de ser visto ó con los ojos ciegos por la fe, ó con la sencillez y simplicidad de una paloma.

Infeliz Avicena, ¿por qué te pierdes tan miserablemente? Tú dices que te agrada la Ley Evangélica, la alteza de sus misterios y lo árduo de sus preceptos. Tú no contradices que Dios sea uno en la esencia y trino en las personas; que encarnase en las entrañas de una Virgen pura, y que muriese en carne pasible en una cruz para redimir á los hombres. Mas, que Dios Hombre debajo

de las especies de pan dé á comer su carne, y que los hombres coman la misma divinidad que adoran, es cosa á que no puede acomodarse tu entendimiento; y asi dices, acábese mi vida en la secta de mis filósofos. De esta suerte deliraba aquella fantasía á quien faltaba el bellissimo órgano de la fé. Esta era la dureza de aquel corazon ingrato á la mayor fineza del divino amor. No entendia lo que conoció bien el Real Profeta cuando dijo: comieron y adoraron todos los ricos de la tierra.

Este es el mayor exceso á que puede llegar la humana ingratitud; porque aquel que niega este altísimo misterio de nuestra fé, destierra del mundo en cuanto está de su parte, retira de nuestros ojos, y aparta de nuestros corazones el amabilísimo cuerpo de Jesus, mas necesario para cada uno de nosotros que el sustento que le alimenta.

que el aire que respira, y que el alma que le anima. Todo esto pretendieron los impíos Luteros, Calvinos, Buceros y Zuinglios, unos afirmando que el cuerpo de Jesus no permanece en la sagrada Eucaristía de un dia para otro, y que solamente está allí mientras se consagra. Otros enseñando que este inefable Sacramento no es mas que una señal, figura ó memoria del Redentor, y llevando tras sí reinos y provincias enteras, son ya pocos los verdaderos adoradores de nuestro Rey sacramentado. Volved los ojos á las finezas que os dejo referidas, y las hallareis, no solo mal correspondidas de los hombres, sino negadas de la mayor parte de ellos. ¿Cuántos son los idólatras que no conocen este augustísimo Sacramento? ¿Cuántos los judíos que lo niegan, ó cuántos los hereges que no le adoran? El menor número es el de los católicos

que á lo mas le dan crédito, pero no la debida adoracion.

SEGUNDA INGRATITUD.

Agravios hechos á Jesus sacramentado.

No se satisface la ingratitud de los hombres con negar el mas augusto misterio de nuestra fé ni con ultrajarle con las lenguas y con las plumas; mas lo que no se puede escribir sin horror, ponen sus sacrilegas manos en el divino Cordero sacramentado, escondido debajo de unos pocos accidentes, pobre, humilde y obediente por su amor. No se contenta con haberle dado la mas cruel y afrentosa muerte que padeció alguno de los nacidos en una cruz; sino que desahoga aun su odio contra aquel adorable cuerpo que él le dejó sacramentado para su remedio.

¿Quién podrá contar la infinidad de agravios y ofensas que se han hecho en el mundo á este divino Sacramento? Tres malvados herejes dieron otras tantas puñaladas á la sagrada hostia que compraron á un traidor católico, de la cual, para confusion de todos, manó en grande abundancia la purísima sangre de Jesus. Yo la ví en el Monasterio del Escorial, Panteon de los Reyes católicos, entera é incorrupta hasta la hora presente, y duran visiblemente en ella las compasivas cicatrices de las inhumanas y penetrantes heridas.

Paso en silencio cuantos templos fueron destruidos, cuantos altares profanados en Alemania, Olanda, Francia é Inglaterra, y cuantas veces las mismas aras en donde se celebraba el tremendo sacrificio de nuestra redencion, sirvieron de pesebres para los brutos. Solo de mi religion Carmelitana arrasó y

profanó ochenta y cuatro Iglesias Enrique VIII. En la gran Bretaña se cuentan diez mil que destruyó este Rey solo en esta isla. No faltaron manos que arrojasen dentro del aceite hirviendo el cuerpo de Jesus, que le diesen á comer á los perros, que le pusiesen á los pies de los caballos y le metiesen dentro de las colmenas de abejas, las cuales, mas piadosas que los hombres, reconociendo á su Criador sacramentado, le formaron con la cera un ingenioso y admirable templo.

¡O espectáculos increíbles! mas no una sola vez vistos en el mundo. Asi es despreciado de los hombres aquel Sacramento que arrodillados adoran los ángeles y reverencian los serafines. Asi es maltratado de las criaturas aquel que con su rostro por tierra veneraba la Reina de los cielos. Ahora ve esta Señora echado en un lugar inmundo al

mismo á quien daba delicioso albergue en su pecho. Ahora ve pasto de brutos al mismo divino Pan que amasó con su misma virginal leche, y del cual se alimentaba despues con su sangre. Ahora ve ultrajada aquella carne que daba vida á su corazon, cuando todo inflamado de amor se abria en dos partes para encerrar en sí su Hijo sacramentado que todos los dias recibia de las manos de su querido Evangelista Juan. Yo creo verdaderamente que, si esta soberana Princesa fuese capaz aun de sentimiento, tendria en aquella tan elevada gloria el mas inmenso dolor en ver en la tierra tan despreciado este augustísimo Sacramento; en ver como corresponden los hombres á un amante que, teniendo su trono en el Empíreo, quiso quedarse con ellos sujeto á tantas ofensas; en ver como pagan á un Médico que hace de su propia carne medici-

na para sus males, y á un Pastor que se desnuda de su propia piel para cubrirlos, y derrama su sangre para alimentarlos.

Ahora, pues, almas católicas, ¿qué celo es el que abrasa vuestras entrañas para mirar por la honra de este augustísimo Sacramento? Los infieles se conjuran contra él, arruinan sus altares, desolan sus santuarios é intentan desterrar del mundo su nombre. Y vosotros que le creéis y confesáis ¿qué servicios son los que le haceis en recompensa de tantos agravios? ¿Dónde está vuestra continua asistencia á sus pies? ¿Dónde las dádivas de vuestras riquezas para reparo de sus daños? Si hubiera en vosotros una centella de verdadero amor á Jesus sacramentado, levantaríais en su obsequio mas templos que los altares que destruyen los herejes, y le tributariais mas veneraciones

que ellos ejecutan ultrajes. Y vosotros, Monarcas y Príncipes católicos, sabed que Dios ciñó vuestras cabezas de coronas y puso el cetro en vuestras manos para defender y mirar por la honra de su Hijo sacramentado, á quien temerariamente insulta el odio y furor herético.

TERCERA INGRATITUD.

Descuido de los católicos en asistir á Jesus sacramentado.

Estas son las ingratitudes de los infieles para con el inefable Sacramento del altar, los cuales, porque no creen, son menos culpables en ultrajarle. Pero discurremos ahora sobre las ingratitudes de los católicos, que, porque lo confiesan, son sin comparacion mas inhumanos en ofenderle. Que el pérfido

judío y el pertinaz hereje desprecien la Eucaristía augustísima, que por ciegos y faltos de fé no conocen, y de cuya admirable suavidad no gustan, es grande maldad y ofensa; mas que el católico, que bebió en las fuentes de la iglesia santa los verdaderos dogmas de que en ella está el mismo cuerpo de su Dios y Redentor Sacramentado, de quien todavía se alimenta, le afrente y desprecie, es la mayor de todas las impiedades. Que los cortesanos de aquel Emperador le tratasen injuriosamente, no habiéndole conocido al salir de las delicias de un baño, por especial disposición de Dios, que quiso de esta forma humillar la soberbia con que neciamente presumia que el Altísimo no podía deprimir su Magestad, nadie hay que no los disculpe. Mas que aquellos que sabían que era su legítimo soberano Cárlos, Rey de Inglaterra, le afren-

tasen de tal suerte, que en un público cadalso le cortasen ignominiosamente la cabeza, es la mayor infidelidad que nos cuentan las historias.

Son verdaderamente inexcusables las ingratitudes que toda suerte de católicos usa con su Rey Sacramentado. Y sino, decidme: ¿no es cosa digna de admiracion ver en los católicos tanta negligencia y descuido en asistir y cortejar al Señor Sacramentado? Entrad en esas iglesias, y no vereis sino soledades. Llenas están las plazas, las calles y los teatros, los dias son pequeños, las noches parecen cortas para ver una comedia, para juegos, óperas y festines, y todo el tiempo no basta para los negocios del mundo. Mas en la presencia de Jesus Sacramentado, á los pies del mayor santuario de la tierra, ¿cuántos asisten? ¿Quién gasta una hora delante de aquel Señor, á cuya vista mil años

son como el día que pasó? Pasan las semanas enteras, y allá al fin de ellas van á oír con mil distracciones una misa. Huyen de la vista de aquel divino Amante, como aquellos que tienen los ojos enfermos, y no pueden mirar la luz. Se apartan de su presencia, sabiendo que los miembros, cuanto mas distantes del corazon, tanto menos participan de la vida; que los ramos, cuanto mas lejos de la raiz, tanto menos vigor reciben; y que las estrellas cuanto mas apartadas de su centro, tanto menos veloces ejecutan su carrera. Y aun no pueden negar que este augusto Sacramento es el centro del alma, la vida del corazon y la raiz de la gracia.

Ni tienen que alegar los que se hallan culpados de semejantes ingratitudes, que las continuas ocupaciones, los negocios urgentes les impiden asistir al trono real de Jesus Sacramentado; por-

que les daré en la cara con un Enrique Emperador, que con los cuidados de una Monarquía, gastaba muchas horas delante de la sagrada Eucaristía. Yo les pondré á la vista un Venceslao Rey de Boemia, á quien no le faltaba tiempo para visitar descalzo las iglesias, y pasar las noches arrodillado á los pies de los altares, ¿Qué diré de un Javier, que ocupado en predicar la fé en veinte y cuatro reinos, y bautizar con sus propias manos un millon y doscientas mil almas, parece que competia con los ángeles en la asistencia á su Criador Sacramentado? Treinta veces al dia le visitaba su fiel amante Magdalena de Pazzis. ¿Dónde estan ahora en el mundo aquellos, que por muchos años no quisieron otra cama que las gradas de un altar, hasta acabar en ellas la vida? ¿Dónde aquellos, que nunca salieron de

la tribuna, sino para recibir la sagrada comunión?

Y si quisiéramos volver los ojos á aquellos espíritus angélicos, los veremos de día y de noche hacer corte al Señor Sacramentado; y no fue instituido este Sacramento para ellos, que incessantemente le adoran, sino para los que ingratamente le abandonan. Para los hombres, y no para los ángeles está Jesus dentro de aquellos sagrarios, y estos con santa emulacion á millares le asisten, y rendidos le tributan los corazones.

Se navegan los mares de oriente á poniente, entregándose los hombres á la inconstancia de las olas, á la inclemencia de los vientos, á los peligros casi continuos de la vida, solo en busca de un metal que la fortuna les niega. Pero para buscar este Pan divino expuesto en todas partes, y encerrado por

nuestro amor; ¿qué negligencias y descuidos no se ven? Lo que yo temo es, que se pueda fijar hoy sobre las aras de nuestros altares aquella horrenda inscripcion que San Pablo halló en el templo de Atenas: *Ignoto Deo*. Aquí no es conocido Dios Sacramentado. Y á la verdad, ¿qué fe, qué conocimiento puede tener un alma, que solo arrastrada de las cadenas de un precepto, va los dias festivos á oír indevotamente una misa, y aun se queja si no es muy breve? ¿Es esto creer en el Santísimo Sacramento del Altar? ¿Venir á su presencia por los cabellos, no ver la hora de volverle las espaldas, para ir á conversacion á las plazas, y engolfarse en los pasatiempos? Vuelvo á decir que no es conocido en el mundo Jesus Sacramentado. ¡Oh ceguedad lastimosa! ¿Quién vió jamas á un enfermo aborrecer la vista del médico? ¿A un ciervo herido,

huir de la fuente clara? Mas estas criaturas están enfermas y frenéticas, están heridas, y se abrasan en el fuego de sus concupiscencias, y no corren á buscar el agua de la vida que mana de este Sacramento.

Ahora, pues, almas católicas, aun es tiempo, Jesus espera dentro de aquellos sagrarios. Las puertas de sus templos lloran por verse tan desiertas. ¿A qué fin andar vagueando por las plazas de Samaria? Todas las cosas buscan naturalmente su centro. Las piedras se deshacen en el aire por llegar á la tierra; el hierro se olvida de su dureza por unirse á su imán y las llamas vuelan incesantemente á su esfera. Desterrad, pues, los pasatiempos mundanos; cerrad los oídos á las Sirenas engañosas que os encantan; romped los lazos de las Dálilas que os tienen presos; y corred á beber de la fuente viva de Hese-

bon que habeis trocado por las cisternas cenagosas de Babilonia, y á los pies de esas sagradas aras sea toda vuestra habitacion, en cuyas piedras ungidas con el suavísimo precioso óleo eucarístico, descansareis mas seguros que Jacob.

CUARTA INGRATITUD.

Inmodestia en las iglesias delante de Jesus Sacramentado.

Se van agravando mas las ingraticudes de los católicos para con Jesus sacramentado. Porque si es excesiva la de los negligentes en asistirle, ¿cuál será la de aquellos que van á su casa y á sus templos, mas para ofenderle que para adorarle; y en su propio palacio delante de sus ojos están maquinando contra su vida, y quanto es de su parte le dan aïrentosa muerte? ¿Quién seria tan in-

humano, que con la misma mano con que recibe un beneficio, ejecute una traicion? El cocodrilo es infamado por la mas ingrata fiera; porque despues que las aves le alivian del tormento que padece con los pedazos de la carne que le queda entre los dientes, cerrando la boca se las traga. Detestable era la ingratitud de Saul, que cuando David tomaba en la mano el arpa para curarle, empuñaba él la lanza para herirle.

¿Qué podemos decir de aquellos que en el mismo tiempo que reciben tantas finezas de Jesús Sacramentado, no se apartan de su presencia sin hacerle mil agravios? Ven al amoroso Jesus ardiendo en amor por ellos, pobre, humilde, sujeto y encerrado debajo de una llave, ó expuesto á sus ojos, convidándolos con el alimento de su carne, y ofreciéndoles la sangre toda de sus venas; y entonces es cuando mas le ultrajan con las inmo-

destias, hieren el corazon con los pensamientos menos puros, y aun lo que es mas, con las acciones y señas. Pues ¿no diremos de estos, que son sin comparacion mas crueles y mas ingratos que los hermanos de José, que, viéndole traer las espigas de trigo para su sustento, entonces tratan de matarle ó de venderle?

¡Oh Dios inmortal! Y ¿quién no tiembla de horror en ver y oír tantas insolencias ejecutadas por los católicos en los sagrados templos, á vista de Dios Sacramentado? Los judíos, es cierto, le dieron afrentosa muerte; pero fué en una cruz, que era el lugar del suplicio. Pero los católicos le hacen tiro á vista de un altar, que es lugar de adoracion. ¿Qué otra cosa son aquellos ojos impuros, que mirando por las iglesias, despiden saetas mortales contra tantas almas, y mucho mas contra el corazon

de Jesus? ¿Qué otra cosa hacen aquellas lenguas, que con lascivas conversaciones ahogan la semilla de la divina palabra que en aquel terreno debia dar multiplicado fruto? ¿Cuántas imaginações envueltas en mil impurezas se hallan á vista del Rey de las Virgenes! ¿Cuántos corazones arden en venganza delante del Dios de amor!

No quisiera referir aquí lo que nuestros tiempos lloran acerca de la irreverencia de los católicos á este augustísimo Sacramento. Pero me es preciso, con la confusion en el rostro, y con las lágrimas en los ojos, apunte alguna cosa, para que se vea la mayor de todas sus finezas. Hubo boca sacrilega (pasmaos) que vino á la misma mesa de Jesus Sacramentado, y allí dió un ósculo lascivo á su ídolo. Hubo temerario (temblad) que debajo del mismo trono del augustísimo Sacramento fué halla-

do en los brazos de su Venus. Este es el horror de los horrores. Isaías vió cubrir su rostro á los serafines delante del santuario. A Moises le mandó Dios descalzar los piés con que habia de pisar la tierra del monte en que él estaba. Los Israelitas no podian llegar al arca del Señor por el término de muchos pasos. Y San Juan Crisóstomo veia á los ángeles, unos con los ojos bajos, otros postrados con reverente humildad delante de los sagrarios. ¿Y las criaturas de la tierra afrentan así á un Dios Sacramentado, á cuya vista temen y tiemblan las mas altas columnas del firmamento?

Mas respeta un gentil á su falso Idolo. Mas venera un mahometano su mezquita, que un cristiano el trono de Dios Sacramentado. Los antiguos Germanes no entraban en los bosques dedicados á sus Idolos, sino arrastrando

pesadas cadenas. Los Sarracenos solo con los pies descalzos pisaban las losas de sus templos. Los Griegos no se atrevian á escupir, ni á moverse mientras duraban los sacrificios de sus simulacros. Entrad en un templo de Paganos, y los vereis mas modestos al sacrificio de un bruto, que un católico á vista del sacrificio de la misa. Vereis unos prostrados por tierra, no atreviéndose á levantar los ojos delante de una serpiente que adoran: otros cubriendo el rostro con las manos, temiendo mirar al fuego, que reconocen por su Dios. Hubo Turco, que se arrancó los ojos y la lengua despues de haber visto el cuerpo del falso profeta Mahoma, diciendo que no debia hablar, ni ver ya otra cosa en el mundo ojos que merecieron la vista de tal objeto.

¿Serán bastantes estos ejemplos para confundir nuestra ingratitud? ¿Será por

ventura mas digno de veneracion el cuerpo del malvado Mahoma que el cuerpo de Jesus sacramentado? Estará segura la honestidad dentro de un adoratorio de Gentiles, ¿y no lo estará delante de un Sagrario? Halla lugar el silencio y la modestia en una mezquita, ¿y se ha de ver desterrada de la casa del Dios de la Magestad? ¿No se levantarán contra nosotros aquellos infieles en el tremendo dia del juicio, diciendo: Estos son los que hicieron plaza de la iglesia, feria del templo y casa de conversacion del santuario? Nosotros asistimos con mas veneracion al sacrificio de un buey, que ellos al sacrificio de un Dios: tuvimos mas respeto al sepulcro de Mahoma que ellos al trono de Jesus sacramentado. Y ¿qué responderá entonces aquel mozo lascivo, de cuya insolencia estuvo mas segura la casta doncella en la plaza, que en el sagrado del templo?

¿Qué responderá aquel soberbio, que por un vano puntillo de honra se atrevió á hechar mano á la espada delante de Dios sacramentado? ¿Qué dirá aquella muger profana, que no pensó en otra cosa toda su vida que en modas y adornos para ser vista y galanteada en las iglesias, para ser lazo á tantos corazones y piedra de escándalo á tantas almas?

Es cosa lastimosa sin duda ver el grande abuso de nuestros tiempos. Ver entrar á los católicos en la casa del Crucificado en la presencia de Jesus sacramentado, mas para hacer ostentacion de las galas, que para implorar el perdón de sus pecados. En vez de arrastrar cadenas de compuncion como reos, ceñirse de diamantes y de perlas como triunfadores. En vez de cubrir su rostro, como lo mandó el Apóstol, por respeto y reverencia de los ánge-

les, descubrir inmodestamente los pechos por dar gusto á los demonios. ¿Dónde estás, santo Emperador Teodosio, que nunca entraste en la iglesia sin quitarte la corona de la cabeza y la espada de la cinta? ¿Dónde estás, santa Emperatriz Inés, que nunca fuiste vista á los pies del santuario sino vestida de pobres y despreciables lanas?

QUINTA INGRATITUD.

Descuido en promover las cosas necesarias para el culto del Santísimo Sacramento.

Si yo no hubiera visto en muchas partes de la cristiandad practicada esta ingratitud al Redentor sacramentado, no me atreviera á darle crédito; porque no sé como cabe en corazones ilustrados con la luz de la fé tanto descuido y

avaricia para el culto del cuerpo y sangre de Jesus, quien con tanta liberalidad les llena de bienes, y los enriquece con todos los tesoros de la gloria. Abre el amante Señor sacramentado en los altares su delicioso pecho, fuente viva y perenne para beneficio de sus criaturas: y estas insensibles á vista de la pobreza en que le ha puesto su amor, cierran sus gavetas y sus cofres, y se niegan á un pequeño gasto para su casa. De las cosas mas minimas y de menos valor se ve en los templos y en los altares una increíble penuria. Muchas veces falta al adorable cuerpo de Jesus una tohalla decente, un purificador limpio y aseado, una vela y una pobre desdichada lámpara.

¿Qué dirias á esto, oh Alejandro Magno, que fuiste pródigo de un millon de oro solo en el funeral de un amigo? Y tú, oh ciega Cleopatra, ¿qué no hi-

cieras si creyeras en este Sacramento? ¿Tú que diste á beber en un vaso aquella perla, que no tenia precio en el mundo, á tu amante? Mas ¿para qué es amontonar ejemplos de gentiles cuando vemos hoy tanta profusion de riquezas entre los católicos en mantener el fausto de sus casas, el primor de sus jardines, el aseo de sus cuadras y lo enorme de sus apetitos? Y al mismo tiempo dejarán deshacerse á pedazos los sagrarios, arruinarse las paredes de las iglesias y llorar su desnudez los altares.

No se acuerdan estos ingratos que este Señor sacramentado es el mismo que mueve los cielos para enviarles benignas influencias, hace correr los rios para fertilizarles sus campos, sustenta en el aire las aves y en el mar los peces para regalar sus mesas. No se acuerdan que este es el mismo que les

dora con las espigas las cosechas, y les fecunda de frutas los árboles. Los leones y los tigres indómitos se muestran agradecidos á quien les sacó los huesos atravesados en las quijadas, ó les libertó de la muerte los tiernos hijuelos precipitados en una fosa. Solo los hombres, mas inhumanos que las mismas fieras cuanto mas enriquecidos por Jesus, tanto mas ingratos se muestran con él. No saben agradecer el beneficio que reciben; semejantes al mar, que recibiendo en sí la dulzura de las aguas que todos los rios le tributan, toda la convierte en amargura. Peores que las sanguijuelas, que chupando la sangre ajena, nunca dan la suya sino oprimidas ó muertas. Reciben los hombres la sangre de Jesus, alimentándose de su carne; pero ¿qué miseria y avaricia no usan con este liberal Señor sacramentado?

Culpa es esta detestada hasta de los mismos gentiles. *Improbus est homo, decia uno de ellos, qui beneficium scit sumere, et reddere nescit.* No hay mayor maldad que saber recibir el beneficio y no saber recompensarle. ¡Ah pastores! ¡Ah sacerdotes! ¡Ah príncipes y grandes del mundo, y todos los que creéis en este divino Sacramento! Reparad bien no seáis reos de tan fea ingratitud. Eseribid en el libro de vuestros supérfluos gastos una partida mas para el culto de Jesus sacramentado. Dad á lo menos á este Señor lo que gastais con un esclavo, lo que desperdiciáis con un bruto. Mirad, señores de aquellas tierras de cuyo señorío os jactais, la pobreza que experimentan las iglesias.

Mas ya es tiempo que me vuelva aquí contra aquellos que tienen especialmente á su cuidado la guarda de este ado-

rable Sacramento. Porque de su descuido y negligencia nacen por la mayor parte las indecencias que se ven en los altares. Por no mudar una tohalla, por no lavar unos corporales, por no mudar unos purificadores, consienten que el rostro de Jesus se recline en una inmundicia. Pasan muchos meses que las cosas tocantes al sacrificio del altar quedan en tal estado, que solo verlas y tocarlas causa asco.

¿Es esto tener celo de la honra de Dios? ¿Podrán decir estos con David que amaron el decoro y limpieza de la casa del Señor? Amantísima de la pobreza era la seráfica Virgen Santa Teresa; pero deseaba que de las mas ricas perdrerías del Oriente se formasen los cálices y las patenas que tocan inmediatamente al cuerpo sacratísimo de Jesus. Mas ¿qué mayor prueba queremos que lo que obró el mismo Redentor nuestro?

Toda su vida y muerte fue un raro ejemplo de pobreza, nació entre pajas y murió en un madero; y en una ocasión que se entró triunfante en Jerusalem y podia hacer alguna ostentacion su grandeza, bien se sabe cuan pobre y humilde fue su triunfo. Pero para consagrar su cuerpo y sangre se sirvió de un plato de finisima esmeralda y de una taza, de una ágata inestimable, que el dia de hoy se venera en el mundo.

Reyes y Príncipes hubo en la tierra que hicieron la mayor estimacion de las mas mínimas cosas tocantes al Santísimo Sacramento. Obispos santísimos hubo que con sus propias manos barrieron sus iglesias. El grande Emperador Constantino cargaba sobre sus hombros las espuestas de tierra para la fábrica de un templo. San Venceslao, Rey de Bohemia, araba la tierra y sembraba el trigo de que se habian de hacer las hos-

tias; podaba las viñas y pisaba en el lagar las uvas para el vino de los sacrificios. Margarita, Reina de Ungria, tenia con sus manos la tohalla mientras los fieles, en los mayores concursos, recibian la sagrada Comunion. Muchos otros Príncipes en los pasados siglos se preciaban de limpiar las lámparas que ardian delante de Jesus sacramentado. Pero ya esta piedad católica está desterrada de los palacios del mundo.

SESTA INGRATITUD.

Tibieza de los que reciben raras veces el cuerpo de Jesus sacramentado.

Quedo atónito cuando considero los dos preceptos que Dios impuso al hombre, uno en la ley natural y otro en la ley de gracia, tan opuestos entre sí, y ambos igualmente quebrantados. El

primero fué en el Paraiso, de que no comiese de la fruta del árbol: *Ne comedas*. El otro en la iglesia, mandándole que coma su cuerpo: *Accípite et comedite*. Mas cuando Dios le manda que se abstenga, entonces come, aunque sabia se habia de tragar la muerte; y cuando le ordena que coma, se escusa aunque sabe que ha de ser á costa de su vida. Clama Jesus desde los altares que su carne es pan vivo y que dá la vida. Pero ¿quién no se pasma de ver hoy la negligencia que los católicos tienen en llegar á esta sagrada mesa, que es tanta, que podemos decir de ellos lo que de Absalón dice la Escritura, que solo una vez al año se cortaba los cabellos, cuando se veia oprimido de su peso: *Quia gravabat eum caesaries?* De la misma suerte lo practican estos ingratos. Solo cuando el peso de sus culpas los derriba en tierra, entonces allá al fin del año

van á recibir el Pan del cielo. Y muchos hay que no se llegan á aquella mesa sino arrastrados de las cadenas de una escomunion.

De estos se quejaba San Ambrosio cuando decia. *Panis est quotidianus, et tu post annum illum sumis?* Este Sacramento es pan de cada dia, y tú le recibes despues de un año? Esta es sin duda la razon por que tan fácilmente pierden los hombres la preciosa joya de la divina gracia, y caen de la excelsa cumbre de amigos de Dios en el abismo infernal de la culpa. Asi lo entendió el doctísimo Abad Ruperto, quien afirma que la ruina de los ángeles procedió de no haber gustado este suavísimo Sacramento, pareciéndole que, si á aquellos infelices espíritus les hubiese sido concedida la dicha que despues gozaron los hombres de recibir en su pecho el cuerpo de Jesus, seria imposible que no se

abrasasen todos en amor, y tributasen al verbo humanado rendidas adoraciones, las que por no tributarle, fué la causa de su perdicion.

Ciertas, pues, son las caidas é inevitables los precipicios de aquellas almas, que raras veces ó nunca se alimentan de este divino manjar. Asi se lo persuadia el gran Condestable Nuño Alvarez Pereira, que en las tiendas de campaña, entre el rumor de las armas, frecuentaba todos los dias la sagrada Comunión; y solia decir que quien le quisiese ver vencido en las batallas, le apartase de aquella mesa. Santa Catalina de Sena caia gravemente enferma el dia que no recibia este inefable Sacramento. La Virgen Ursula Benincasa se reducía, en faltándole este saludable alimento, á los últimos términos de la vida, y solo con llegarle el sacerdote á la boca los dedos con que acababa de

tocar la sagrada hostia, recobraba en un instante la salud. Pero si dieseamos una vista á aquellos primeros siglos de la primitiva iglesia, veremos con cuánto fervor recibian cotidianamente todos los fieles al Redentor sacramentado. No se reputaba digno del carácter de cristiano quien un solo dia no le alvergaba en su pecho. Y ¿qué diremos de la soberana Princesa de todo lo criado Maria Señora nuestra? Oid lo que la misma Señora reveló á una sierva suya:

« Muchos años antes que el Redentor
« diera la vida por rescatar de la muerte
« al género humano, comunicó á su
« Santísima Madre que habia de insti-
« tuir un Sacramento, en el cual, con-
« virtiendo la sustancia del pan en su
« verdadera carne, renovaria en el cora-
« zon de los hombres, en algun modo,
« aquella encarnacion que una vez sola
« se habia perfeccionado en su seno.

»Ardió la divina Señora desde aquel
»instante en vivos deseos de darle tam-
»bien dentro de sí misma nuevo aloja-
»miento; y preparándose cada dia por
»muchos años con heróicos y finísimos
»actos de amor, esperaba la feliz hora
»en la cual mereciese recibirle. Fue-
»ron, pues, tales los incendios de su
»amoroso corazon cuando en él vió á su
»divino Hijo sacramentado, que siem-
»pre, todo el tiempo que le duró la vida,
»le tuvo en él reservado. Porque aun-
»que desde la primera vez que le reci-
»bió en el Cenáculo en el dichoso dia
»de su institucion no comulgó, hasta
»que despues de la muerte del sumo y
»divino sacerdote celebró la primera
»misa San Pedro, su Vicario y sucesor;
»pero nunca se alteraron en su purísi-
»mo pecho las especies sacramentales,
»dando lugar por particular privilegio
»el calor natural á que llegasen otras

»nuevas antes de consumirse las anti-
 »guas. Gracia que le fué concedida to-
 »do el tiempo de su vida, para que fue-
 »se siempre una arca viva del verdade-
 »ro Maná.»

¿Qué dirán á vista de tantos excesos de amor y de tantas ansias de recibir este augusto Sacramento, los perezosos y negligentes que pasan casi toda su vida sin llegar á su mesa? ¿Qué dirán sino lo mismo que decian en el desierto los ingratos israelitas, cuando en figura del mismo Sacramento les llovía del cielo el delicado y suavísimo Maná? *Nauseat anima nostra super cibo isto levisimo.* Ya nos sirve de fastidio este dulcísimo manjar de la carne y sangre de Jesus sacramentado.

Mas ya veo que me responden que no conviene á hombres imperfectos y mundanos llegar tantas veces la boca al costado abierto del Redentor, y hos-

pedar en almas impuras á aquel que hallaria manchas en los cristales mas transparentes de los corazones seráficos. Esta es una ignorancia manifiesta, ó una ingratitude paliada, dice el gran Padre San Bernardo, porque: *Quo magis aeger es, magis indiges medico*. Mira, hombre necio é ingrato, cuanto mas enfermo estás, mas necesitas del médico. Cuanto mas envuelto te hallas en las tinieblas del mundo, mas debes buscar el sol que te alumbre. Luego no es la reverencia á este Sacramento altísimo la que te embaraza llegar á su mesa. La ingratitude y tibieza de tu corazón, y el afecto á las criaturas miserables es lo que te aparta de los brazos de tu Criador, que como piadosa madre abre en aquellos altares su pecho para alimentarte con la sangre que tú desprecias por los manjares groseros de Egipto. Si tuvieras el amor y la fé de

un Crisóstomo, dirias como él que en este mundo no hay trabajo ni pérdida, sino en verse privado del cuerpo sacramentado de Jesus. Si tuvieras el amor y la fé de aquellas dos reinas de Escocia é Inglaterra, María y Catalina, que sufrieron alegres y constantes los últimos infortunios y destierros, cárceles y muerte, alimentadas solo de este Pan angélico, te aseguro no tendrias tanto descuido y négligencia en alimentarte de él.

SÉTIMA INGRATITUD.

Desprecio de aquellos que no acompañan á Jesus sacramentado cuando sale á los enfermos.

Si es verdad lo que afirmó Séneca, que recibir un beneficio es vender la libertad: *Beneficium accipere, est liber-*

latem vendere; ¿cuántas veces se habrían vendido los hombres á Jesus, de quien reciben en el augustísimo Sacramento una dádiva que siendo él infinitamente rico y poderoso, agotó con ella todos sus tesoros; ni tenia mas que darle su Omnipotencia? Sin duda por este titulo solo son los católicos mil veces esclavos del Redentor. Pero siendo esto asi, ¿qué razon habrá para que cuando sale por las calles tenga tan pocos que le acompañen? Yo le ví en ciudades muy populosas tan solo y abandonado, que apenas iba el sacerdote que le llevaba y dos ó tres personas que le asistian, y entonces me confundí, acordándome de aquel soberbio fausto, de aquellas grandiosas comitivas, de aquel número sin número de guardias, y de aquellas costosas carrozas, cubiertas y guarnecidas de oro, con que salen de sus palacios los Príncipes de la tierra.

El Rey de los Reyes, el Dios de infinita Magestad, es solo en el mundo tan despreciado. El que con pasos de gigante corre desde el cielo á la tierra, rodeado de coros angélicos que invisiblemente le acompañan, por lluvias y por nieves pasea las ciudades y las villas, ni estraña entrar en una pobre casa y en una humilde choza. Mas ¿cómo corresponden los hombres á estos escesos de amor y de cortesía?

Pasa por sus puertas el amantísimo Jesus, y los llama con aquellas piadosas voces: *Sequere me*. Pero ellos, no como aquel venturoso arrendador Mateo, se quedan sentados en el telonio, asidos al tráfico y engolfados en el interés. A la primera vista del Redentor, al primer sonido de un *venite post me*, dejaron los discípulos, por acompañarle, los barcos y las redes. Las turbas, en número de cinco y seis mil personas, le seguían

dias enteros, hambrientas por el ayuno y cansadas del camino. Flores y piedras hay en la tierra que siguen todos los pasos del sol y movimientos de la luna. Del Heliotropio y de la Silenite lo refieren los naturales.

Tambien de brutos irracionales tenemos maravillosos ejemplos del grande ardor y diligencia con que acompañaban á Jesus sacramentado. En la ciudad de Lisboa tenia un pobre oficial un perro que todas las veces que la campana hacia señal para salir el Santísimo Sacramento, corria con extraordinaria priesa á las puertas de la iglesia, y desde alli, sin apartarse nunca por muchas experiencias que hicieron, hasta maltratarle con palos, le seguia hasta la casa de los enfermos. Y lo que mas es, al primer toque que de noche oia, se levantaba como un leon, y hallando cerradas las puertas, ladraba y se enfure-

cia tanto, que era preciso abrírse las, y tal vez sucedió arrojarse por las ventanas para tributar su acostumbrado obsequio á su Criador sacramentado.

Todas las felicidades de la casa de Austria traen su origen de un piadoso cortejo tributado á este augustísimo Sacramento; cuando Rodolfo, conde de Aspruch, encontrando en un despoblado al párroco que lo llevaba, desmontándose del caballo y haciendo subir en él al sacerdote, le condujo por las riendas, descubierta la cabeza, hasta la casa del enfermo. No quedó sin remuneracion su obsequio, porque en breve tiempo tuvo el dominio de un imperio. Podria alegar otros ejemplos de reyes y príncipes de España, aun en los tiempos presentes, que con edificacion y consuelo de la Corte, siguieron el ejemplo de Rodolfo. Rey coronado y el mas poderoso era David, y con el arpa en

las manos danzaba y saltaba acompañando el arca del Señor, que no contenía mas que una figura y sombra de este Sacramento. ¡O si los Príncipes y todos entendiesen con cuántas prosperidades felicitaría Dios sus casas si practicasen semejantes actos de piedad y religion con su Santísimo Hijo sacramentado!

OCTAVA INGRATITUD.

Impiedad de los que en estado de pecado mortal reciben á Jesus sacramentado.

Hemos llegado á la cumbre de la mayor ingratitud que puede practicar un cristiano con el divino amante sacramentado; porque no hay palabras bastantes para esplicar la maldad de quien llega á poner la boca inmunda por el pecado en el cuerpo purísimo de Jesus.

No cesa aun toda la iglesia militante de admirarse como el Criador de los cielos no tuvo horror de entrar en el purísimo vientre de una Virgen, y era mas pura que una azucena y mas incorruptible que un sol. Y ¿qué dirá la triunfante? ¿Qué dirán aquellos espíritus angélicos al ver á su mismo Criador alvergado en un alma que, muerta por la culpa, está esclava y tiranizada del demonio? Al traidor culpado de su muerte llamó Satanás el Redentor, porque ya el cruel tirano habia tomado posesion de su corazon. Asi es; el alma que yace en el miserable estado de la culpa, es un trono del Principe de las tinieblas, y si ella recibe en sí el cuerpo y sangre de Jesus, es como ponerle á los pies del demonio.

Llorandó tanta ingratitud San Pedro Crisólogo, exclamaba: ¡Ah Dios inmortal! *Unde te traxit amor?* ¿Adónde, Se-

ñor, os ha traído el amor de los hombres? ¿A un pesebre y á un calvario? Aun mas. A una habitacion donde reina Satanás. Allí ponen las criaturas vuestro divino cuerpo, en donde este infernal príncipe pretende todas las oraciones. Él allí manda, allí reina, allí domina: y Vos, omnipotente é inmenso, sufris que en esta alma donde entráis ejercite su tiránico imperio? ¿Envuelta entre los mas duros grillos del pecado, procura tragarla el cruel lobo, y Vos consentis que esté juntamente allí vuestra carne y sangre que es la del mas inocente Cordero?

Pero mirad, católicos, como en este caso os amenaza el mas paciente entre los mortales: *Panis in utero illius in fel convertetur aspidum* Este Pan que coméis indignamente, se os convertirá en hiel de aspides venenosos. Quiere decir que este Pan, que á otros da vida, para

vosotros será veneno. De un pez llamado Fastino, dicen los naturales que tiene virtud de hacer dulce toda el agua salada que entra en su boca. Mas á quien recibe en pecado la sangre de Jesus, le sucede al contrario; porque la bebida dulce la hace amarga, y aquel Sacramento, que es un torrente de delicias, se le convierte en un mar de amarguras.

No para aqui el merecido castigo de su ingratitude, dice el citado Profeta: *Divitias quas decoravit, eromit.* Vuelve á vomitar aquel precioso manjar que tragó. Es sentir de muy graves autores que los ángeles, celando la pureza debida á este augustísimo Sacramento, le sacaron de la boca inmunda de Judas antes que llegase al pecho. Mas qué mucho si hasta los mismos demonios obligaron á una infeliz muger, despues de muerta, á lanzar de la garganta el

Santisimo Sacramento que acababa de recibir en mal estado: *Divitias, quas devoravit, evomit.* El angélico maestro pone en disputa cuál sea mayor sacrilegio comulgar en pecado mortal ó arrojar en un lugar inmundo el adorable cuerpo de Jesus sacramentado. Es cierto que una y otra culpa no caben en un corazon caracterizado con el nombre de católico.

Convidado un grave filósofo á la funcion de unos desposorios, se vistió y adornó con extraordinario aliño, y preguntado por la causa de aquella novedad, respondió: *Ut pulcher ad pulchrum vadam.* Yo voy á comer con una belleza, y es preciso no se vea en mí fealdad alguna. Asi lo debe hacer quien no solo va á comer con Jesus que es el mas hermoso de los hombres, sino á comer tambien su misma carne y á beber su

sangre. Debe vestirse primero del candor de la inocencia, y con lágrimas de compuncion lavar la mas pequeña mancha de pecado.

El cisne, el mas blanco entre las aves, nunca come el pan sin bañarle primero en el agua. Asi merece ser comido el divino Pan eucarístico, mojado primero con lágrimas de amor. Solo de este modo gozará un alma de sus admirables efectos; porque el cuerpo sacramentado de Jesus es como el sol, que conforme á las disposiciones que encuentra en la tierra, en una produce oro, en otra plata, en otra hierro y en otra nada. ¡O qué infelicidad para un alma, ser terreno tan árido y tan inútil que nada produzca en ella este sol divino de Jesus! ¡O qué desgracia! Levantarse en ayunas del real convite del Sacramento, como los convidados de

Heliogábalo que, encontrando solo los manjares pintados, salian de su mesa mas hambrientos que habian entrado.

Mas asi es. Entra el Sol sacramentado en estas almas, y nada produce en ellas, porque las deja como las halla. Dormia un centinela sobre los muros de Atenas, sitiada por los enemigos, cuando rondaba su vigilante capitan, y viéndole dormido, le quitó la vida, diciendo: *Talem inveni, qualem reliqui*. Muerto estaba, y muerto le dejé. Asi obra Jesus sacramentado con aquel que encuentra muerto por el pecado mortal, le deja como le halla: *Talem inveni, qualem reliqui*. Castigo bien merecido de su ingratitud, quedar muerto en los brazos de la misma vida, naufragar en el puerto, cegarse con la luz y perecer con el remedio.

NONA INGRATITUD.

Temeridad de los sacerdotes en el modo con que celebran el santo sacrificio de la misa.

Infelices son nuestros tiempos que vemos tan mudados, que si volvieran al mundo aquellos hombres de los pasados siglos, no los conocieran. Como sucedió á aquel sábio ciudadano Romano, que volviendo á Roma, su pátria, de donde habia estado muchos años ausente, la encontró tan diferente, que arrojando suspiros del corazon, clamaba por las plazas: *Video Romam, Romanorum mores non video*. Veo á Roma; mas no veo las costumbres de los Romanos.

En este supuesto, me parece á mí que los que conocieron la santidad de los antiguos sacerdotes, aquella vida incul-

pable, aquella inocencia de costumbres, podian tambien con no menor admiracion clamar en esos templos: *Video sacerdotes, sacerdotum mores non video.*

Veo bien los sacerdotes, mas las virtudes y costumbres de los sacerdotes no las encuentro. Entonces los veia derramando lágrimas por los altares por los pecados del pueblo, y ahora los hallo tan irreverentes en los mismos altares, que es preciso pida á Dios que perdone las culpas de los sacerdotes. Ahora los veo frecuentes en las plazas y en los teatros, y rara vez en las iglesias; descuidados en buscar las almas de los pecadores, y solícitos en seguir el alcance de las liebres y los venados. Sustentan mas perros para la caza que pobres de Jesucristo; tienen la cama mas aderezada que el altar; cuidan mas de la mesa que de la misa; es mas precioso el vaso con que beben que el cáliz en que

consagran; el vestido es mas costoso que la casulla; el pañuelo mas limpio que los corporales. Estos son los mas validos de Dios, esta es aquella generacion escogida del Altísimo, para sentarlos en el trono de sus altares, y sacrificar la victima de su eterno Hijo, sellados con el glorioso carácter de sus ministros, y vestidos de la Real púrpura del sacerdocio. Ahora los veo disipar, no dispensar los misterios de nuestra redencion, y ofrecer mas víctimas al idolo de sus apetitos, que sacrificios al Dios de la magestad.

Justos serán los clamores y las lágrimas de los que hoy viesen al sacerdote mas escandaloso que al lego, y al mas favorecido mas ingrato. Muchas son las ingratitudes que los ministros del altar usan con el Redentor sacramentado, y mas para escribirse con lágrimas que con tinta. No referiré aqui algunas

maldades enormes, de las cuales tocó aun una gran parte que llorar á nuestro siglo. No me detengo en contar la impiedad de aquel que no merece el nombre de sacerdote, el cual en una ciudad de Francia celebraba la misa á la honra de su demonio asistente; y después de consagrar con recta intencion, pisaba con los pies la sagrada hostia, y la daba á comer á los perros, y derramando la preciosa sangre de Jesus sobre la cabeza de otros atrevidos y perversos malvados, clamaban todos á grandes voces: *Sanguis ejus super nos*. Dejé otros casos indignos de escribirse y de saberse. Apuntaré solo dos de las mas frecuentes ingraticudes en que incurren los sacerdotes contra el amante Jesus sacramentado.

La una de estas es la grande irreverencia con que celebran el tremendo sacrificio de nuestra redencion. Tocan,

bendicen y manejan con tan poco respeto y atencion el adorable cuerpo de Jesus, que muchos herejes, entrando en nuestras iglesias, hicieron burla de ver tratar tan indecentemente un misterio que les decimos es el mas augusto y el mas divino de nuestra religion. El doctisimo maestro Juan de Avila, Apostol de la Andalucia, viendo á un sacerdote que celebraba el sacrificio del altar con irreverencia grande, llegándose á él le dijo: *Trata mejor á ese Señor, que es Hijo de buenos Padres.* Con vosotros habla aun, ó sacerdotes, esta apostólica lengua. ¿Sabeis de quién es esa carne que con vuestra palabra producis sobre ese altar? ¿Sabeis de quién es ese cuerpo y sangre que manejaís y bebeis con tanta libertad? Es el Hijo de un buen Padre, es del Unigénito de vuestro Criador, es la sangre de Dios vivo y de infinita Magestad. Es el Hijo de tan buena

Madre como María Santísima, cuya carne, en sentir de San Agustín, es la misma que la de Jesús sacramentado. ¿Cómo, pues, no os tiemblan las manos en tocarle con tanta irreverencia?

Aquella ascua con que el serafín purificó los labios de Isaias solo por figurarse en ella este divino Sacramento, no se atrevió á tocarla con las manos, sino la tomó con unas tenacillas; pues si para tomar una figura del cuerpo de Jesús no son puras las manos de un serafín, ¿cómo lo serán para tocar el mismo cuerpo las manos de un lascivo? Por esta razón clamaba San Ambrosio: *Vide quid agas sacerdos, ne febrienti manu Christi Corpus attingas*. Ministros del altar, mirad bien lo que haceis, guardaos de tocar la carne de Cristo con la mano llena de lepra, no metais en su estado los dedos encancerados. Los mismos gentiles tenían tanto horror de

llegar manchados á ofrecer las víctimas á sus Simulacros, que por todas partes se oía este bando: *Procul estote profani, et manibus puris sumite fontis aquam.*

Vereis á otros celebrar el tremendo sacrificio de nuestra redencion con tanto desprecio de las ceremonias, con tanta precipitacion de palabras, como si no tuviesen otra mira que apartar de sus ojos aquella divina hostia que debia ser el único objeto de su amor. Seria delito grande quererles persuadir que gasten media hora de tiempo en celebrar una misa, cuando consumen la mayor parte del dia en tantas profanidades. Sacerdote hubo que apostó con el mismo demonio á quien acababa mas presto, ó este en llevar una piedra de una ciudad á otra, ó él en ofrecer el sacrificio de la misa.

Obstupescite cæli super hoc! ¡Pasmaos, cielos, maravillaos ángeles, de

un caso de tanta admiracion! Creo verdaderamente que los corazones de aquellos serafines están atónitos en ver lo que pasa en nuestros altares. Pero llorad vosotros, sacerdotes: *Plangite sacerdotes, et ullulate*. Porque las ingratitudes de otros hombres á vista de las vuestras, son como finezas. Decia San Agustin que el cristiano que peca despues de ser comprado con la sangre de Cristo, merece que se haga de nuevo un infierno para él. Pues ;qué diria de vosotros, que no solo sois comprados, mas como si digéramos señores de la misma sangre? Pues es cierto que teneis dominio sobre ella, y poder para reproducirla, manejarla, bendecirla y dispensarla. ¡O qué desgracia seria que aquel sacrificio que ahora ofreceis por los pecados ajenos, sirva á los otros de remedio y á vosotros de condenacion! Presagio funesto fué para César de una cruel muerte, no

hallar corazón en la víctima que ofrecia á su falso númen. Pues ¿qué pronóstico tan infeliz será para vosotros cuando se verán tantas víctimas que habeis sacrificado al verdadero Dios sin corazón; quiero decir, sin merecimiento ni agrado del Altísimo, antes en lugar de corazón no vereis mas que derramada en esos cálices la hiel de la ira de Dios, que convirtiendo en heces su precioso licor, las bebereis con sumo tormento vuestro: *Quia Calix in manu Domini veni meri plenus mixto, fœx ejus non est exinanita.*

Entonces vereis qué cosa es llegaros indevotos al altar, despreciar una ceremonia, hacer en el aire una genuflexion, decir distraidos una misa. Y si estos serán contra vosotros monstruos muy horribles, ¿qué será un sacrificio ofrecido en pecado mortal? ¿Qué cosa será ver entonces leon airado sobre

vuestras cabezas aquel que ahora teneis en vuestras manos manso cordero? No se dió por seguro el Emperador Germánico de la ira del dios Ape, cuando este no puso los ojos en su sacrificio; ni á Graco se le tardó mucho su ruina luego que el viento le hizo volar la víctima que ofrecia. ¿Qué podeis, pues, esperar, ministros de la sangre de Jesus, si vuestros sacrificios, si vuestras víctimas, no solo volaron por los aires como inútiles para vosotros, mas serán llevadas al trono de la divina Justicia, donde clamará contra vosotros la sangre del inocente Abel? Pensad seriamente en un caso tan funesto, que yo tambien, por lo que me toca, os acompaño con gran temor.

DÉCIMA INGRATITUD.

Negligencia de los sacerdotes que celebran raras veces el santo sacrificio de la misa

Grande y detestable es, como queda dicho, la ingratitud de un católico negligente en recibir el cuerpo de Jesus sacramentado, fuente de gracia y origen de todo bien que nos dejó en el mundo su amor. Mas ¿cuál será la ingratitud de un sacerdote elegido por el mismo Dios, no solo para alimentarse de su carne, sino para consagrar, repartir y ser el dispensador de su sangre, si por negligencia ó vanidad afecta llegar pocas veces al altar? Vereis algunos de estos tan olvidados del favor y elevado estado á que Dios los ha sublimado, que dejan pasar semanas enteras, y aun meses, sin celebrar misa.

La mayor dignidad á que Dios podia exaltar mas á María Santísima Señora nuestra, fué sin duda elegirla para su Madre, tomando carne en sus purísimas entrañas. Porque ni el concederle el dominio de todo lo criado y por criar, ni adornarla de todos los dones de la gracia y de la gloria, se puede comparar con la honra que le hizo con su maternidad, la cual encierra en sí una incomparable é infinita excelencia. Avivad, pues, la fé, ministros del Altísimo, y entended que os sublima en cierto modo á esta misma dignidad que él solo una vez confirió á aquella divina Señora, Madre suya, todas las veces que baja del cielo á colocarse en vuestras manos, en las cuales no dudó afirmar San Agustín que el divino verbo renueva todos los días su encarnacion: *O magna dignitas Sacerdotum, in quorum*

manibus Dei Filius quotidie sicut in utero Virginis incarnatur!

El primer sacerdote de la ley de gracia que hubo en el mundo, fué el mismo divino Verbo humanado, quien antes de ofrecer en la cruz el sacrificio cruento de su vida, ya le habia ofrecido incruento con la víctima de su cuerpo sacramentado, y fué tan alta esta dignidad del sacerdocio de Cristo, que solo á Él, como á su Hijo natural, podia Dios conferirla, para que diese digna satisfaccion de una ofensa cometida contra una Magestad infinita. De manera, que ni un ángel, ni el primer serafin del Empireo era suficiente para imprimírsele el carácter escelente de sacerdote, con el cual ofreciese, siendo juntamente víctima, una adecuada recompensa á su divina justicia, ofendida con las culpas de los hombres. Pues este mismo carácter, que solo podia con-

cederse á una persona divina, se confiere sin duda á un sacerdote, que ingrato á tan alto beneficio, no le estima para que, no como víctima, sino como ministro que le ofrece, haga el mismo sacrificio de tanto valor y agrado al eterno Padre, que solo con él se daría por satisfecho para la redencion de todo el mundo.

Pero no quieren algunos sacerdotes de nuestros tiempos dejarse ver muchas veces en el altar, como avergonzándose de ser ministros del mayor y mas augusto de todos los sacramentos. ¡O ingratitud increíble! ¿Sabeis vosotros qué cosa es decir una misa? ¿Y sabeis qué cosa es, sin legitima causa, no decirla? Pues oid á un San Agustin, que os condena no menos que de culpa de lesa Magestad divina; porque afirma resueltamente que, cuanto es de vuestra parte, privais de gloria á toda la Santisima

Trinidad. Mas ¿quién podrá explicar los innumerables preciosísimos tesoros de que á vosotros mismos y á los otros privados?

Anhelan, suspiran y esperan vuestros sacrificios aquellas afligidas ánimas del purgatorio como el mayor refrigerio de sus penas. Y es opinion muy piadosa que mientras dura el sacrificio de la misa, se suspenden los tormentos que padecen aquellas almas por quien se aplica. El Verbo divino humanado ya no está en estado de ofrecer visiblemente en el altar el sacrificio de su sangre sacramentada para satisfaccion de las culpas de los hombres; por lo cual, para este efecto os dejó por sustitutos y vicarios suyos en la tierra, para que en su nombre y con su mismo poder obreis lo mismo que solo Él podia obrar revestido de la dignidad sacerdotal en el cenaculo y en la cruz; y por esta razon

sois llamados los unguidos y cristos en la tierra.

Mirad, pues, si se puede concebir dignidad mas superior que la vuestra; pues en esta parte es igual á la del mismo Redentor del mundo. Mirad cuán formidable á los demonios y envidiable á los ángeles será vuestro poder. Es opinion piadosa que en el dia de la institucion de este inefable Sacramento, le llevó uno de los supremos serafines á María Santísima Señora nuestra, de cuya mano le recibió la primera vez; y que solo de esta legacia se dió por satisfecha toda la naturaleza angélica, de no haberle Dios concedido, sino solo á la humana, la escelsa prerogativa del sacerdocio.

Bien reconocieron su escelencia aquellos piadosos y poderosos Monarcas que tanto apreciaron á los sacerdotes, que unos pusieron á sus pies las diademas,

otros les tuvieron el estribo para subir á caballo, y con la cabeza descubierta y el sombrero en la mano los conducian por las riendas. Ni me digais que esos eran los Sumos Pontifices y los Vicedioses en la tierra; porque os diré con el doctor angélico que vuestro poder es igual al de los Papas en orden á consagrar el real y verdadero cuerpo de Cristo, aunque el suyo sea superior al vuestro en orden al cuerpo místico que es la iglesia. Así lo entendió un San Martín, que quiso que precediese su capellan al Emperador, que le habia convidado á su mesa. Y San Carlos Borromeo nunca consintió que ningun príncipe, por grande que fuese, tomase en el coro el lugar destinado para los sacerdotes. Tanto estimaron estos héroes la real corona del sacerdocio, que hoy desprecian algunos eclesiásticos de nuestros tiempos con tan abominable ingratitud;

la cual, como es la mayor que se puede imaginar, es la que ha de poner fin á la narracion de todas las que usa el mundo con su amantísimo Jesus sacramentado, en correspondencia de las escesivas finezas de su amor.



COLOQUIOS**ENTRE EL ALMA Y JESUS SACRAMENTADO**

para recogerse antes y despues de la Comunión.

COLOQUIO PRIMERO.

Jesus convida al alma al delicioso banquete de su cuerpo.

Yo, Rey supremo, preparé y dispuse espléndida cena para mis convidados, en la cual no les doy otro manjar que mi carne, ni otra bebida que mi sangre. Ven, pues, ó alma querida á este mi real convite, y si unos se escusan por unas pocas hojas de la viña de sus apetitos, y otros por los brutales

deseos de sus deleites, no seas tú del número de los necios. Mira bien que nada hiere tanto mi corazón, como ver tantos ingratos á mi amoroso y cortesano convite.

Siéntate, pues, conmigo á esa mesa. ¿Ves este Pan? ¿Qué concepto forma de él tu entendimiento? ¿Te dejas por ventura engañar de tus sentidos, porque le ves cubierto de estos frágiles accidentes? Pues te digo de verdad que esta es mi carne viva, y esta es mi sangre purísima. Yo deseo vivir contigo, encerrarme dentro de tu corazón y entrañarme en tus entrañas. Esta ánsia de estar contigo me hizo descender del cielo, y esconderme debajo de la cortina de estas especies para que no te atemorizase mi infinita Magestad. Yo salí, sin dejarle, del delicioso pecho de mi eterno Padre, y en un modo admirable, me trasformé en este poco de pan; para

que, comiéndome tú puedas decir que yo soy tu alimento, y tu eres mi sustancia. El amor me redujo á tanto exceso, y el mismo amor triunfó de mí.

Ya desde aquella eternidad ardia yo en vivos deseos de hacerme una misma cosa contigo en este amoroso Sacramento: de participarte mi divinidad, y todos mis atributos. Aquí tienes, pues, transformado y oculto á tu Dios, á tu Criador y á tu amante Jesus sacramentado. Aquí tienes, oh alma, este divino Pelicano, que abre y hiere su pecho para que vivas dentro de él, y te alimentes con su sangre. ¿Rehusas entrar dentro de mí, ó que yo entre dentro de tí? ¿Rehusas comer este manjar, que es el mismo Dios? ¿Huyes de llegar tu boca á esta carne, y beber esta sangre? Ya no lo rehusas, que es carne y sangre de Dios.

Viven los serafines, y vivirán eter-

namente sedientos de gustar una sola partícula de mi cuerpo, una sola gota de sangre, y á tí lo ofrezco todo en esta mesa. Esta es aquella misma sangre que yo tomé del purísimo corazón de mi sacratísima Madre para vestirme de la naturaleza humana. Con esta sangre me concibió, con esta sangre, convertida en su virginal leche, me alimenté. Mira, pues, que esta carne de Jesús es también carne de María. Considera que, llamándote yo á esta mesa para recibir dentro de tí mi cuerpo, también te convida mi Madre á poner en sus purísimos pechos tus labios.

Considera, ¿qué favor tan singular sería si esta Reina de todo lo criado, que vive y reina conmigo, y reinará por toda una eternidad, descendiese de su imperial trono á instilar en tus labios el suavísimo nectar de su leche, como lo hizo en una ocasión con su

dulcísimo capellan Bernardo? Pues te digo que, comiendo tú mi carne sacramentada, gozas en cierto modo del mismo favor y prerogativa. Mi divina fé te enseña que yo en la tierra no tuve Padre, y que solo esta Madre purísima me dió el ser humano, me dió la carne, me dió la leche y me dió la sangre; de suerte que todo lo que yo tengo de hombre es de María Virgen. Pues si yo te ofrezco aquí toda mi humanidad sacramentada, bien puedes estar cierto que en este precioso convite de mi cuerpo eres llamado á comer con el Hijo y con la Madre.

¡O cuánto debe animarte á llegar á una mesa en la cual puedes contemplar que en un misterioso é incomprensible modo asiste mi piadosa Madre, que solo sabe compadecerse de las faltas ajenas en los convites! Luego que vió que en las bodas de Caná faltaba

vino á los convidados, se movieron sus entrañas á la piedad. Pues si te hallas sin el vino del amor y de la compuncion; tómalala con confianza por intercesora para que no salgas hambriento ni sediento de mi mesa. Llega, pues, ¿qué te retarda? ¿El temor? Yo aquí no atemorizo mónstruos como en Egipto, ni fulmino rayos como en el monte, ni tomo en la mano los azotes para lanzar del templo á quien me ultraja. Aquí estoy desarmado, pacífico, enmudecido, y solo abrasado por tí de amor.

Gusta, pues, de este Pan vivo que te da la vida. ¿Qué te detiene? ¿El mundo, los deleites y las criaturas? Mira que de este Pan solo vive el hombre: en él hallarás todas las delicias del cielo, todo cuanto tiene y puede darte un Dios. Prepara ese corazon que yo solo deseo para mi trono. Yo en mi gloria tengo todas las gerárquias celestiales á mis

pies; mas mis delicias son una alma pura y bien dispuesta. Cuando estaba en el virginal seno de mi amantísima Madre, ¿qué imaginas tú que era mi mayor regalo? Por ventura verme en aquel tálamo mas resplandeciente que el sol y mas fragante que una rosa? No. Mas me deleitaba en ver el candor de sus afectos, la pureza de sus pensamientos y el fervor de sus virtudes. Mas apreciaba un solo acto de amor de su corazon que toda la grandeza y escelencia de sus prerogativas. Pues si tú, para recibirme, supieras purificar bien tus afectos, y abrasarte todo en mi amor, seria para mí tu morada el mas ameno jardin.

¡Ah corazon humano, atractivo fuerte del Corazon divino! Tú me atraes á tí y despues huyes de mí. Yo en esos sagrarios estoy de dia y de noche llamándote y convidándote con mi cos-

tado abierto, de quien brota perennemente la fuente de mis misericordias. En esta llaga de mi pecho te convido á beber de aquella misma sangre que yo derramé en el calvario por tu amor. Ahora no es necesario que me veas pendiente de una cruz, traspasado con clavos y coronado de espinas. Todo cuanto allá obró el odio de los hombres, obra aquí el amor divino. Abreme tambien tu pecho, á donde viene á buscar seguro albergue quien no cabe en el vasto espacio de los cielos. Abreme ese corazon á donde quiere entrar quien sale del corazon de su eterno padre. Yo soy su divino Verbo, delicioso parto de su entendimiento, y Dios como él de infinita Magestad. Aquí vengo con este ingenioso disfraz á buscarte para unirme á tí y para que tú vivas en mí.

COLOQUIO SEGUNDO.

Se deshace el alma en deseos de recibir el cuerpo de Jesus; pero temerosa se confunde en el propio conocimiento.

¡Ah Dios del amor, Dios de la Magstad! Este mi corazon arde en vivos deseos de recibiros dentro de mí. Vive hambriento de este Pan vivo. ¡O Sacramento inefable, alimento de mi vida! Aquí estoy para trasformarme en tí, y no sé si diga para convertirte en mí. ¡Qué hace mi corazon que no se deshace para unirse contigo que eres su fuente, su último fin y su único y sumo bien? ¡O Dios escondido! Yo siento tu viva presencia; pero no veo la belleza que me arrebatara. Yo sé quien me hiere el corazon; mas no veo el dardo que le traspasa. ¡O dulce encanto! ¡O

celestial enigma! ¿Cuándo te descubrirás á mis ojos? ¿Cuándo no atormentarás mas estos sentidos míos? Mas ¿qué digo? No pido esto, mi Señor, no quiero ver ni saber este secreto de vuestro amor. La fé viva con que lo creo me basta, tus tinieblas son mi luz y tu oscuridad es mi evidencia.

Mas ¿qué dureza es esta de este mi ingrato corazón? Mi criador viene á buscarme para darme vida, quiere alimentarme con su carne y sangre, y me ofrece su pecho para que descanse en él. Y yo ¿con qué disposicion estoy aquí para recibirle? ¿Dónde están las lágrimas y los suspiros por haber despreciado tantas veces este bien infinito, y ofendido tan ingratamente á este divino amante? Yo bien conozco, Señor, que si me privo de este divino manjar, perezco de hambre. Mas tambien temo que los ángeles que no son puros á

vuestra vista castiguen mi temeridad. Recelo que vuestra purísima Madre, viendo la fealdad de mis culpas, y que llego tan inmundo á recibir en mi pecho el mismo que ella hospedó en sus entrañas, celando la grandeza de vuestra Magestad, me aparte de vuestros pies.

Mas, Señor, ya me animo á ofreceros este pobre y helado corazon; pues me acuerdo que esta Señora os reclinó en un pesebre cuando naciste, y os vió morir en el duro madero de la cruz. En este Sacramento, oh Jesus mio, os considero recién nacido y muerto por mi amor. En una y otra forma venís á mí en esas especies sacramentales. Venis Niño, no envuelto en pobres pañales, sino cubierto de frágiles accidentes. Venis Hombre, no clavado en una cruz, sino sacrificado en un altar por mi amor. Venis, pues, oh Real Infante, al pobre

y desabrigado portal de esta alma, en donde ya no estrañareis, ni la frialdad de mis afectos ni el áspero heno de mi vanidad, pues supísteis nacer entre pajas y morir coronado de espinas. Prostrado tambien á vuestros pies, oh Reina soberana de los cielos, recurro á vuestra generosa clemencia. Mi Criador y vuestro Hijo me convida en esta hora al real divino banquete de su cuerpo y sangre. Y lo que mas enternece mi tibio corazon, es decirme, que dándome á comer de su carne y á beber de su sangre, me da tambien de aquella con que le diste el ser humano. Purificad, pues, oh Señora, mis labios con la viva brasa de vuestro amor, encended este corazon en las llamas de una ardiente caridad, y sumergidme todo en un mar de lágrimas y de dolor de venir tan pobre y tan desnudo á esta divina mesa del Sacramento.

COLOQUIO TERCERO.

*Muestra Jesus al alma el inmenso favor
de darle su cuerpo sacramentado.*

Solo Yo, oh alma querida, que soy la sabiduria increada, puedo comprender lo inmenso del favor que ahora te hice en venir á tu pecho sacramentado. No lo entienden perfectamente los mas elevados querubines, pásmanse todas las gerarquías angélicas, admíranse todos los bienaventurados en ver mi magestad infinita hospedada dentro de tí. Es verdad que en mi encarnacion entré en el seno de una criatura que me dió su sustancia, mas era la mas pura que crió ni criará mi omnipotencia. Pero ahora, ¿qué excesos son estos que Yo obro por tí, oh alma ingrata? Es verdad que en mi nacimiento estaba recostado

sobre pajas, cuando en el cielo pisaba estrellas; y estaba acompañado de brutos, cuando me cortejaban los serafines. Mas ahora en tu albergue no hallo mas que horrores, no veo mas que fealdades. ¡Ah corazon humano! ¿Entiendes tú estos secretos de mi amor? ¿Conoces tú lo que ahora se encierra y deposita dentro de tí? Recógete un poco dentro de mí, y escucha mi voz; que solo en la soledad de las criaturas puede ser entendida mi palabra.

Aquí tienes, oh alma, en el breve círculo de esta hostia cifrada toda mi grandeza. Aquí tienes cuanto Yo doy en la gloria á los bienaventurados; y si ellos allá ven descubierto mi rostro, este mismo te muestro Yo aqui, aunque oculto, porque asi es conveniente á tu estado. Tú eres ahora el cielo Em-píreo de mi morada. Aquí está contigo la naturaleza de aquel Padre que me

enjendró inmortal, y la carne de aquella Madre que me concibió pasible. Aquí está contigo aquel divino Espiritu que por esencia es amor, por cuya virtud tomé Yo la naturaleza de Hombre para redimirte, y ahora tomo las especies de pan para alimentarte.

¿Qué mas quieres de mí? ¿Qué mas deseas! Aquí me tienes sacramentado como Dios y como hombre. Mi humanidad, que yo una sola vez uní al divino Verbo, aquí está tambien unida é incorporada contigo. Aquí me tienes recién nacido, muerto y tambien si quieres resucitado. Nací de nuevo sobre un altar, morí otra vez sobre un ara, agoté toda mi sangre sobre un cáliz, y para glorificarte á tí, vengo tambien glorioso aquí en este Sacramento. Aquí ves mi cabeza coronada de resplandores que tu soberbia coronó de espinas. Aquí tienes mis ojos, no oscurecidos con la

sangre, sino brillantes mas que el sol. Aquí tienes mi boca, no llena de amargura con la hiel, sino suave mas que el nectar. Aquí tienes mi pecho, fuente de todas las delicias; este es el que traspasó la lanza de tu ingratitud, ahora le abre para tí el fuego de mi amor.

¡Ah corazón humano, aun te veo inquieto y ansioso por vagar por las criaturas! Sal, pues, de este pecho, y busca entre ellas los verdaderos contentos, los permanentes deleites. Siéntate en los tronos mas majestuosos, páseate por los jardines mas floridos, créate en los prados mas amenos, diviértete en los teatros mas alegres, entra en los minerales mas preciosos, y come en las mesas mas espléndidas. Dime, pues, ¿has encontrado aquí la verdadera paz y alegría? ¡Ah, que sé de cierto me dirás que ningun bien limitado puede llenar la medida de tu capa-

ciudad! Una sola lágrima de devocion, un solo sentimiento de mi amor, un mínimo favor que Yo te comunico, te deja mas satisfecho que todo un mundo. ¿Cómo, pues, te vuelves á las miserables criaturas? ¿Cómo no ardes en un incendio dentro de este Mongibelo de amor? Una sola vez que yo te abrazo y te estrecho en mi pecho, una sola vez que tú comes la carne y bebes la sangre de un Dios Hombre, era bastante á mudarte en un nuevo hombre. Aquellos en quien Yo solo ponía mis ojos, aquellos que solo tocaban mis vestiduras, hicieron mudanzas grandes en el mundo. ¿Y ahora todo Yo no basto para hacerte mudar de vida? Aquí me tienes sacramentado en todas las formas y estados quo me quisieres. Niño, para olvidarme de tus ingratitudes: Hombre, para animar tus flaquezas; Rey, para perdonarte; Manjar, para tu regalo; Vi-

vo, para que me acompañes, y Muerto, para que te compadezcas de mí.

COLOQUIO CUARTO.

Atónita el alma por tanto beneficio, da las gracias á Jesus sacramentado.

¡Oh alteza de la divina sabiduría! Oh profundidad de los divinos juicios! ¿Qué es esto, Señor, que Vos obráis con este gusano de la tierra, con este vilísimo polvo y ceniza? ¿Vos en mi corazón? ¿Vos en mis entrañas? Atónita quedó la Madre de vuestro precursor solo por ver entrar en su casa á vuestra Santísima Madre. Pues ¿qué diré yo ahora, viéndoos á Vos, que sois su Hijo y mi Criador, no en mi casa, sino encerrado dentro de mi pecho? El Bautista dió saltos de placer á vuestra vista y presencia, y no tuvo como yo la dicha de

Ver vuestro divino rostro, ni abrazarse con vuestro adorable cuerpo. Y si él con las ansias de veros, queria romper las prisiones del materno claustro, que le detenian, ¿qué haria si os viese como yo dentro de mi corazon prisionero?

Pasmáronse aquellos siglos de ver á un Rey Faraon sentar en su trono á un José, de ver á un Rey Asuero prometer la mitad de su Reino á Esthér. Pues ¿qué diré yo ahora, ó Rey de Reyes, viendo que me entronizais en vuestro pecho, que me vestis con la púrpura de vuestra carne, y que me prometeis, ó gran Monarca, no parte de vuestro Reino, sino á Vos mismo? ¡Ah corazon feliz! ¿Qué cifras son estas del divino amor que yo leo dentro de tí? ¿Qué libro es este todo escrito con caractéres de la sangre viva del divino Cordero, que solo él selló y solo él puede abrir? Yo, Señor, no entiendo estos enigmas

de vuestra sabiduría: Dadme Vos á conocer este arcano de vuestro amor. Enseñadme cómo vivís dentro del pecho de vuestro Eterno Padre, y cómo vivís ahora dentro de mí. Cómo, no cabiendo en los cielos cabeis en mí. Cómo, siendo limitados para hospedaros infinitos mundos, os alojais dentro de mí.

¿No bastaba, ó divino Amante, haberme infundido esta alma con el alimento de vuestro Soberano Espíritu, sino venir tambien ahora á lavarla en las fuentes de vuestra sangre? ¿No bastaba haberme dado el sér humano, haciéndome de la nada hombre, sino venir tambien á darme vuestro ser divino, elevándome á ser Dios? ¿Tambien os fué, Señor, en uniros á una naturaleza mortal, en quien no esperimentais mas que tormentos, dolores y agravios? ¿Aun volveis al mundo sacramentado á incorporaros en este co-

razon que no puede daros mas que hiel y crucificaros mil veces?

¡Ah Dios de amor! ¡Aun venis á conversar con esta criatura ingrata? ¡Aun ha de meter la mano en el plato con Vos este traidor, y comer vuestro Pan este desleal? ¡Por qué, Jesus mio, os fiais aun de mí que tantas veces os he vendido? ¡Ya os habeis olvidado de quien soy, y de los agravios que os hice; que en vez de huir de mí venis á morar dentro de mí? ¡Oh bondad! ¡Oh paciencia infinita! Ahora, pues, adorado Jesus mio, Vos, que sois la divina palabra, decíos á Vos mismo lo que no puede ni sabe mi rudeza.

Ensalzaos, Señor, á Vos mismo por estos excesos de vuestro amor; que yo, á vista de tantos beneficios, solo puedo confundirme en mis miserias y cantar para siempre vuestras misericordias.

SENTIMIENTO HONORÍFICO

ó acto de desagravios de los ultrajes é injurias que se hacen al sagrado Corazon de Jesus en el Santísimo Sacramento.

Se ha de hacer este acto delante del Santísimo Sacramento el viernes primero despues de la octava del Còrpus, y será bien que se renueve todos los primeros viernes de cada mes.

¡Oh muy adorable y amantísimo Jesus, lleno siempre de amor para con nosotros, siempre herido de nuestras miserias, siempre ansioso de hacernos participantes de vuestros tesoros, y dárosnos todo á Vos mismo! Jesus, mi Salvador y mi Dios, que por el exceso del mas ardiente amor y del mas prodigioso de todos los amores os pusísteis en estado de víctima en la adorable Eucaristía, donde os ofreceis á Vos mismo en sacrificio por nosotros un millon

de veces cada dia. ¡Cuáles serán vuestros sentimientos en ese estado, no hallando por todo esto en el corazon de la mayor parte de los hombres sino dureza, olvido, ingratitud y desprecio! No bastaba, oh Salvador mio, haber tomado el mas trabajoso medio para salvarnos, pudiendo habernos manifestado un amor escesivo á menos costa! No bastaba el haber sido una vez sola entregado á aquella triste agonía y mortal desfallecimiento que os causó el horrible espectáculo de nuestros pecados, que quisisteis tomar á vuestra cuenta! ¿Porqué, pues, quereis esponeros aun todos los dias á todas las indignidades y ultrajes de que es capaz la mas ingeniosa malicia de los hombres y aun de los demonios? ¡Ay mi Dios y mi amabilísimo y dulcísimo Redentor, cuáles fueron los sentimientos de vuestro sagrado corazon á vista de todas estas ingratitudes

y de todos estos pecados! ¡Cuál, cuál sería aquella amargura en que tantos sacrilegios y tantos ultrages anegaron vuestro divino Corazon!

Herido de un intentísimo sentimiento de todas estas ingraticudes, veisme aquí postrado y reducido al abismo de mi nada á vuestros pies para publicar mi dolor á vista de todo el cielo y de todo el mundo, por todas las irreverencias y ultrajes que habeis recibido sobre nuestros altares desde la institucion de este adorable Sacramento. Pídoos con un corazon humilde y deshecho de dolor una y mil veces perdon de todas estas indignidades. ¡Que no pueda yo, Dios mio, bañar con mis lágrimas y lavar con mi sangre todos los lugares en que vuestro sagrado Corazon ha sido tan horribilmente ultrajado, y recibidas las señales de vuestro divino amor con tan extraño desprecio! ¡Que no pueda yo

por algun nuevo género de veneracion, de sumision, de humillacion ó aniquilacion reparar tantos sacrilegios y profanaciones! ¡Que no pueda yo por un momento tener dominio en el corazon de todos los hombres para satisfacer en algun modo con el sacrificio que os haria de todos ellos, el olvido é insensibilidad de cuantos no os han querido hasta ahora conocer, ó que habiéndoos conocido os han amado tan poco!

Mas ¡ay Salvador mio! lo que me cubre de confusion, lo que mas me obliga á gemir es, que yo mismo he sido del número de estos ingratos. Dios mio, que estais viendo lo mas escondido de mi corazon, Vos sabeis bien el dolor que yo siento de mis ingratitudes y el pesar que tengo de veros tan indignamente tratado. Vos sabeis la disposicion en que me hallo para sufrir y hacer todo cuanto pudiere á fin de repa-

rarlas. Véisme aquí, Señor, con el corazón atravesado de dolor, humillado y postrado, pronto para recibir de vuestra mano todo lo que quisiereis ejecutar conmigo para desagravio de tantos ultrajes. Castigadme, Señor, castigadme, que yo bendeciré y besaré cien veces la mano que ejecutáre sobre mí tan justo castigo. ¡Ah, que no sea yo una víctima proporcionada para satisfacer tantas injurias! ¡Que no pueda yo regar y lavar con mis lágrimas y aun con mi sangre todos los lugares por donde vuestro sagrado cuerpo ha sido arrastrado y aun pisado! Muy dichoso sería si pudiese por medio de todos los tormentos posibles desagraviaros de tantas impiedades. Y pues no merezco esta gracia, aceptadme siquiera este mi verdadero deseo. Recibid, ó Padre Eterno, esta protestacion que os hago en union de la que el sagrado corazón de mi dul-

ce Jesus os hizo en el calvario, y de la que la amabilísima María os hizo tambien á los pies de su Hijo crucificado; y á vista de lo que os rogó su sagrado Corazon, os ruego tambien yo que me perdoneis las irreverencias que he cometido, y que hagais eficaz por vuestra gracia la voluntad que tengo, y la resolucion que he tomado de nada dejar de hacer en adelante para amar ardentemente y para honrar por todos los medios posibles á mi Soberano, á mi Salvador y á mi Juez, á quien yo creo realmente presente en la adorable Eucaristía; y espero en adelante dar bien á conocer esta mi cierta y viva fe por el respeto con que he de estar en su presencia, y por la constante frecuencia que he de tener en visitarle. Y asi como hago profesion de honrar singularmente su sagrado Corazon, asi tambien es este mismo Corazon en donde solo

deseo pasar el resto todo de mi vida.
 Concededme, Señor, esta gracia que os
 pido, de dar en este mismo Corazon el
 último suspiro en la hora de mi muerte.
 Amen.

LETANIAS

DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Pan vivo que bajaste del cielo.
 Dios oculto y salvador.
 Trigo de los predestinados.
 Vino que engendra vírgenes.
 Pan copioso y delicias de los reyes.
 Sacrificio continuado.
 Ofrenda limpia.
 Cordero sin mancha.
 Mesa purísima.
 Manjar de ángeles.
 Maná escondido.
 Recuerdo de las maravillas de Dios.

Ten compasion de nosotros.

Verbo encarnado.
 Pan siempre sustancial.
 Morador de nuestras almas.
 Hostia santa.
 Cáliz de bendicion.
 Misterio de la fé.
 Sacramento elevado y venerable.
 Sacrificio el mas santo de todos.
 Verdadero propiciatorio de vivos y difuntos.
 Celestial antídoto con que somos preservados de la culpa.
 Milagro estupendo sobre todos los milagros.
 Memoria sacratísima de la pasion del Señor.
 Don que sobrepuja á toda plenitud.
 Memoria especial del divino amor.
 Raudal de la divina liberalidad.
 Sacrosanto y augustísimo Sacramento.
 Medicina de la inmortalidad.
 Tremendo y vivífico Sacramento.
 Pan hecho carne por la omnipotencia del Verbo.
 Incruento sacrificio.

Ten compasion de nosotros.

- Comida y convidado.
 Convite dulcísimo del que sirven
 los ángeles en el cielo.
 Sacramento de piedad.
 Vínculo de caridad.
 Oferente y oferta.
 Dulzura espiritual sacada de la
 propia fuente.
 Aumento de las almas santas.
 Viático de los que mueren en el
 Señor.
 Prenda de la venidera gloria, sed-
 nos propicio. *Perdónanos, Señor.*
 Sednos propicio. *Perdónanos, Señor*
 Sednos propicio. *Perdónanos, Señor*
 Mira, Señor, á mis ruegos.
 De recibir indignamente tu precio-
 sísimo cuerpo y Sangre.
 De la concupiscencia de la carne.
 De la concupiscencia de los ojos.
 De la soberbia de nuestra vida.
 De toda ocasion de pecar.
 Por aquel deseo con que ansiaste co-
 mer con tus discípulos este Cor-
 dero Pascual.
 Por aquella tu grandísima humil-

Ten compasion de nosotros.

Libranos, Señor.

dad con que lavaste los pies á tus discípulos.

Por aquella escelentísima caridad con que instituiste este divino Sacramento.

Por aquella preciosa sangre que nos dejaste en el altar.

Por las heridas de este tu sacratísimo cuerpo que por nosotros recibiste.

Nosotros pecadores.

Que te dignes aumentar y conservar en nosotros la fé, reverencia y devocion á este admirable Sacramento.

Que por la verdadera confesion de los pecados, te dignes llevarnos á recibir con frecuencia la sagrada Eucaristía.

Que te dignes librarnos de toda heregía, perfidia y ceguedad del corazon.

Que te dignes hacernos participantes de los preciosos y celestiales frutos de este santísimo Sacramento.

Librarnos, Señor.

Te rogamos, escuchanos.

Que en la hora de nuestra muerte te dignes confortarnos y fortalecernos con este celestial Viático. Te rogamos, escúchanos.

Cristo, óyenos.

Cristo, escúchanos.

Cristo, óyenos.

Padre nuestro etc.

Y no nos dejes caer en la tentacion.

Mas libranos de todo mal.

Señor, atiende á mis oraciones.

Y mi clamor llegue á tus oídos.

El Pan del cielo les ha dado.

Que tiene en sí todo el deleite.

El Señor sea con vosotros.

OREMOS.

¡Oh Dios! que bajo de este adorable Sacramento nos dejaste la memoria de tu pasión; te suplicamos hagas que de tal manera veneremos los sagrados misterios de tu cuerpo y sangre que continuamente percibamos en nosotros mismos el fruto de la redencion: que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amen.

INDULGENCIAS

concedidas por varios Señores Arzobispos y Obispos á la lectura de cada una de las FINEZAS DE JESUS SACRAMENTADO, de las INGRATITUDES DE LOS HOMBRES etc., y de los COLOQUIOS, que contiene este libro.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Cuba,	80 dias	
de indulgencia por cada vez que se lea ó se oi-		
ga leer con devocion cada una de sus Finezas,		
Ingratitudes y Coloquios,	22 de Agosto	de 1857.
El de Valencia,	80.	20 id. id.
El Sr. Obispo de Urgel	40.	1 id. id.
El de Orense,	40.	19 id. id.
El de Leon,	40.	22 id. id.
El de Salamanca,	40.	23 id. id.
El de Segorbe,	40.	24 id. id.
El de Calahorra,	40.	25 id. id.
El de Vich,	40.	26 id. id.
El de Santander,	40.	27 id. id.
El de Astorga,	40.	27 id. id.
El de Gerona,	40.	31 id. id.
El de Zamora,	40.	1 de Setiembre
El de Badajoz,	40.	3 id. id.
El de Lérida,	40.	14 id. id.
El de Avila,	40.	23 id. id.
El de Plasencia,	40.	23 id. id.
El de Tuy,	40.	3 Octubre id.
El de Coria,	40.	10 id. id.
El de Pamplona.	40.	17 id. id.
El de Murcia,	40.	

INDICE

DE LAS FINEZAS

DE JESUS SACRAMENTADO.

PARTE PRIMERA.

Págs..

Fineza I. <i>Jesus se quedó sacramentado en el tiempo en que los hombres mas le ofendian.</i>	13
Fineza II. <i>Jesus se quedó sacramentado cuando quiso ausentarse de los hombres.</i>	20
Fineza III. <i>Jesus se quedó sacramentado previendo los agravios que se habian de hacer á su cuerpo.</i>	31
Fineza IV. <i>Jesus se quedó sacramentado para renovar en algun modo su Encarnacion.</i>	37
Fineza V. <i>Jesus se quedó sacramentado para morir mas veces por los hombres.</i>	44
Fineza VI. <i>Jesus se quedó sacramentado, para hacernos de la tierra cielo.</i>	51
Fineza VII. <i>Jesus se quedó sacramentado, para siempre y en todas las partes del mundo.</i>	58
Fineza VIII. <i>Jesus se quedó sacramentado, para toda suerte de personas.</i>	67
Fineza IX. <i>Jesus se quedó sacramentado, para ser el mas humilde de la tierra.</i>	71

Fineza X. <i>Jesus se quedó sacramentado para ser pobrisimo en el mundo.</i>	78
Fineza XI. <i>Jesus se quedó sacramentado para ser obedientisimo y pacientisimo en el mundo.</i>	85
Fineza XII. <i>Jesus se quedó sacramentado para ser nuestro alimento.</i>	96
Fineza XIII. <i>Jesus se quedó sacramentado para remedio de las almas y medicina de los cuerpos.</i>	102
Fineza XIV. <i>Jesus se quedó sacramentado para ser nuestro compañero en esta vida y viático para la otra.</i>	109

INGRATITUDES DE LOS HOMBRES

PARA CON JESUS SACRAMENTADO.

PARTE SEGUNDA.

Ingratitud I. <i>La incredulidad de los que niegan la real presencia de Jesus sacramentado.</i>	115
II. <i>Agravios hechos á Jesus sacramentado.</i>	125
III. <i>Descuido de los católicos en asistir á Jesus sacramentado.</i>	130
IV. <i>Inmodestia en las iglesias delante de Jesus sacramentado.</i>	138
V. <i>Descuido en proveer las cosas necesarias para el culto del Sacramento.</i>	146
VI. <i>Tibieza de los que raras veces reciben el cuerpo de Jesus sacramentado.</i>	153
VII. <i>Desprecio de aquellos que no acompañan á Jesus sacramentado cuando sale á los enfermos.</i>	161
VIII. <i>Impiedad de los que en estado de pecado mortal reciben á Jesus sacramentado.</i>	166
IX. <i>Temeridad de los sacerdotes en el modo con que celebran el santo sacrificio de la Misa.</i>	173

- X. *Negligencia de los sacerdotes que celebran raras veces el santo sacrificio de la Misa.* 183

COLOQUIOS

ENTRE EL ALMA Y JESUS SACRAMENTADO PARA RECORRERSE ANTES Y DESPUES DE LA COMUNION.

Coloquio I. *Jesus convida al alma al delicioso banquete de su cuerpo.* 191

Coloquio II. *Se deshace el alma en deseos de recibir el cuerpo de Jesus; pero temerosa se confunde en el propio conocimiento.* 199

Coloquio III. *Muestra Jesus al alma el inmenso favor de darle su cuerpo sacramentado.* 203

Sentimiento honorífico ó acto de desagravios de los ultrajes é injurias que se hacen al sagrado Corazon de Jesus en el Santisimo Sacramento. 213

Letanias del Santisimo Sacramento. 218



NOVENA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

con *Letania, Himnos del Pange lingua,*

Sacris solemniis y letrillas.



BURGOS.

IMPRESA DE VILLANUEVA.

1862.

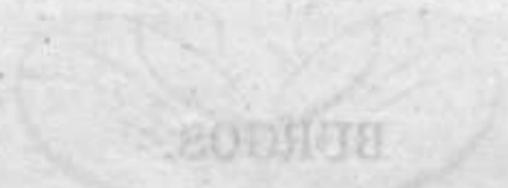
*Sea por siempre alabado y bendito el
Santisimo Sacramento del altar.*

Santo Dios,

Santo fuerte,

Santo inmortal,

Libranos, Señor, de todo mal.



IMPRESA DE VILLALBA

1862

NOVENA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Se principia diciendo: Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento. etc.
Por la señal de la santa cruz, etc.

Acto de contrición.

Dulcísimo Jesus sacramentado, en quien creo, en quien espero, á quien adoro y amo sobre todas las cosas; penetrado del mas vivo dolor de haberos ofendido, me pongo aunque indigno en vuestra presencia conociendo que he pecado delante del cielo y contra Vos, y por ser quien sois, infinita bondad, me pesa una y mil veces de haberos ofendido. Recibid, Señor, el sacrificio de la contrición de mis pecados, y au-

mentad y perfeccionad mi dolor para que sea firme el propósito que hago de nunca mas volver á ofenderos, y de confesarme debidamente. Y en reconocimiento de la misericordia que espero me habeis de conceder, admitiéndome á vuestra sagrada mesa, quiero dedicarme á vuestro obsequio en el Santísimo Sacramento, en el cual os alabaré y bendeciré toda mi vida. Amen.

DIA PRIMERO.

ORACION.

Se considerará á su Magestad en el Santísimo Sacramento como Dios.

— Soberano y eterno Dios, en cuya presencia están llenos de respeto los mas altos serafines: y maravillados de vuestra infinita grandeza no hacen mas que repetir: *Santo, Santo, Santo*, que habeis querido encerrar y ocultar en la sagrada Eucaristia todas vuestras perfecciones: dignáos recibir en señal de mi agradecimiento todas las alabanzas que

os dieron y dan todos los espíritus bienaventurados desde que fueron criados, y todos los santos desde que entraron en vuestra gloria, y las que os dan y darán todas las criaturas desde el principio del mundo por toda la eternidad; yo os pido humildemente alumbreis mi alma con una fé muy viva, para que, conociendo vuestras finezas en el Santísimo Sacramento, sepa tributaros continuas acciones de gracias y la mas profunda adoracion. Amen.

Ahora se reza una estacion, y despues los siguientes afectos, que se repiten todos los dias.

AFFECTOS.

Vos sois mi Dios, y os confesaré siempre en este Santísimo Sacramento.

Vos sois mi Dios y os ensalzaré.

Os confesaré siempre, porque os habeis dignado oír mis súplicas en este lugar de propiciacion.

Glorificaré vuestro santo nombre eternamente, porque así manifestais sobre mí vuestra misericordia. Vos solo

sois Dios, y no hay otro fuera de Vos. Vos solo Santo, solo Señor, y solo Altísimo. Vos esplendor del Padre y figura de su sustancia. Iluminad mi entendimiento y abrasad mi corazón con vuestro divino amor.

Aquí se hará la súplica, pidiendo á nuestro Señor lo que se desee conseguir por medio de esta Novena, haciendo una breve pausa, y luego se dice la oracion siguiente, con la que se concluye todos los dias.

ORACION.

Dulcísimo Jesus sacramentado, que obligado de vuestra esquisita caridad quisisteis enriquecer á la iglesia con el preciosísimo tesoro de vuestro cuerpo y sangre para ser en la Eucaristía Rey que nos gobierne, Pastor que nos dirija, Médico que nos sane, Maestro que nos enseñe; Padre que nos ame, Huésped que nos enriquezca, Amigo que nos consuele, y Esposo que nos haga felices para siempre: haced, Señor, que yo logre en este Sacramento tan singulares gracias, y que reconociendo en él vuestra Real presencia, acuda á adora-

ros frecuentemente en espíritu de verdad para desagraviaros del olvido que padeceis en las iglesias, y para reparar las injurias que os hacen los infieles y herejes, y su falta de respeto y correspondencia, y las que recibís de los malos cristianos con sus comuniones sacrílegas. Y ya que son tan pobres mis afectos, yo os ofrezco todas las adoraciones que os tributan los bienaventurados, y las alabanzas que os dió en la tierra, y os está dando en el cielo la Reina de los ángeles María santísima. Recibidme, Señor, por perpétuo esclavo vuestro, y haced que lo acredite en la reverencia con que os adore, y en el celo con que promueva vuestras alabanzas, suplicándoos que remedieis las necesidades en que se halla la santa iglesia, y que mireis con perpétua misericordia á este vuestro católico reino, y á sus reyes que tanto culto han dado y os dan en este Santísimo Sacramento. Destruid las heregias, convertid á los pecadores, y perfeccionad á los justos. Abrid, Señor, vuestra mano generosí-

sima, y compadecido de mis necesidades espirituales y temporales, dadme el remedio que necesito, para que, santificado con vuestra gracia, os alabe por todos los siglos en la gloria. Amen.

DIA SEGUNDO.

Bendito, etc.

ORACION.

Considera á nuestro Señor como Rey.

Soberano Señor y Rey eterno que, estando en el cielo á la diestra del Padre con universal imperio y señorío sobre todas las criaturas, sois reverenciado, amado y adorado de todos los santos y espíritus bienaventurados, quienes os cantan y ofrecen perpétuas alabanzas, y os reconocen por verdadero Rey y Señor, y sin embargo queréis humillaros en el Santísimo Sacramento del altar, encubriendo toda vuestra grandeza bajo el velo de los accidentes; os suplico con

la mayor humildad, vengais á mi alma como poderoso Rey, y destruyais todos mis enemigos, que son mis vicios, é imprimais firmemente en ella vuestras divinas leyes, y prometo seros fiel, obedeceros y adoraros en espíritu y verdad por toda mi vida. Amen.

Se reza una estacion, luego se dicen los afectos etc.

DIA TERCERO.

Bendito etc

ORACION.

Considera á nuestro Señor como Pastor.

Dulcísimo Señor y vigilante Pastor de mi alma, que no contento con haberme buscado y llevado sobre vuestros hombros como oveja perdida, quisisteis quedaros en el Santísimo Sacramento para daros en pasto á las fieles ovejas, y para que comiesen la misma carne y bebiesen la preciosa sangre de vuestro sagrado cuerpo, cumpliendo de

esta manera y con excelencia los oficios de verdadero Pastor; segun lo ofrecísteis por los Profetas: haced, piadosísimo Pastor que, arrepentido ya de haberos hecho trabajar tanto en buscarme, por haber huido de Vos tantas veces, de aquí en adelante me deje guiar y gobernar por vuestra gracia, y apacenta da mi alma con tan divino manjar, jamás vuelva á caer en la dura servidumbre del pecado y del demonio. Amen.

La estacion etc.

DIA CUARTO.

Bendito etc.

ORACION.

Considera á nuestro Señor como Médico.

Amabilísimo Señor y Jesus mio, que quisísteis dar á conocer vuestra misericordia llamándoos Médico, y para que sanásemos de todas las enfermedades de nuestra alma, os dignásteis dejar en

la iglesia la preciosa medicina de vuestra propia carne y sangre; compadeceos. Médico divino, de todos mis males. Mirad, Señor, que hace muchos años que los padezco; pero si Vos quisiéreis, podéis en este instante mismo limpiarme de toda mi lepra: oiga yo interiormente aquel piadoso *quiero* con que sanásteis al leproso; y si sanó también la enferma del flujo de sangre tocando la orilla de vuestro vestido, sane yo de todas mis dolencias tocando y recibiendo dignamente vuestra misma carne y sangre, y logre así la salud para siempre. Amen.

La estacion etc.

DIA QUINTO.

Bendito etc.

ORACION.

Considera á nuestro Señor como Maestro,

Sapientísimo Señor y Maestro de mí

alma, que despues de haber hablado tantas veces y de tantas maneras á vuestro antiguo pueblo por medio de los profetas, quisísteis hablar y enseñar por Vos mismo á los hijos de la iglesia estableciendo vuestra cátedra perpétua en el Santísimo Sacramento, adonde como verdadero monte de Dios y casa de Jacob convidais á todos que vayan para que os oigan, y comunicarles los tesoros de sabiduría y ciencia que en Vos se encierran; apiadaos, oh dulcísimo Maestro mio, de mi rudeza é ignorancia, y dignaos comunicar á mi entendimiento luz para que aprenda á cumplir vuestros mandamientos, enseñándome al mismo tiempo á conocerme y conoceros, para que en todo sepa cumplir siempre vuestra divina voluntad. Amen.

La estacion etc.

DIA SESTO.

Bendito etc.

ORACIÓN.

Considérese á nuestro Señor como Padre.

Omnipotente Señor y Padre amabilísimo que, siendo dueño universal de todo lo criado teneis tanto amor á los hombres que los adoptais por hijos, y quereis que lo sean y se llamen así, preparándoles en la mesa divina el Pan del cielo para su alimento: despertando mi alma del olvido en que ingrato he vivido como si no fuese hijo vuestro, recurro cual otro hijo pródigo del Evangelio y me presento á Vos confiado en que sois mi Padre, aunque he perdido tantas veces la preciosa cualidad de hijo vuestro. ¡Oh si pudiera dar una voz de verdadero dolor de mis pecados que, penetrando los cielos, se oyera por todas partes que he pecado contra mi buen Padre! Humildemente os pido me per-

doneis y me recibais en vuestra gracia
admitiéndome al convite de vuestro di-
vino Sacramento, para que, alimentado
y fortalecido con este manjar celestial
pueda permanecer en ella hasta el fin
de mi vida. Amen.

La estacion etc.

DÍA SÉTIMO.

Bendito etc.

ORACION.

Considérese á nuestro Señor como Huesped.

Benignísimo Señor y Huesped divi-
no de mi alma que, siendo los cielos
corto espacio para vuestra grandeza,
gustais de hospedaros en la pobre casa
de mi corazon, y para concederme y fa-
cilitarme tanta dicha habeis querido
quedaros en el Santísimo Sacramento;
dignaos pues, Señor, que asi como enri-
quecisteis á la Reina de los ángeles Ma-
ría Santísima con innumerables gracias

y dones, porque la escogísteis para morada vuestra, á proporcion derrameis sobre mí las riquezas de vuestras gracias para que, estando adornado con ellas, mi corazon sea digno templo vuestro y pueda recibiros dignamente, y conservar la santidad hasta el fin de mi vida. Amen.

La estacion etc.

DIA OCTAVO.

Bendito etc.

ORACION.

Considérese á nuestro Señor como Amigo.

Dios y Señor enamorado de las almas, ya que tanto nos asegurais que teneis todas las delicias en estar con los hombres; y en señal de tanta fineza digísteis á los apóstoles despues de haberles dado la comunión: *ya no os llamaré siervos, sino amigos míos*; y lo mismo decis en ese Sacramento á todos

los cristianos que os reciben dignamente. Por esta amistad, Señor, os pido que esciteis en mi corazón los más vivos afectos de amor y de ternura para que no ame otra cosa sino á Vos, ni piense en más que en visitaros y adoraros, regalándome siempre con el trato de tan buen amigo, hasta que goce de vuestra clara vista en la gloria. Amen.

La estacion etc.

DIA NOVENO.

Bendito etc.

ORACION.

Considérese á nuestro Señor como Esposo.

Dulcísimo Dios sacramentado, que habeis querido en la sagrada Eucaristía señalaros con los títulos de mayor consuelo para nosotros, queriendo también que en este misterio os reconozcamos por Esposo fiel y amante de nuestras almas; haced, Señor, que yo correspon-

da á tanta fineza y tan singular amor, y que me prepare con las vestiduras nupciales de la caridad y demás virtudes, para asistir dignamente á tan santos desposorios, y poderlos celebrar despues eternamente en la gloria. Amen.

La estacion etc., la letania del Santisimo Sacramento, pág. 218, y los siguientes himnos:

PANGE LINGUA.

Cante la voz del pueblo mas glorioso
El misterio sublime y elevado,
Y de la sangre excelsa, que amoroso,
En rescate del mundo ha derramado,
Siendo fruto de un vientre generoso,
El Rey de todo el orbe mas sagrado.

Dado para nosotros y naciendo
De una Virgen intacta y recatada,
Conservando del mundo y esparciendo
La semilla verbal mas acendrada,
Con órden admirable y estupendo
El tiempo concluyó de su morada.

En la noche sagrada de la cena,
A la mesa frugal con sus hermanos,
Observada la ley, en que se ordena
El Cordero Pascual á los ancianos,
A sí mismo, en manjar, á la docena
De apóstoles, se entrega por sus manos.

De nuestra carne el Verbo revestido,
Hace, con solo haberlo pronunciado,
Que el pan sea en su carne convertido,

Y el vino en propia sangre transformado:
 Y si á desfallecer llega el sentido,
 Con la fé el corazon es confirmado.

Demos pues á tan ALTO SACRAMENTO
 Culto y adoracion todos rendidos;
 Y ceda ya el antiguo documento
 A los ritos de nuevo instituidos:
 Constante nuestra fé dé suplemento
 Al defecto de luz de los sentidos.

Al Padre con el hijo sea dado
 Júbilo, aplauso y gloria eternamente,
 Salud, virtud y honor interminado,
 Bendicion y alabanzas reverente:
 Y al Espíritu de ambos aspirado
 Sea gloria y loor no diferente. Amen.

SACRIS SOLEMNIIS.

A estas solemnidades tan sagradas
 Corresponda el placer y la alegría,
 Resuenen alabanzas entonadas,
 Que á la voz generoso el pecho envia:
 Huyan las cosas viejas ya veloces,
 Sea ya nuevo todo en este dia,
 El corazon, las obras y las voces.

Hoy hacemos recuerdo y fiel memoria
 De aquella cena mistica ó figura,
 En que Cristo, Rey sumo de la gloria:
 El cordero y el pan sin levadura
 Dió conforme á la ley á sus hermanos (*)
 Pues así lo ordenaba la Escritura
 Revelada por Dios á los ancianos.

(*) A los apóstoles, á quienes, y á nosotros con ellos, hizo sus hermanos.

Despues de este Cordero misterioso,
 El banquete legal ya concluido,
 Su cuerpo á los discípulos piadosos
 Dió en sagrado manjar: bien entendido
 Que, dando todo á todos con sus manos,
 Todo por cada cual fué recibido;

Asi lo confesamos los cristianos
 Como á frágiles, flacos, desvalidos,
 Su cuerpo liberal les dió en comida,
 Y como á tristes, pobres y alligidos
 Su sangre sacrosanta dió en bebida
 Diciendo: recibid la mas preciosa
 Prenda del cáliz santo de la vida,
 Bebed todos mi sangre generosa.

Así fué el sacrificio celebrado
 Y por el mismo Cristo instituido,
 Cuyo oficio tan alto y elevado
 Es á los sacerdotes cometido,
 A quienes pertenece solamente
 Sumirle con respeto el mas rendido,
 Y repartirle al pueblo dignamente.

El que es pan de los ángeles hermoso,
 Se hace ya de los hombres alimento;
 Este pan celestial y prodigioso
 Da á la sombra y figura cumplimiento:
 ¡Oh admirable piedad! ¡Oh maravilla!
 Pues recibe tan alto Sacramento
 El pobre, el siervo y todo el que se humilla.

A ti, Dios Trino y Uno, reverentes
 Con afectos humildes te rogamos,
 Ilustres con tus luces refulgentes
 A los que tan rendidos te adoramos:
 Y por tus rectas sendas y caminos
 Guíanos á la luz, adonde vamos,
 Pues habitas sus rayos tan divinos. Amen.

MODO DE OFRECER EL SANTO JUBILEO.

Clementísimo Dios, que con tanta liberalidad nos franqueais del archivo de vuestra misericordia los copiosos tesoros de vuestra sangre, para purificar con ella nuestras almas de las feas manchas de las culpas; dadme gracia para que con conciencia limpia y corazón contrito consiga llegar bien preparado á vuestros pies.

LETRILLAS EN HONRA DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Al fin de cada una puede decirse Padre nuestro y Gloria Patri para mayor devocion.

Altísimo Señor,
 Que supiste juntar,
 A un tiempo en el altar,
 Ser Cordero y Pastor:
 Confieso con dolor
 Que hice mal en huir
 De quien por mí quiso morir.

Cordero celestial,
 Pan nacido en Belen:
 Si no te como bien
 Me sucederá mal:
 Sois todo piedra imán,

Que arrastra el corazón
De quien os rinde adoración.

El manjar que se dá
En el sacro Viril
Me sabe á gustos mil,
Mas bien que no el maná:
Si el alma limpia está
Al comer de este pan,
La gloria eterna le darán.

Recibe al Redentor
En un manjar sutil
El pobre, el siervo, el vil,
El esclavo y señor:
Perciben su sabor
Si con fé viva van;
Si no veneno es este pan.

Venid, hijos de Adán,
A un convite de amor
Que hoy nos dá el Señor,
De solo vino y pan:
De tan dulce sabor,
De tal gracia y virtud,
Que sabe, harta y dá salud.

El pan que hoy se nos da
Del cielo descendió;
Es pan que vivo está,
Es manjar celestial
Que Dios nos regaló
Y él mismo preparó
Dentro de un vientre virginal.

Los ángeles al ver
Tal gloria y majestad
Con profunda humildad
Adoran su poder:
Sin poder merecer
La dicha de gozar

De tan rico y divino manjar.

Sois muerte al pecador

Que os llega á recibir;

Dais al justo el vivir

Con fino y tierno amor:

¡Oh inefable Señor,

Que en un mismo manjar

Sabeis la vida y muerte dar!

Sois fuego abrasador,

Pastor, Cordero y Pan,

Esposo, Rey, Galán,

Dios, Hombre y Redentor,

Prodigio tal mayor

En Dios no pudo hallar

Que mas al hombre pueda dar.

Precioso candel,

Que al alma justa y fiel

Sois mas dulce que miel,

Mas bello que el panal:

La gloria celestial

Espero en Vos, mi Dios,

Para reinar sin fin con Vos.



EL MES DE DICIEMBRE

CONSAGRADO AL NIÑO JESUS,

O ESPIRITUAL PREPARACION

AL PARTO DE LA VIRGEN MARIA.

JORNADAS

QUE HIZO LA SACRATÍSIMA VÍRGEN CON SU
ESPOSO DESDE NAZARETH Á BELEN,

Y NOVENA

AL NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS.

NUEVA EDICION CORREGIDA.



BURGOS: 1862.

IMPRESA DE VILLANUEVA.

—
Con licencia.



Jesus nació de María, á tí sea
la gloria, al Padre, y al Es-
píritu Santo, por todos los
siglos. Amen.

Jesus ha nacido para nosotros.
Venid, adorémosle.

AL DEVOTO LECTOR.

Celebrando nuestra santa Madre la Iglesia todos los años el sagrado Adviento para preparacion á la gran fiesta del Nacimiento del Hijo de Dios, debe todo fiel cristiano en dicho tiempo ejercitarse mas que nunca en los actos de una tierna y sencilla devocion, para acercarse á recibir aquella abundancia de gracias que suele conceder á sus devotos el Niño Jesus. Así será bien que nosotros empleemos todo el mes de diciembre en obsequio del mismo Natalicio, disponiendo nuestro corazon con el ejercicio de aquellas virtudes que mas de cerca contribuyen á que Jesus renazca espiritualmente en nosotros; y así reparemos en alguna manera el ultraje que recibió el Niño Dios cuando, queriendo nacer en la tierra, no encontró quien lo recibiese en su casa.

Por tanto empezará esta devocion el dia 30 de noviembre con los ejercicios que solia practicar Santa Catalina de

Bolonia, del Orden de Santa Clara, que eran 40 Ave-Marías cada noche, desde el expresado día hasta el del santo Nacimiento, que juntas cumplen el número de mil Ave-Marías: el órden de esta devocion es rezar cada día 40 Ave-Marías, interpoladas con las Bendiciones que van despues del ofrecimiento preparatorio.

El día 16 de diciembre, como se acercará el día de la festividad, aumentarás los ejercicios con las consideraciones sobre las jornadas que hizo María Santísima desde Nazareth á Belen, que se concluirán el día 24; y en el día 25 se dará principio á la novena para venerar el Nacimiento del Niño Dios.

Varios Prelados de la Santa Iglesia han dispensado con mucha liberalidad los tesoros de ella á los fieles que practicaren debidamente la devocion de las Ave-Marías, colmándolos de gracias é indulgencias; de modo que en el ejercicio de cada día pueden ganarse 52,800 días de indulgencia, que suman al cabo de 25 días 1,320,000 días.

OFRECIMIENTO PREPARATORIO.

Yo os ofrezco, Virgen purísima, estas cuarenta Ave-Marias, y otras tantas bendiciones con que voy á saludaros, con intencion de ganar las muchas indulgencias que por ellas están concedidas: haced, Señora, que salgan de un corazon contrito y fervoroso, para que mi oracion suba con olor de suavidad hasta el trono de gloria á que habeis sido exaltada: aceptadlas en memoria de la dicha que os cupo cuando fuisteis elegida Madre del Verbo Eterno, de la alegria con que le visteis nacido, del gozo con que le estrechásteis en vuestros soberanos brazos, y de la ternura con que le alimentásteis con vuestra leche sagrada: hacedme participante de aquellos vivos deseos con que esperabais vos su Nacimiento, y alcanzadme que preparada mi alma para recibirle con pureza, merezca celebrar su venida y alabarle con los ángeles en el pesebre. Amen.

Cada dia se rezarán cuarenta Ave-Marias, y al fin

de cada Ave-Maria de la primera decena, con afecto cordialísimo juntarás las siguientes palabras.

Bendita sea, ó María, la hora en la cual fuisteis consagrada Madre de Dios.

Al fin de cada Ave-Maria de la segunda decena, dirás:

Bendita sea, ó María, la hora en la cual parísteis al Hijo de Dios.

Al fin de cada Ave-Maria de la tercera decena, dirás:

Bendito sea, ó María, aquel primer abrazo que distes al Niño Jesus, Hijo de Dios.

Al fin de cada Ave-Maria de la cuarta decena, dirás:

Bendita sea, ó María, la primera gota de leche que de vuestro purísimo y virginal pecho mamó el Hijo de Dios.

Se concluye este ejercicio diciendo al fin de las cuarenta Ave-Marias de cada día la siguiente

ORACION.

Misericordiosísima Virgen María, piadosísima abogada de los pecadores, firmísima esperanza de nuestra eterna felicidad, ayudadnos, Madre clementísi-

ma, á rogar al Omnipotente Señor por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, estirpacion de las heregias, conversion de todos los pecadores, salud y prosperidad de nuestros católicos Monarcas y su Real familia, y sucesos felices del estado: pero con especialidad por las necesidades, exaltacion y fines piadosos de nuestra Santa Madre Iglesia: oid, Padre amorosísimo, nuestras súplicas, y concedednos estas gracias, particularmente la de adoraros eternamente en la gloria, por los ruegos de María, y por los méritos de su unigénito Hijo y Señor Jesucristo, que contigo vive y reina, en unidad del Espiritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amen.

Llegada la vigilia del santo Nacimiento, en la noche, despues de tocada el Ave-Maria, ó cuando se da principio á tocar á Misa, se rezará la primera parte del Rosario de los Misterios gozosos; inmediatamente se ofrecerán á la Virgen Santisima las mil rezadas Ave-Marias y las mil celebradas bendiciones, suplicándola que con su autoridad de Madre del nacido Niño, nos alcance en recompensa de mil, dos solas bendiciones: una en vida y la otra en muerte: la primera para que nos sea dada gracia de verdaderamente arrepentirnos, y la segunda de salvarnos felizmente.

Las sobredichas Ave-Marias se pueden rezar de rodillas, en pie, sentado ó de otra cualquier manera, pero con devocion.

ORACION

para ofrecer á la Virgen Santísima los mil Ave-Marias rezadas en preparacion á su santísimo parto.

Potentísima Reina de los ángeles, dignísima Madre de Dios, y mi dulcísima y benignísima Señora, yo, indigna criatura, humildemente postrada á vuestros Santísimos pies, os ruego que os digneis recibir de mí, pobre pecador, estos cinco misterios gozosos de vuestro Santísimo Rosario que os ofrezco, y juntamente las mil Ave-Marias de mí indignamente rezadas, y otras tantas celebradas bendiciones, rogándoos, clementísima Señora mía, por aquella autoridad de Madre del nacido Niño, me alcanceis en recompensa de mil, dos solas bendiciones: la primera en vida, concediéndome gracia de un verdadero arrepentimiento; y la segunda en muerte, de felizmente salvarme. Amen.

JORNADAS

QUE HIZO LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARIA
DESDE NAZARETH Á BELEN.

Primera Jornada.

DIA DIEZ Y SEIS DE DICIEMBRE.

*Puesta el alma en presencia de nuestros
Peregrinos sagrados, hará todos los
días este*

ACTO DE CONTRICION.

Señor mio Jesucristo, divino y eter-
no Verbo, y Dios encarnado en las en-
trañas de María Santísima, el amor que
me tienes te hizo bajar del cielo á la
tierra hasta ponerte en un establo. ¡O
cuanto siento haberte cerrado las puer-
tas de mi corazon, (dándote con ellas en
la cara) haciéndome sordo á tus divinas

inspiraciones y llamamientos, cuando con tanto amor viniste á los desiertos del mundo á buscar la perdida oveja de mi alma con tantos trabajos para llevarla á los apriscos de tu gloria! Rompe, Señor, los cerrojos de este ingrato corazón mio, con la luz y conocimiento de mi aborrecible ingratitud: si buscas pesebre donde reclinar la cabeza, pesebre de bestias es mi corazón; consume con el fuego de tu amor hasta las pajas de mis imperfecciones, y aparta de mí las bestias de mis abominables culpas, las cuales de todo mi corazón me pesa de haberlas cometido contra tí, y delante de tí, por ser quien eres; y pues vienes á buscar, no justos, sino pecadores, yo soy el mayor de todos, y quien mas que todos te ha ofendido; confio en tu misericordia me perdonarás, y darás gracia para servirte y para saberte amar con perseverancia hasta el fin de mi vida. Amen.

Luego dirás: Esta es la primera jornada y es en el monte Tabor, donde

obró el divino Niño el misterio de la transfiguracion en su crecida edad, manifestando su gloria á los tres discipulos: donde contemplarás la humildad y pobreza con que emprendió su viaje nuestra purísima Reina, no llevando otra cosa que algun escaso alimento para tan dilatadas jornadas, caminando por aquellos montes de nieve en un pobre y humilde jumento: y á su santísimo Esposo hecho paje de estribo de la Reina del cielo. llevando en sus hombros el fardito de la ropa del divino Niño, guiando el jumento por las veredas mas suaves. Contempla tambien como, llegando á aquel alto monte, le formó el Santo José entre las ramas un pabellon con su humilde capa, para resistir los aires frios del riguroso invierno. Mira tambien al divino Niño en aquel virginal tálamo, donde teniendo muy presente el misterio de la transfiguracion, miraba los pocos que le habian de seguir por las sendas del áspero camino de la cruz, para llegar á la posada eterna de la gloria; los muchos que habian

de perderse en la peregrinacion y viaje á la eternidad por el camino ancho de la perdicion, y mira qué camino llevas tú para llegar al alto monte de la gloria; pídeles á nuestros Peregrinos sagrados que te admitan en su compañía, para llegar con seguridad al Belen de la gloria.

Acabará con nueve Ave-Marias, que rezará considerando que caminas en compañía de la Santísima Virgen María, y llegando á las palabras (Bendito es el fruto de tu vientre Jesus) besarás la tierra, adorando al Verbo encarnado en sus purísimas entrañas con profunda humildad y reverencia, y esto mismo harás todos los dias, y luego dirás esta

ORACION.

O purísima María, madre del Príncipe de la gloria, trono de la majestad increada, y palacio de su grandeza, que caminando desde Nazareth á Belen en el rigor del invierno, sin mas pompa ni aparato que un jumento humilde, llegaste al monte Tabor, lugar de gloria. Con profunda humildad y reverencia adoro al divino y eterno Verbo encerrado en tus entrañas con el primer coro

de los santos ángeles, y te suplico me admitas en tu compañía, encaminando mis pasos en seguimiento de los tuyos, para que al fin de mi peregrinacion y viaje, que voy haciendo á la eternidad, llegue mi alma con felicidad al Tabor de la gloria. Amen.

Luego rezarás á San José tres Padre nuestros y tres Ave-Marias, y esta

ORACION.

O santísimo Patriarca y paje de la Santísima Virgen, que caminando en su compañía á la ciudad de Belen con tantos trabajos, para dar cumplimiento al edicto de Tiberio Cesar, llegaste al monte Tabor, y viéndola molestada con la agitacion del camino, le preveniste posada bajo las ramas de los árboles, ministrándole la comida en aquel monte desierto, yo te suplico me alcances del divino Niño Jesus me conceda el fruto de su venida al mundo, siendo uno de los escogidos para subir al monte de su eterna gloria. Amen.

Luego le ofrecerás á estas Soberanas maestades

para hospicio suyo tu corazón, diciendo siete veces Jesús, José y María, yo os ofrezco por posada el corazón y el alma mía.

Este día comenzarás la ropita del Niño Dios, hoy harás la camisita, y esta será una comunión bien hecha, dándole posada á Dios en tu alma, con media hora de oración, llorando las veces que le has dado con las puertas en la cara, negándole á sus santos llamamientos, y acabarás con una estación al Santísimo Sacramento.

Hoy te privarás de comer fruta y dulce, y una sola vez has de beber agua, y reza el Rosario de los Misterios gozosos, ó lo que el director dispusiere.

Segunda Jornada.

DIA DIEZ Y SIETE DE DICIEMBRE.

El acto de contrición, pág. 257. y luego

Esta es la segunda jornada, y es en la ciudad de Nain donde resucitó el Niño Dios al hijo de la viuda en su crecida edad. Contempla en esta jornada los trabajos de nuestra Reina y Señora, experimentando las lluvias del cielo, los aires fríos, las penalidades del camino. Y á su santo Esposo, caminando á pie fatigado por la aspereza de los caminos, hasta llegar á la ciudad, donde puedes considerar á este santo Patriarca bus-

quando posada para su fatigada Esposa, y recibiendo por respuesta palabras ásperas y desabridas, aumentando la pena de ambos Esposos al ver cerradas todas las puertas de la ciudad, sin dar entrada á la misma luz; y mira tú cuantas veces has hecho lo mismo, despidiendo á Dios de tu corazon con el pecado, por tener tu alma hecha habitacion de los demonios. Abre en este dia las puertas de tu espíritu, y oye que te dice desde el vientre de su Madre: mira, alma mia, en cuya busca vengo para llevarte á mi gloria, que estoy llamando á las puertas de tu corazon, ábreme, que no tengo donde reclinar la cabeza.

Nueve Ave-Marias como en la pág. 260, y esta

ORACION.

O purísima Madre del Rey de las eternidades, arca sacratísima del divino maná Cristo Jesus: con la mayor reverencia que puedo y debo, humildemente adoro al divino y eterno Verbo en-

carnado en tus entrañas, con el segundo coro de los arcángeles; y te suplico, por los trabajos que padeciste en la segunda jornada, desde el Tabor hasta la ciudad de Naín, no hallando mas posada que el desabrigo de un despreciado portal, donde pasaste la noche llorando la dureza de nuestros ingratos corazones, el desprecio de los amorosos llamamientos de Dios, y nuestra voluntaria sordera, sin querer abrir las puertas á tu divino Niño, me alcances de este amante dueño de nuestras almas un corazon que sea perpétua posada suya; y al fin de mi jornada ábreme las puertas de su misericordia para cantar con los ángeles, gloria á Dios en las alturas. y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

Tres Padre-nuestros etc. á San José, y esta

ORACION.

O santísimo Patriarca, aposentador de la Reina del cielo, que por tu suma pobreza no tuviste otro palacio para hos-

picio y descanso suyo en la ciudad de Nain, que el despreciado lugar de un portal humilde, yo te suplico por la paciencia grande y vergüenza que padeciste en las puertas de los mesones, en las palabras ásperas y desabridas con que te despedían, y la humilde resignacion con que hospedaste á la Santisima Reina de los ángeles y Madre de Dios en el rincon del portal, porque no le daban otro mejor lugar los ingratos hombres, me alcances de este Señor gracia, para que, siguiendo los caminos que nos bajó á enseñar del cielo á la tierra, al fin de mi peregrinacion llegue mi alma al Belen de la gloria. Amen.

Luego le ofrecerás la posada de tu corazon al divino Niño, diciendo siete veces: Jesus, José y María, yo os ofrezco por posada mi corazon y el alma mia.

Este dia harás los pañales del Niño, regando este camino con lágrimas de tus ojos; haciendo siete actos de contricion entre dia y noche, llorando las veces que le has dado al demonio el mejor lugar en tu corazon, volviendo á tu Dios las espaldas, y negándole la posada: y guardarás una hora de silencio, media por la mañana y media á la tarde; ó lo que el director dispusiere.

Tercera Jornada.

DIA DIEZ Y OCHO DE DICIEMBRE.

El acto de contrición, pág. 257, y luego

La tercera jornada de nuestra purísima Reina desde la ciudad de Nain hasta los campos de Samaria, donde le salieron al Niño Dios, en su crecida edad, aquellos diez leprosos. Considera como siendo mucha la gente que cruzaba aquel camino, para cumplir con el edicto del César, al ver á nuestros sagrados Peregrinos con tan suma pobreza, unos los atropellaban, otros los despreciaban como á gente humilde, y de esta suerte, míralos llegar á los campos de Samaria, y sin tener donde alojarse; pues qué sentiría el santo Patriarca al verse en aquel despeñado campo, todo sembrado de nieve, sin poder aliviar la pena que padecería con los aires frios la mas tierna y delicada Señora, y cuánto padecería el divino Niño en sus entrañas, cuando viese así tratada á su Santísima Madre: mira cuántas veces atropellas al

Niño Dios quebrantando su santa ley, apartándole de tu corazón y de tu alma por hacer tu gusto y voluntad, y procura en esta jornada salir al encuentro al divino Niño, para que te sane como á los leprosos, manifestándole tus llagas; pues no viene á otra cosa que á curar la lepra de todo el linaje humano.

Nueve Ave-Marias como en la pág. 260, y esta

ORACION.

O purísima María, hermosa rosa de Jericó, fuente clarísima, donde están reposadas las aguas vivas para regar el jardín de la Santa Iglesia, con la mayor reverencia que puedo y debo, adoro con el tercer coro de los ángeles, que llamamos tronos, al Verbo encarnado en tus entrañas, y te suplico por aquel nuevo linaje de penas y trabajos que en esta jornada paderiste, viéndote en aquellos caminos atropellada de los pasajeros, á quienes correspondias haciendo oracion por ellos, y alcanzán-

doles salud en aquel campo de Samaria, le representes en esta humilde posada á tu Santísimo Niño la incurable lepra de mi alma, alcanzándome la salud eterna que vino á darnos, para que al fin de mi jornada cante con el coro de los ángeles: gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

Tres Padre nuestros etc. á San José, y esta

ORACION.

O Patriarca santísimo, y Gentil-hombre de la que es Reina y Emperatriz de los cielos y su santísimo Esposo, que llegando á los campos de Samaria en su compañía, no tuviste mas alfombra que poner á sus plantas que tu humilde capa, que en aquel desabrigo y desamparo le administraste un alimento corto para continuar sus jornadas, padeciendo el dolor de no tener para su descanso y regalo el palacio que merecia su grandeza; yo te suplico por los trabajos de esta jornada me alcances del divino

Niño sane las dolencias de mi alma, encaminando mis pasos por el camino real de sus mandamientos, hasta llegar al Belen de la gloria. Amen.

Dirás siete veces Jesus, José y María, yo os ofrezco el corazon y el alma mia.

Este dia harás el pañito de cabeza, y será dar á un pobre de comer (pidiendo licencia á tus padres) una misa de rodillas, comunión y el rosario de los misterios dolorosos, ó lo que el director dispusiere.

Cuarta Jornada.

DIA DIEZ Y NUEVE DE DICIEMBRE.

El acto de contricion, pág. 257, y luego

Esta es la cuarta jornada en el pozo de *Sichen*, donde contemplarás los nuevos trabajos de nuestra Reina y Señora caminando unos ratos á pie y otros en el jumentillo, y el Santo José llevando el ramal, los pies descalzos y maltratados; y en habiendo llegado, puedes considerar cómo, teniendo á la vista aquella fuente de agua nuestra soberana Reina, conociendo que se acercaba su dichoso parto, la devocion con que

desenvolviendo el fardito del divino Niño hincada de rodillas, lavaria los humildes pañales en que habia de envolver á aquel rico tesoro de los cielos: mira y contempla aquel fuego de amor en que se abrasaba su corazon con los deseos de ver entre sus brazos aquel Verbo hecho carne para nuestro remedio.

Nueve Ave-Marias como en la pág. 260, y esta

ORACION. NINE ANI

O purísima Maria, hermoso y florido lecho del divino Salomon, á quien guardaban aquellas escuadras angélicas y seráficas: con la mayor reverencia que puedo y debo, adoro al Verbo encarnado en tus entrañas con el coro de las Dominaciones; y te suplico por las penalidades que padeciste hasta llegar al pozo de *Sichen* donde, con profunda humildad y reverencia, hincada de rodillas con aquellos ardentísimos deseos en que se abrasaba tu ardentísimo corazon de ver ya entre tus brazos á nuestro amante Redentor, lavaste aquellos hu-

mildes pañales en que habias de envolver á aquella delicada humanidad, me alcances de este Príncipe soberano lave, limpie y purifique mi alma en aquella fuente de su amante corazon, que me abrió en el brocal de la cruz; y al fin de mi peregrinacion y viaje á la eternidad, cante con los ángeles, gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra al hombre de buena voluntad.

Tres Padre nuestros etc. á San José, y esta

ORACION.

O santísimo José, bracero de la Reina del cielo, que caminando á pie en tu compañía, por aliviar tus fatigas, con dulces y santas conversaciones divertias tu cansancio, alentando tu corazon para mayores trabajos, como quien tenia presente los misterios de nuestra redencion: yo te suplico por los obsequios amorosos y servicios con que le asististe y acompañaste en esta peregrinacion y viaje, y por los trabajos que en esta jornada padeciste hasta llegar al pozo

de *Sichen*, me alcances del divino Niño una sed insaciable de su amor hasta llegar al Belen de la gloria. Amen.

Luego dirás siete veces Jesus, José y María, yo os ofrezco el corazón y el alma mía.

Este día se harán las mantillitas, y estas serán de grana, tomando un cuarto de hora de mortificación con los brazos tendidos; una estación, rosario, misa de rodillas y comunión, ó lo que el director dispusiere.

Quinta Jornada.

DIA VEINTE DE DICIEMBRE.

El acto de contrición, pág. 257, y luego

Camina, alma mía, en compañía de nuestros sagrados Peregrinos sin perderlos de vista; y en esta quinta jornada que hizo nuestra purísima Reina desde el pozo de *Sichen* hasta el lugar llamado *Nemas*, contempla lo que dice la venerable Madre María de Jesus de Agreda, que muchas veces se hospedaba la Santísima Virgen en los corrales de las ovejas porque no le daban otro mejor lugar los hombres; considera como no hallando posada en este corto

lugar, se retira á la montaña, y entrando por las puertas de una cabaña, se levantan los corderillos y ovejas, y con sus balidos ofrecen aquel humilde lugar, retirándose, como dice la venerable Madre, á un rincón, reconociendo los brutos á su Señor y Criador: considera, pues, la humildad de la Santísima Virgen y Reina de los ángeles, mírala apearse del jumentillo, acogerse entre los espinos, y contempla cuáles serian los pensamientos de aquel divino pastor en las entrañas de su Madre, que vino á buscar la perdida oveja, qué lágrimas derramaria, por las veces que tú y yo le habíamos de tener entre las espigas de nuestros pecados.

Nueve Ave-Marías como en la pág. 260, y esta

ORACION.

O purísima Emperatriz de los cielos, relicario purísimo del divino Verbo, sagrario de la Santísima Trinidad, con la mayor reverencia que puedo y debo, humildísimamente adoro con el coro de

los principados al divino Niño en tus entrañas, y te suplico por aquella profunda humildad y resignacion con que abrazaste aquella humilde posada entre los brutos del campo, me alcances de este divino Pastor oiga vo sus amorosos silvos para que, saliendo de los barrancos de mi perdicion en hombros de su piedad, me lleve á los apriscos de las eternas moradas, para cantar con los santos ángeles gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

Tres Padre nuestros etc. á San José, y esta

ORACION.

O santísimo José, escudero mayor de la Emperatriz de la gloria, que para llegar á prevenir posada á la Santísima Virgen á un pobre lugar llamado *Necmas*, buscando abrigo entre sus vecinos, padeciste indecible dolor por no hallar otro mejor que un corral de ovejas, que sirvió de palacio á nuestra Reina y Señora, sin tener mas colgaduras

que los espinos, ni mas alfombras que el duro suelo: entre los pastores de aquella cabaña buscabas el sustento y la lumbre para resistir las inclemencias del tiempo; yo te suplico me alcances gracia para arrancar de mi corazon las espinas de los remordimientos de mi conciencia, y llegar asi á gozar de tu compañía en el Belen de la gloria. Amen.

Siete veces Jesus, José y Maria, yo os ofezco el corazon y el alma mia.

Este dia se hará la faja que será un silicio y media hora de oracion, meditando los trabajos que padeció Dios y su Madre por buscarte, como perdida oveja, y tú huyendo de Dios como de tu mayor enemigo, y rezarás cinco salves con los brazos tendidos, y un credo postrado con la boca en el suelo, ó lo que el director dispusiere.

Sesta Jornada.

DIA VEINTE Y UNO DE DICIEMBRE.

El acto de contricion, pág. 257, y luego:

Contempla la sexta jornada que hicieron estos Principes soberanos desde Necmas hasta el lugar en que perdie-

ron al divino Niño Jesus á los doce años de su edad: donde podrás considerar los trabajos que padecería esta tierna y delicada doncella por aquellos tan ásperos caminos, ya subiendo los altos montes, ya atravesando las solitarias serranías, hasta llegar á aquel despoblado sitio donde, viéndola el santo Patriarca atormentada por las inclemencias del tiempo, le rogaría tomase algun descanso y refresco para proseguir la jornada, en tanto que su santo Esposo buscaba alguna sombra para aquella que á todos hace sombra con su intercesion. Contempla el dolor que padecería el Niño Dios en sus entrañas, teniendo muy presente lo que habia de padecer su Santísima Madre perdiéndole en aquel sitio, y el poco sentimiento que habian de tener los hombres perdiendo á Dios, su amistad, su gracia y su amor.

Nueve Ave-Marias como en la pág. 260, y esta

ORACION.

O purísima María, azucena candidi-

sima, estrella de la mañana y trono de
 la Magestad increada, con la mayor re-
 verencia que puedo y debo, adoro al di-
 vino Verbo encarnado en tus entrañas,
 con el coro de las Potestades, y te su-
 plico por los trabajos que padeciste en
 la sesta jornada que hiciste hasta llegar
 al lugar donde perdiste de vista la cor-
 poral presencia del Niño Dios en su
 crecida edad, experimentando entre
 montes, collados y serranías los aires
 frios, las lluvias del cielo y la ingrati-
 tud de los hombres, me alcances de tu
 divino Niño gracia para sentir y llorar
 las veces que le he perdido por mi cul-
 pa hasta hallarle con su gracia, para ir
 á cantar con los ángeles y santos, glo-
 ria á Dios en las alturas, y en la tierra
 paz á los hombres de buena voluntad.
 Amen.

Tres Padre nuestros etc. á San José, y esta

ORACION.

O santísimo Patriarca, esposo digní-
 simo de la Emperatriz de los cielos, que

no das paso en tan penosos caminos, sin encontrarte con las espinas de tantos trabajos, sobre todo cuando llegaste al lugar donde algun tiempo despues habias de perder de vista á aquel divino Sol de justicia, que con sus luces abrasaba tu alma en su amor sagrado; yo te suplico por la afliccion que padeciste en esta jornada, me alcances de su Magestad Santisima gracia para encaminar mis pasos en seguimiento de aquellos que dio para buscarme en el desierto de este mundo, hasta llegar al Belen de la gloria. Amen.

Siete veces Jesus, José y Maria, yo os ofrezco por posada el corazon y el alma mia.

Este dia prepararas el capillo para el Niño Jesus haciendo entre dia y noche treinta y tres actos de amor de Dios, y rezaras de rodillas puesto en cruz cinco credos, ó lo que el director dispusiere.

Sétima Jornada.

DIA VEINTE Y DOS DE DICIEMBRE.

El acto de contricion, pág. 237, y luego:

Esta sétima jornada es á la ciudad

santa de Jerusalem, donde contempla-
 rás la inmensidad de penas que padece-
 ria nuestra Reina y Señora cuando, al
 pasar por aquellas calles, contemplaba,
 alumbrada con luz superior, lo mucho
 que en aquella ingrata ciudad habia de
 sufrir su divino Jesus, las penosas jor-
 nadas que habia de hacer, caminando
 de tribunal en tribunal cual si fuese un
 malvado, cuya consideracion arranca-
 ba abundantes lágrimas de sus ojos.
 Contempla el tormento que el Niño Dios
 padecería cuando, desde el seno de la
 Santísima Virgen donde se hallaba en-
 cerrado, viese el lugar en que habia de
 ser escarnecido, la columna en que ha-
 bia de ser azotado, y aquel nefando tri-
 bunal en que habia de ser declarado
 como simple y como loco: y llegando al
 calvario, considera la afliccion del santo
 José viendo á su santísima Esposa he-
 cha un verdadero mar de lágrimas con
 tan tristes recuerdos sin poder suavizar
 sus penas sino acompañándola en aquel
 desierto.

Nueve Ave-Marias como en la pág. 260, y esta

ORACION.

O desamparada Reina, lirio hermoso de los valles, y mar inmenso de penas, con la mayor reverencia que puedo y debo, humildemente adoro al divino y eterno Verbo, en tus purisimas entrañas con el coro de las Virtudes, y te suplico por los agudísimos dolores que padeciste en esta jornada cuando, dando vista á la ciudad de Jerusalem, se te representó toda la pasion y muerte que habia de padecer el divino Niño en aquella ciudad, con cuya viva consideracion eran tus ojos fuentes de lágrimas; yo te suplico que encamines mis pasos por el camino de la cruz llorando su pasion, de la que fueron la causa mis pecados, para que al fin de la jornada cante con los ángeles, gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

Tres Padre nuestros etc. á San José, y esta

ORACION.

O santísimo Patriarca y custodio del Príncipe de la gloria que, llegando á la ciudad de Jerusalem, cuando pensabas tener alivio con la cercanía de Belen, se redoblaron tus penas viendo á tu santísima Esposa hecha un mar de lágrimas con la consideracion de lo mucho que habia de padecer el divino Niño en aquellas calles públicas en su crecida edad; yo te suplico por los trabajos que padeciste en esta jornada, sin poder aliviar á tu santísima Esposa, me alcances del divino Niño una viva consideracion de los misterios de la redencion, para llegar al Belen de la gloria. Amen.

Siete veces Jesus, José y Maria, yo os ofrezco por posada el corazon y el alma mia.

Este dia dispondrás la habitacion para el Hijo de Dios, purificando tu alma por medio de la santa confesion, y rezando los misterios dolorosos del santo rosario ó lo que el confesor te ordenare.

Octava Jornada.

DIA VEINTE Y TRES DE DICIEMBRE.

El acto de contrición, pág. 257, y luego:

Contempla la octava jornada desde Jerusalen hasta llegar á Belen, donde habiendo llegado nuestros Peregrinos sagrados á las cuatro de la tarde, cuando pensaba el santo Patriarca hallar segura posada para la Madre de Dios entre sus deudos, parientes y conocidos, poniendo fin y término á sus trabajos, se le multiplicaron sus penas, porque habiendo cumplido con el edicto del Cesar, llegaron á las puertas de los parientes á buscar posada, y todos les dieron con ellas en la cara. Considera el sentimiento grande que padecería su atribulado corazón en aquellas calles, buscando un portal para hospicio de la Emperatriz de los cielos, la mortificación que padecería en las palabras ásperas y desabridas con que de todas partes los despedían, tratando al santo Esposo de ocioso y vagabundo al verlo con tanta humildad y

pobreza, qué lágrimas derramarían sus ojos, y mas cuando, habiendo entrado la noche, corriendo los aires frios y no teniendo donde volver los ojos, miraba á su Santísima Esposa desamparada y llorosa con el desprecio de los hombres, y temia no le cogiese el parto en aquella plaza. Considera tambien qué sentiria el divino Niño al ver á su amante Madre traspasada con tan sangriento cuchillo de dolor, qué lágrimas derramaria en sus entrañas al ver sus amorosos llamamientos despreciados, la sordera voluntaria de los hombres y el recibimiento que le hacia el mundo; y despues de haber recorrido todas las casas de los poderosos sin hallar un portal para su descanso, míralos salir á las nueve de la noche tristes, llorosos, afligidos y desamparados á buscar entre los brutos la piedad que los hombres le niegan.

¡Qué haces, alma mia, que no se abren las puertas de tu corazon de dolor, para dar posada á la Santísima Virgen Maria y al Niño Dios! Procura salirles

al encuentro y llevar al divino Niño á tu alma, recibéndole sacramentado este día, para que al fin de tu jornada te abra las puertas de tu gloria. Amen.

Nueve Ave-Marias como en la pág. 260, y esta

ORACION.

O desconsolada, triste y afligida Madre de Dios, que habiendo llegado á la ciudad de Belen, despues de haber buscado posada, no hallaste donde reclinar la cabeza de tu divino Niño: con la mayor reverencia que puedo y debo, adoro al eterno Verbo encarnado en tus purísimas entrañas con el coro de Querubines, y te suplico, por el dolor que padeciste cuando desde tu virginal tálamo llamaba á las puertas de aquellos ingratos corazones, y veia despreciados sus llamamientos, me perdones las veces que con mi voluntaria sordera he dado á tu Santísimo Hijo con las puertas en la cara por tener mi corazon ocupado con los afectos terrenos: alcánzame de tu divino Niño abra las puer-

tas de mi alma para recibirle y una contricion perfecta de mis culpas, para cantar con los ángeles, gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad. Amen.

Tres Padre nuestros etc. á San José, y esta

ORACION.

O santísimo Patriarca, y compañero dignísimo de la Emperatriz de los cielos, que habiendo llegado á la ciudad de Belen, buscaste posada para la Madre de Dios entre tus amigos y deudos y de todos te viste desamparado, sin que uno solo te abriese sus puertas para proporcionar algun descanso á tu purísima Esposa, fatigada por tan largo viaje: yo te suplico por este tan grande desamparo, y por la afliccion que en aquellos momentos padeciste viendo á la Santísima Virgen despreciada de aquellas gentes, rechazada con ásperas palabras, y sufriendo á la intemperie los rigores del frio, me alcances del divino Niño gracia para celebrar su San-

tísimo Nacimiento en el pesebre humilde de mi corazón. Amen.

Luego dirás si te veces Jesús, José y María, yo os ofrezco el corazón y el alma mía.

Este día adornarás la habitación en que ha de nacer el divino Niño, visitando los altares en desagravio de las desatenciones que sufrió en la ciudad de Belén, le abrirás tu corazón recibéndole sacramentado, rezarás cinco credos en cruz y la parte del rosario que corresponde á los Misterios gloriosos, ó lo que el director dispusiere.

Última jornada.

DIA VEINTE Y CUATRO DE DICIEMBRE.

El acto de contrición, pág. 257, y luego:

Hemos llegado, ó alma mía, á la última jornada, al lugar que el Eterno Padre preparó á su unigénito Hijo para nacer entre los hombres, y es un humilde portal en que tan solo se encuentra un mugriento pesebre donde se albergan dos brutos. Considera cómo, habiendo entrado en él los santos Peregrinos, dan gracias al Señor por aquella humilde habitación que les prepara, la limpian y asean á la vista de los ánge-

les que atónitos asisten á nuestra Reina y Señora: contempla cómo el santo Patriarca prepara con unas humildes pajas el lecho que ha de servir para recostar al Hijo de Dios hecho hombre, y llegada la media noche, cuando se hallaban los hombres entregados al sueño, como sintiese nuestra Reina y Señora que se acercaba la hora de su dichoso parto, puesta de rodillas, sus manos cruzadas ante el pecho, sus ojos levantados al cielo y elevadas sus potencias y sentidos por medio de una altísima contemplacion llega por fin á dar al mundo al unigénito del Eterno Padre vestido ya de nuestra naturaleza, al CRISTO JESUS, verdadero Dios y verdadero HOMBRE, á quien adora con la veneracion mas profunda, le recibe en sus santisimos brazos, le estrecha contra sus purisimos pechos, y penetrada de humildad y reverencia, le recuesta, absorta de admiracion y de pasmo, sobre unas humildes pajas en medio de un miserable pesebre: considera al santo José al despertar de aquella especie

de arrobamiento que le causara el ver obrado tan asombroso misterio, todo penetrado de gozo contemplando en brazos de la Aurora al divino Sol de justicia que empezaba á desterrar con su luz clarísima las negras sombras de la noche, alegrando al mundo con su venida, y ofreciendo á los hombres la mas cumplida redencion: considera cómo, viéndole su santa Madre sufriendo los rigores del frio, le envuelve en pobres pañales, le regala con su dulce nectar, le reclina sobre las humildes pajas, y allí le adoran hasta los brutos como á su Hacedor.

Considera como con la noticia que de esto tuvieron los pastores, á quienes se la comunicó un ángel, penetrados de júbilo y alegría, vienen en busca de la Luz, entran en la cueva, y dando el parabien á la Santísima Madre, reciben al Niño en sus brazos con singular regocijo y alegría, gozándose el tierno Infante de tener sus delicias con los hijos de los hombres. Este dia todo ha de ser de gozo y alegría al ver á Dios he-

cho Niño tierno en un establo, ceñido los brazos, envuelto en mantillas, y al Leon de Judá hecho Cordero humilde en una cueva.

Nueve Ave-Marias como en la página 260, y esta

ORACION.

O purísima Madre del Verbo eterno que, llegando á la humilde cueva de Belen á las nueve de la noche, buscando posada, hallaste aquel establo y pesebre de animales, despues de haberlo aseado, llegado al punto de la media noche, sentiste singulares movimientos del Niño Dios en tus entrañas, deseandó salir al mundo el divino Sol de justicia para desterrar las sombras de la culpa, destruir la maldicion y darnos la bendicion á los hombres, y confundiendo á la muerte, alcanzarnos la vida sempiterna: con la mayor reverencia que puedo y debo, adoro al Verbo encarnado en compañía de todos los santos ángeles, especialmente con el coro de los serafines, y en su compañía te

doy infinitos plácemes y enhorabuenas por haber parido sin dolor alguno al divino Jesus, quedando entera tu santísima virginidad, Vírgen antes del parto, en el parto y despues del parto, y siempre Vírgen y Madre de Dios; y te suplico, por aquel mar inmenso de gozo que tuviste viendo al Verbo eterno hecho carne, y como Niño tierno alimentándole con el dulce nectar de tus virginales pechos, donde le viste adorado de todos sus ángeles y de los humildes pastores por su verdadero Dios y Señor, me alcances de su Magestad Santísima un corazón lleno de gozo y alegría para celebrar su santísimo nacimiento, y cantar con los ángeles, gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

Tres Padre nuestros etc. á San José, y esta

ORACION.

O santísimo Esposo de María Santísima que, no hallando posada en la ciudad de Belen, lleno de penas y descon-

suelos, saliste á buscar entre brutos la piedad que los hombres te negaron; y con altísima resignacion abrazaste aquel humilde pesebre para hospicio de la Emperatriz de los cielos, donde tuviste el gozo grande de ver al Verbo eterno hecho carne entre sus brazos, y en donde le adoraste como á verdadero Dios: yo te suplico por los gozos que tuviste en esta noche, mejor diré, dia clarísimo en que salió el Sol divino de justicia para alumbrar al mundo, (y aquel cielo abreviado del virginal vientre de tu Santísima Esposa) me alcances de este divino Niño adorne el establo de mi corazon con la pureza y limpieza de mi conciencia, para celebrar su santo nacimiento.

Siete veces Jesus, Jesé y María, yo os ofrezco por posada el corazon y el alma mia.

Este dia será la cuna para el divino Niño el ayuno y la comunión, y rezarás el santísimo Rosario de los quince misterios, para celebrar á la media noche el nacimiento del Niño Dios; el dia de Pascua darás de comer á un pobre en memoria de San José; á una pobre en memoria de la Virgen Santísima; y á un niño en memoria del Niño Dios: en el discurso del dia harás treinta y tres actos de amor de Dios, y rezarás nue-

ve salves en memoria de los nueve meses que estuvo el Niño en el vientre de María Santísima, y comulgarás tambien el día de la Pascua; y despues de la media noche dirás al divino Infante Jesus, dándole las gracias de su venida al mundo para remedio del linaje humano, esta

ORACION.

O Príncipe Soberano, Dios inmenso é incomprendible, como lengua é instrumento de todas tus criaturas, te doy gracias infinitas por tu venida al mundo con tu misma divina persona para sacarnos del cautiverio de la culpa, y librarnos de la tiranía del demonio, estableciendo la paz entre Dios y los hombres: yo te doy mil plácemes y enhorabuénas por el amor con que viniste á abrirnos el camino de nuestra verdadera pátria, y aquellas eternas puertas de la gloria para gozar de la divina Esencia; seas mil veces bien venido, dulcísimo Jesus mio, á buscar esta errante oveja, para llevarme á los apriscos de las eternas moradas; seas mil veces bien venido para pagar aquella deuda infinita que debo, para dejarme libre

y salir de esta penosa cárcel del mundo, para ir á alabarte entre los coros de los ángeles y santos: yo te suplico me concedas aquel fuego de amor que viniste á encender en el mundo para que, abrazado mi corazón en tus dulcísimas llamas, cante mi alma eternamente tu gloria con los santos ángeles en tus eternas moradas. Amen.



y salir de esta pradera, cárcel del mundo,
 para ir a las alturas entre los coros de los
 ángeles y santos: yo te suplico me con-
 cedas aquel trazo de amor que violas
 á entender en el mundo para que abra-
 zado mi corazón en las dulcissimas li-
 bras, cante mi alma eternamente tu
 gloria con los santos ángeles en tu
 eternas moradas. Amen.

Yo te suplico me concedas aquel trazo
 de amor que violas á entender en el mundo
 para que abrazado mi corazón en las
 dulcissimas libras, cante mi alma
 eternamente tu gloria con los santos
 ángeles en tu eternas moradas. Amen.

Yo te suplico me concedas aquel trazo
 de amor que violas á entender en el mundo
 para que abrazado mi corazón en las
 dulcissimas libras, cante mi alma
 eternamente tu gloria con los santos
 ángeles en tu eternas moradas. Amen.

NOVENA

AL NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS,

que se empieza el día 25 de diciembre.

En este día grande recibamos nosotros al Niño Jesús, y coloquémosle en nuestro corazón con la siguiente práctica de ejercicios.

Día primero.

Puesto de rodillas delante de una imagen del Niño Jesús, se hará la señal de la cruz, el acto de contrición, pág. 257, y esta meditación, la cual se mudará todos los días.

EL SANTÍSIMO NIÑO MAESTRO DEL DESPRECIO DEL MUNDO.

1.º Considera como este Santísimo Niño, siendo Rey de la gloria y Señor

del universo, para enseñarnos el desprecio del mundo, no quiere nacer en un palacio, como lo pedia su grandeza, sino en un pesebre, sin otro aparato ni cortejo que el de dos viles bestias, sin otras riquezas que unas pajas, símbolo de la vanidad de este miserable mundo. A vista de esto, ¿podrá tener el hombre en su corazon algun afecto á la grandeza de la tierra?

2.º Considera como este santo Niño, ademas de despreciar la grandeza, despreció tambien las honras y dignidades, que son otro fomento de la vanidad de los amadores del siglo. Era la Virgen del linaje real de David y Princesa de la sangre; con todo, cuando Jesus la eligió por Madre, no representaba en el mundo otro papel que el de esposa de un pobre carpintero. ¡O cuánto se engañan los que se desvanecen con sus títulos! Dios no estima la persona por la grandeza de los títulos, sino por la escelencia de la virtud. Si en vosotros hubiere virtud, habrá un gran título para que Dios os estime.

3.º Considera como este Santísimo Niño despreció la estimacion y gran nombre del siglo, que es el ídolo mas adorado de la mayor parte de los hombres: su santo nacimiento oculto á casi todos, pues fueron pocos, y estos humildes pastorcillos, á quienes lo manifestaron los ángeles: y tu al contrario deseas ser conocido y estimado de todos, quieres que tu nombre y acciones sean patentes á todo el mundo; y cuando falta quien las alabe, tú mismo las ensalzas y engrandesces: aprende del Niño Jesus á despreciar la vana estimacion del mundo.

La práctica de esta virtud consistirá en pisar desde hoy, con el afecto y con el efecto, la vanidad mundana. La Venerable Sor Margarita de Bona, reusando desde muy niña los vestidos ricos que su madre la ponía, daba por razon que Jesus en el pesebre no quiso tener mas que unos pobres pañales.

La Jaculatoria, la de Santa Ines de Monte Policiano, que estrechando en sus brazos al Santísimo Niño, decia á

la Virgen María: *Aquí tendré entre mis brazos á mi amado Jesus.*

Se rezarán nueve Ave-Marias en honra de los nueve meses que llevó la Santísima Virgen en sus entrañas al Niño Jesus, y al fin de cada Ave-Maria se dirá:

Bienaventuradas entrañas de María Virgen, que llevaron en sí al Hijo del eterno Padre: y bienaventurados los pechos que dieron leche á Cristo Señor nuestro.

INVOCACION

A LA SACRATISIMA INFANCIA DEL NIÑO JESUS.

1.° Jesus, dulcísimo Infante que, descendiendo del seno del eterno Padre y concebido del Espiritu Santo, no tuviste horror de hacerte hombre en las entrañas purísimas de María, y tomar la forma y semejanza de esclavo, ten misericordia de nosotros. *Ave-Maria etc.*

2.° Jesus, Infante dulcísimo, que al visitar María á su prima Santa Isabel,

tú también la visitaste, y llenaste del Espíritu Santo á San Juan Bautista, tu precursor, santificándolo antes de nacer, ten misericordia de nosotros. *Ave-María.*

3.º Jesus, Infante dulcísimo, oculto nueve meses y cerrado en las purísimas entrañas de María, deseado con ardientes deseos de esta soberana Señora, y San José, su esposo, y apenas nacido, ofrecido al Padre Eterno por la salud del mundo; ten misericordia de nosotros. *Ave-María.*

4.º Jesus, infante dulcísimo, que nacido en Belen, fuiste envuelto en pobres pañales, alimentado del cielo, reclinado en un pesebre, anunciado de los ángeles y visitado de los pastores, ten misericordia de nosotros. *Ave-María.*

Antífona. Jesus nació de María, á Tí sea la gloria, al Padre y al Espíritu Santo, por todos los siglos. Amen.

Jesus ha nacido para nosotros. Venid adorémosle. *Recemos un Padre nuestro al Niño Jesus.*

5.° Jesus, Infante dulcísimo, que á los ocho dias de nacido fuiste circuncidado y llamado con el glorioso nombre de Jesus; y asi en el nombre como en la sangre vertida te mostraste Salvador del mundo, ten misericordia de nosotros. *Ave-Maria.*

6.° Jesus, Infante dulcísimo, adorado en el regazo de María de tres Reyes que, guiados de una estrella, vinieron á ofrecerte los místicos dones de oro, incienso y mirra, ten misericordia de nosotros. *Ave-Maria.*

7.° Jesus, infante dulcísimo, que presentado en el templo por tu Santísima Madre, fuiste recibido en los brazos de Simeon, revelado á Israel por Ana Profetisa, ten misericordia de nosotros. *Ave-Maria.*

8.° Jesus, Infante dulcísimo, buscado de Herodes para la muerte y llevado á Egipto por San José con tu Santísima Madre, glorificado en la sangre de los inocentes mártires, ten misericordia de nosotros. *Ave-Maria.*

Jesus nació de María etc., con lo de-

más de la antífona, pág. 299. Recemos un Padre nuestro á la Virgen.

9.° Jesus, Infante dulcísimo, en Egipto alimentado á los pechos de María, donde esta soberana Señora y José su Esposo te oyeron hablar la primera vez, exaltado allí con la destruccion de los ídolos, ten misericordia de nosotros. *Ave-María.*

10.° Jesus, Infante dulcísimo, que al volver de Egipto á Nazareth, padeciste trabajos en el camino, ten misericordia de nosotros. *Ave María.*

11.° Jesus, Infante dulcísimo, que en la casa de Nazareth, obediente á José y María, diste en pobreza y trabajos cada dia mayores muestras de tu sabiduria y gracia, ten misericordia de nosotros. *Ave-María.*

12.° Jesus, Infante dulcísimo, á los doce años de tu edad llevado á Jerusalem por tus padres, allí de estos perdido, y despues de tres dias con sumo gozo hallado entre los doctores, ten misericordia de nosotros. *Ave-Maria.*

Jesus nació de María etc., con lo

demás de la antifona, pág. 299. Recemos un Padre nuestro á San José.

Al santo Angel de la Guarda, protector de este dia, le rezaremos un Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri, para que supla los defectos que hubiere en esta novena.

Dia segundo.

Como el primer dia, acto de contricion, pág. 257.

EL SANTÍSIMO NIÑO MAESTRO DE PENITENCIA.

1.º Considera como este Niño, aunque era la inocencia misma, y esento de hacer penitencia, que es la herencia lamentable del pecado, no obstante, por haber tomado sobre sí la satisfaccion de los pecados del mundo, quiere ejercitar esta virtud con toda la estension de sus actos: Mira tú como estás dispuesto para hacer penitencia de los tuyos; considera el número, pondera la gravedad de ellos, y mira si es conveniente al estado en que te hallas una vida deliciosa y regalada como la que tienes.

2.º Considera como este Santísimo Niño en su Nacimiento ejercitó todos los actos de la penitencia esterna, abandonó las delicias del cielo, tomó un cuerpo mortal todo espuesto á padecer, sufrió frio, desnudez é incomodidades, y todo voluntariamente; porque lo que en nosotros es necesidad, en su Magestad fue eleccion. Mira que aspereza voluntaria debes ejercitar en penitencia de tus pecados. ¿Eres por ventura de aquellos que solo el nombre de penitencia induce en sus rostros la palidez y en sus corazones el pavor y espanto? Si no tienes ánimo para afligir tu cuerpo con algun instrumento de penitencia, mortificalo á lo menos con privarte de todo regalo, y con hacer de la necesidad virtud, sufriendo por tus culpas cualquier trabajo que se te ofreciere entre dia.

3.º Considera como Jesus ejercitó todos los actos de la penitencia interna, tuvo siempre delante de sus ojos los pecados del mundo, ofrecióse todo al Padre Eterno en satisfaccion de ellos,

y buscó todos los medios para estirparlos. Tú muy al contrario, en vez de llorar los tuyos, los haces objeto de tu complacencia, jactándote y haciendo ostentacion de ellos, con referirlos tal vez á otros te espones á las ocasiones de cometer otros de nuevo: y con esta vida no haces penitencia? Ejercítate en frecuentes actos de dolor de haber ofendido á Dios, renovando muchas veces el propósito de nunca mas ofenderle.

La práctica de esta virtud será hacer hoy alguna penitencia á honra del Santísimo Niño; como llevar una hora de silicio, tomar disciplina, dormir con algun desacomodo etc.

El Padre Bernardo Colnago, de la Compañia de Jesus, viendo al Santísimo Niño sobre la paja, lo ponía en su cama aseadamente, y entre tanto dormía él sobre la desnuda tierra.

La jaculatoria será de Abondanza de Espoleto, que así desahogaba su abrasado corazon con el Santísimo Niño.
¡Quán agraciado sois, amado Niño!

Se rezarán nueve Ave-Marias y todo lo demás como en la pág. 260 y

Al coro de los ángeles protectores de este día le rezaremos un Padre nuestro etc. como el primer día, pág. 302.

Día tercero.

Como el primer día, acto de contrición pág. 257.

EL SANTÍSIMO NIÑO, MAESTRO DEL SUFRIMIENTO.

1.º Considera como este Santísimo Niño se ejercitó en el sufrimiento luego que nació, consintiendo ser desechado de todas las casas de Belen, de suerte, que para el Señor del universo no habia lugar ni posada. Compadécete del Santo Niño, y ya que no encuentra lugar donde nacer, ofrécele tu corazón. Propon de no quejarte si vieres que te estiman menos que á otros, ó te dicen palabras pesadas, ó huyen de tí como de importuno y enfadoso, imitando al Santísimo Niño que no se queja por no encontrar quien le reciba en su casa.

2.º Considera como este Niño se adiestró á padecer y sufrir en su nacimiento, escogiendo un lugar desacomodado cual es un establo, el tiempo el mas riguroso como es el invierno, la hora la mas incómoda cual es la media noche: todas estas circunstancias nos están fiscalizando nuestras delicadezas, regalos é impaciencias. Te quejas muy á menudo de cualquier incomodidad que se te ofrece, ó por la estrechez de la habitacion, ó por lo desapacible del tiempo, ó por otros accidentes que, aunque leves, bastan á apurar tu poco sufrimiento: aprende del Niño Jesus á llevar con paciencia las incomodidades y trabajos.

3.º Considera que este Santísimo Niño ejercitó el sufrimiento despues de nacido. No se quejó ni de la molestia que causaba á sus delicados miembros la paja, ni de la pobreza de los pañales en que le envolvieron, ni de la dureza del pesebre en que le reclinaron. Confúndete de tu delicadeza á vista de tanta tolerancia, y ofrécete pronto á sufrir

por amor de Jesus Niño las palabras picantes, la falta tal vez de lo necesario para la vida, y la aspereza con que te tratan tus prógimos.

La práctica de esta virtud será consagrarte hoy al Niño Jesus para tomar de buena gana todas las cruces que su Magestad gustáre enviarte. Al beato Enrique Suson dijo una sierva de Dios, penitente suya, que el Niño Jesus le habia dicho: si Enrique aceptára de mi mano las cruces que se le disponen este año, yo se las convertiria en otras tantas rosas.

La jaculatoria será de la beata Catalina Ricci: *Jesus mio, desfallezco ya á la violencia de tu amor.*

Se rezarán nueve Ave Marias y todo lo demás como en la pág. 260, y

Al coro de los arcángeles protectores de este dia le rezaremos un Padre nuestro, etc. *como el primer dia, pág. 302.*

Dia cuarto.

Como el primer dia, acto de contricion, pág. 257.

**EL SANTÍSIMO NIÑO MAESTRO DE LA
HUMILDAD.**

1.º Considera como este Niño siendo la Magestad misma, se olvidó de ella, y no se desdeñó de vestirse el saco vil de la humanidad para confundir la humana soberbia y enseñarnos el modo de humillarnos. ¿Cómo estás tú aparejado para humillarte? esa pompa superflua, ese fausto y esa grandeza, no dicen bien con la humildad cristiana. Mira, si estás pronto á dejar esa vanidad, á vista de la Magestad de Dios humillado, si no sientes en tu corazon tan buena disposicion, ten por cierto que has aprovechado poco en la escuela de Jesus.

2.º Considera como este Niño ocultó con el velo de la humanidad toda la grandeza de la divinidad, y siendo Hombre y Dios, á lo exterior solamente

parecia hombre. ¡Cuán al contrario lo haces tú! pues cualquiera cosa de lustre que haya en tí, la publicas deseando ser aplaudido de los hombres, y en vez de ocultar con humildad las prendas, das á entender muchas veces, con una fina soberbia, mucho mas de lo que son.

3.º Considera como este Niño, á la humillacion interior, añade ahora la exterior; fué grande humillacion escojer un establo para nacer, un vil pesebre por cuna: y dos bestias para su cortejo. La verdadera humildad se da á conocer tambien por el exterior, gusta de estar en el último lugar, no busca vanidad en el vestido, no cuida de conversar con los grandes del siglo. Mira si tu humildad sigue estas pisadas, si halláres, que no es asi, refórmala segun los ejemplos del humildísimo Jesus.

La práctica de esta virtud será tener-te por el mas vil de todos, y mostrarlo en lo exterior; una sierva de Dios, del orden de Santa Teresa, orando ante una imágen del Niño Jesus, le decia: dime, amor mio, ¿qué obsequio te podré yo

hacer que sea mas agradable á tus divinos ojos? Y el Santisimo Niño se dignó responderle así: *Humilitatem cole: seas humilde.*

La jaculatoria es de San Antonio de Padua: *O dulzura de mi corazon, Jesus, vida mia!*

Se rezarán nueve Ave-Marias y todo lo demás como en la pág. 600, y

Al coro de los principales protectores de este dia le rezaremos un Padre nuestro, etc. como el primer dia, pág. 302.

Dia quinto.

Como el primer dia, acto de contricion, pág. 257.

EL SANTÍSIMO NIÑO MAESTRO DE LA OBE-
DIENCIA.

1.º Considera como el Niño Jesus, por obedecer á su Padre celestial, se sujetó voluntariamente á todos los trabajos que padeció en su nacimiento, en su vida, y en su muerte: ¡cuán poco se asemeja tu obediencia á la de Jesus!

cualquiera incomodidad leve te hace quebrantar los divinos preceptos: no sabes obedecer sino en lo que te dá gusto. El verdadero obediente no atiende á su gusto, sí solo á ejecutar con generosidad lo que Dios le manda, ó por sí, ó por sus superiores.

2.º Considera como la obediencia de Jesus fué obediencia pronta. Apenas conoció la voluntad de su eterno Padre, luego se ofreció á seguirla sin buscar razones en contrario ni examinar los motivos de la obediencia: he aqui á donde ha de llegar tu obediencia: es á saber: poner en ejecucion á ciegas y con prontitud lo que Dios te manda por medio de tus superiores; pues quien busca razones de lo que se manda, se pone á peligro ó de no obedecer, ó de perder el mérito de la obediencia.

3.º Considera como Jesus no solo obedeció á su eterno Padre, á su Madre Santísima y á su Padre putativo San José, sino tambien á los príncipes temporales, queriendo nacer en actual ejercicio de obediencia, esto es, cuando

María y José iban á pagar el tributo y obedecer el decreto de Tiberio Cesar. Pondera cuanto agrada al Santísimo Niño esta virtud, y saca propósitos de obedecer á cualquiera que sobre tí tuviere alguna autoridad.

La práctica de esta virtud será obedecer primeramente á Dios, despues al confesor y finalmente á los superiores.

Aparecióse Jesus en figura de Niño á un siervo suyo; acaeció tocar á la sazón á una obediencia, fuese luego á cumplirla, quedando en el aposento el Santísimo Niño; volvió, y halló que el Niño se habia trocado en un jóven ya grande, el cual le dió á entender que otro tanto habia crecido en su alma la gracia en premio de la puntual obediencia.

La jaculatoria es de San Felix Capuchino: *amoroso Jesus, haz que yo te ame.*

Se rezarán nueve Ave-Marias y todo lo demás como en la pág. 260, y

Al coro de las potestades protectoras de este dia le rezaremos un Padre nuestro etc. *como el primer dia pág. 302.*

Día sexto.

Como el primer día, acto de contrición, pág. 257.

**EL SANTÍSIMO NIÑO MAESTRO DE POBREZA
VOLUNTARIA.**

1.º Considera como Jesús, con ser Señor del universo, quiso nacer pobre, y tanto, que ni el lugar donde nació era suyo ni se podía encontrar otro mas pobre, pues era una cabaña desierta y desamparada de los mismos pastores: tú procuras adelantarte mas en las conveniencias y riquezas, escojes siempre para tí lo mejor: quien ama la pobreza no busca las delicas: ¡cuán poco imitas á tu Maestro divino en el desapego de las riquezas y regalos! Confúndete de ver cuán poco has aprovechado con la enseñanza de tal Maestro.

2.º Considera como Jesús no solo fué pobre en la habitacion, sino tambien en el vestido; pocos y pobres pañales fueron toda la gala de su niñez: tú al contrario, ¡qué superfluidades gastas en vestir! cualquiera moda basta

á hacerte consumir grandes cantidades en vestidos y trages, y cuando los pobrecitos están temblando por no tener con qué defenderse del frio, sudas tú oprimido de la abundancia y riqueza de los vestidos; quita lo supérfluo y con ello haz una oferta al Niño Jesus, vistiendo á algun pobrecito.

3.º Considera como el Niño Jesus no solo fué pobrecito en lo exterior, sino mucho mas en lo interior, aborreciendo sumamente las riquezas. Si Dios te ha dado abundancia de bienes, usa bien de ellos, haciendo que te sirvan para comprar el Paraiso; y ya que no seas pobrecito en la sustancia, á lo menos sélo en el espíritu, quitando la aficion á ellos.

La práctica de esta virtud será experimentar hoy algun efecto de la santa pobreza voluntaria, ó en el vestir, ó en el comer, ó en el dormir, ó en otras cosas. El Padre Bernardino Realino, de la Compañía de Jesus, al ver al Santísimo Niño tan pobrecito en el pesebre, determinó andar todo aquel invierno pobre

y lijeramente vestido: y fué tan agradable al divino Infante esta accion, que se la recompensó con una regalada aparicion y con hacer que no sintiese mas el frio en todo aquel año.

La jaculatoria es de Santa Catalina de Bolonia, la cual, acariciando y estrechando en su seno al Niño Jesus, le decia: *por Vos, amado Niño, vive mi corazon.*

Se rezarán nueve Ave-Marias y todo lo demás como en la pág. 260, y

Al coro de las virtudes protectoras de este dia le rezaremos un Padre nuestro etc. *como el primer dia, pág. 302.*

Dia sétimo.

Como el primer dia, acto de contricion, pág. 257.

1.º Considera como este Santísimo Niño, para manifestar su mansedumbre, quiso antes de nacer ser figurado en las divinas escrituras bajo el símbolo de Cordero que excede á todos los animales en mansedumbre: *Emitte Ag-*

num, Domine, dominatorem terræ: y con este mismo nombre quiso que le llamase su precursor San Juan: *Ecce Agnus Dei:* mira tú como te ejercitas en la santa mansedumbre! ¿Eres de aquellos que se dejan llevar de la cólera y á manera de perros rabiosos no responden, sino mordiendo y ladrando? aprende del Niño Jesus la mansedumbre; pues se hizo hombre para enseñartela: *Discite à me, quia mitis sum.*

2.º Considera como este santo Niño fué apacible en las palabras, su lengua no destilaba sino leche y miel, tan dulces eran sus palabras: sazónaba la reprehension con tal suavidad, que no daba lugar al resentimiento; mira si eres tú circunspecto en las palabras; si te dejas arrebatarse de la cólera, prorumpiendo en palabras picantes, injuriosas ó sacudidas; si tu reprehension se endereza solo á la enmienda del prógimo y no á su desprecio, ó á desfogar tu cólera; si no sabes refrenar tu lengua jamás alcanzarás la mansedumbre.

3.º Considera como el Niño Jesus

mostró la mansedumbre en las obras, procediendo en ellas con una moderación y suavidad de espíritu que daba bien á entender cual fuese la compostura y sosiego de su corazón: cierto obrar indiscretamente, cierto celo sobradamente fogoso, ciertos ímpetus aun en las acciones virtuosas no son propios del espíritu de Jesus: el espíritu de Jesus es dulce y suave; si no te hicieres á obrar con suavidad, jamás llegarás á señorearte de tus pasiones, y mucho menos de los otros afectos.

La práctica de esta virtud será hacer reflexion entre dia á menudo de la bondad de un Dios que por nuestro amor se hizo mansísimo Niño, y esto te ayudará para refrenar tu cólera. El apostólico Padre Diego de San Vitores, de la Compañía de Jesus, á fin de refrenar la fiereza de los habitantes bárbaros de la isla de Mariana, determinó formar el pesebre del Salvador en la fiesta de su nacimiento; al ver aquellos bárbaros al tierno y divino Niño sobre las pajas, sentian enternecerseles, las

entrañas, y así pudo el santo Padre domesticar su fiereza.

La jaculatoria es de la beata Bienvenida, de la Tercera Orden de Santo Domingo, á quien la vista del Niño Jesus hacia huir sus escesivos dolores; y así le decia: *Si vos, Señor, me confortais, no temo á los dolores.*

Se rezarán nueve Ave-Marias y todo lo demás como en la pág. 260, y

Al coro de las dominaciones protectoras de este dia le rezaremos un Padre nuestro etc. *como el primer dia, p. 302.*

Dia octavo.

Como el primer dia, acto de contricion, pág. 257.

EL SANTÍSIMO NIÑO MAESTRO DEL RETIRO.

1.º Considera como este Niño no quiso nacer en poblado, sino en una campaña desierta y lejos de toda habitación: tú te lamentas de que no nace jamás en tu corazon un buen sentimiento, y no sabes la razon; mas yo creo que

consiste en ser tan amigo de conversar con los hombres: donde se oyen mucho las voces de los hombres no se oye la voz de Dios: sé amante del retiro y Dios se dejará sentir en tu corazón.

2.º Considera como Jesús nació á media noche, hora en que todas las cosas están en silencio, ¡A tí no te basta el día para tus diversiones, y eres quizá tal vez de aquellos que emplean gran parte de la noche en ellas! Acuérdate que Jesús no nació entre el estruendo, sino en la hora del silencio: sé, pues, mas amigo de callar que de hablar, si quieres que Jesús nazca en tu corazón.

3.º Considera como los ángeles no anunciaron el nacimiento de Jesús á los ciudadanos de Belén, sino á los pastores, gente acostumbrada á la soledad y al silencio: acostúmbrate al santo retiro; guarda todos los días alguna hora de silencio, y hallarás que en este tiempo te dará tu santo ángel de guarda algun aviso del cual tal vez dependerá tu salvacion eterna.

La práctica de esta virtud consistirá

en ofrecer al Niño Jesus el gusto que tienes de conversar con los hombres, absteniéndote por su amor de hablar. Aparecióse un dia el Niño Jesus á su gran sierva Sor Mariana de Jesus, cubierto el rostro con un velo, y le dió su Magestad á entender que no podia ver su divino rostro en pena de haberse excedido en palabras un dia en el locutorio.

La jaculatoria es de San Bernardo Morlas, muy tierno amante de Jesus: *Robame el corazon y abrásalo con tu divino amor.*

Se rezarán nueve Ave-Marias y todo lo demás como en la pág. 260, y

Al coro de los tronos protectores de este dia le rezaremos un Padre nuestro etc. como el primer dia, pág. 302.

Dia noveno.

Como el primer dia, acto de contricion, pág. 237.

EL SANTÍSIMO NIÑO MAESTRO DE AMOR.

1.° Considera como Jesus por nues-

tro amor se vistió de nuestra carne, para que le amásemos como á nuestro hermano: ¿qué amor tienes tú á Jesus? Si un Rey te adoptase por hermano suyo, te desharias en su amor: ¿cómo amas tan poco á este dulcísimo y amoroso Niño, siendo así, que cuando se hizo hombre, quiso mas tratarte como á hermano, que como á vasallo y súbdito?

2.º Considera como este amor que te mostró Jesus, fué amor desinteresado, pues no tiene utilidad alguna en amarte ni crece en dignidad ni en riquezas por tu amor; aprende de Jesus las condiciones del amor: el amor interesado es un amor muy vil, ni es digno de la generosidad de un corazon cristiano. Debemos amar á Jesus, porque se merece todo nuestro amor; á este blanco debe mirar nuestro amor para que sea semejante al que Jesus nos tuvo.

3.º Considera como el amor de Jesus fué un amor fuerte, pues por amor de los hombres se sujetó á todos los tormentos que padeció en el discurso de

su vida, y todos los tuvo siempre delante de sus ojos: tú querrias amar á Jesus, pero no querrias padecer por él; este es un amor muy flaco, y que no merece tan honroso nombre. Anímate á padecer por quien tanto padeció por tí, y entonces tu amor será segun la idea del amor de Jesus.

La práctica de esta virtud será hacer cada hora del dia un acto de amor á Jesus Niño. Aparecióse el Niño Jesus á una doncella muy sierva suya, y le preguntó si le amaba, á lo que le respondió: que le amaba mas que á sí misma: quiso el santo Niño que le esplicase cuán grande era este amor, y respondió ella con otras espresiones de amor; insistió el santo Niño, queriendo hacer tercera prueba, y le preguntó que hasta dónde llegaba su amor. Entonces ella, cual amante mariposa que en repetidos giros da vuelta al rededor de la llama hasta abrasarse en ella, haciendo un intensísimo acto de amor de Dios, cayó muerta á sus pies como hermosa víctima de la caridad.

La jaculatoria es de la beata Ida, monja Cisterciense, que teniendo en sus brazos al Niño Jesus en la noche de Navidad, le decia continuamente: *Jesus mio, mil veces os amo y os adoro.*

Se rezarán nueve Ave-Marias y todo lo demás como en la pág. 260, y

Al coro de los querubines protectores de este dia, le rezaremos un Padre nuestro, etc. *como el primer dia p. 300.*

GOZOS

AL NACIMIENTO DEL NIÑO JESUS.

Ya que nació el Sumo Bien
 Que á todos causa alegría,
 Con José y con María
 Adóremosle en Belen.

Virgen bienaventurada
 Fuiste vos. porque creiste

Al arcángel cuando oiste
 La celestial embajada;
 Entonces cuando humillada
 Los cielos con pasmo os ven, etc.

José y María gustosos
 Obedecen con amor
 La orden del Emperador
 Partiendo muy presurosos
 Por caminos escabrosos
 Para alistarse en Belen, etc.

Con el frío y su fiereza,
 Trepando varios caminos,
 Van dos pobres peregrinos
 Que al mirarlos envelesa:
 Reparando su pobreza
 Los desechan con desden, etc.

Viendo no hallaban posada,
 José, ¡qué pena tendría!
 Y á María le diria:
 Consuélate Esposa amada,
 Que en tu seno va encerrada
 La fuente de todo bien, etc.

Siendo la noche tan fria,
 Se recojen al portal,
 Y allí sin dolor ni mal
 Pare la Virgen María:
 Del cielo con armonía
 Le cantan el parabien, etc.

Gloria á Dios en las alturas
 Los ángeles van cantando,
 Y la paz van anunciando
 A todas las criaturas:
 La cual gozarán seguras
 Si preparadas estén, etc.

Aquella Estrella brillante
 Conmueve los corazones

A tres reyes, que con dones
 Van á adorarle al instante:
 Buscan á este Rey infante,
 Entrando en Jerusalem, etc.

¿Dónde está el Rey que ha nacido,
 De judios Rey inmenso,
 Que nosotros con incienso,
 Mirra y oro prevenido,
 A adorarle hemos venido
 Con nuestro debido tren? etc.

José puesto de rodillas
 Al lado del Niño tierno.
 Le contempla Dios eterno
 Viendo tantas maravillas,
 Lloro y riega sus megillas
 Por gozar de tanto bien, etc.

Los pastores muy gustosos
 Se van juntos al portal
 A ver á Dios eternal:
 Y rindiéndole obsequiosos
 Con los regalos preciosos
 Sus corazones tambien, etc.

Al punto Herodes turbado
 Junta sabios de la ley,
 Que le dicen que este Rey
 (Como está profetizado)
 De todo el mundo adorado
 Ha de nacer en Belen, etc.

Id, Reyes, dice, gustosos,
 A adorarle, volved presto:
 La ciudad dejan gozosos,
 De nada están temerosos
 Cuando el astro otra vez ven, etc.

Por fin á Belen llegaron,
 Donde era el recién nacido,
 Y su corazon rendido

Con los dones le entregaron:
 Los cetros le consagraron,
 Y las diademas tambien, etc.

V. Notum fecit Dominus, Alleluia.
R. Salutare suum, Alleluia.

Oremus.

*Concede quæsumus Omnipotens Deus,
 ut nos Unigeniti tui nova per Carnem
 nativitas liberet quos sub peccati jugo
 vetusta servitus tenet. Per eundem
 Christum Dominum nostrum. Amen.*

*En la librería de Villanueva, Plaza Mayor núm. 2,
se hallan de venta los libros siguientes:*

La educación de las doncellas, por Fenelon, versión española, por el presbítero D. J. González de Soto, doctor en ciencias, bachiller en filosofía, fundador de dos institutos científicos, y director del colegio politécnico de Madrid.

Jornada del cristiano, por San Bernardo, versión española: por el mismo.

La felicidad en la perfección cristiana; versión española; por el mismo.

Estas tres obras se hallan revisadas y aprobadas por la censura eclesiástica, y recomendada su lectura por varios Prelados y señores Obispos de distintas diócesis.

La Madre de Dios, conocida y amada de sus devotos, ó sea la felicidad de todos los españoles devotos de María Santísima, por el presbítero Don Fr. Atilano Melguizo, Vicario general apostólico del orden de San Bernardo en la congregación de Castilla. Leon, etc.

Alma interior ó guía espiritual en los caminos de Dios, aumentada con el Alma sola con Dios, y prácticas para visitar el Santísimo Sacramento. Por el Padre Baudrand, de la Compañía de Jesús: traducida del Francés por D. M. M. de Carrasquedo, Abogado del Ilustre Colegio de Burgos.

Catecismo práctico para la santificación de los domingos, fiestas y ayunos de todo el año; traducido del inglés y añadido con varias oraciones y las Epístolas tituladas Canónicas, las cuales se

citan algunas veces en el testo del mismo.— Este Catecismo que se vende al ínfimo precio de 4 rs. en rústica á pesar del buen papel é impresion que tiene, apenas es conocido todavía entre las gentes, porque hace poco tiempo que se tradujo del inglés; pero tambien es cierto que pocos libros ascéticos se pueden presentar tan útiles y necesarios á toda clase de personas como él, porque esplica de una manera clara y sencilla el objeto para que fueron instituidas las fiestas, cuál es el espíritu que en ellas debe dominar á los cristianos, y en qué se deben emplear estos para santificarlas.

Tratado teórico y práctico de las indulgencias por J. B. Bouvier.

Ceremonial rural ó de pequeñas iglesias para todas las principales fiestas del año, 6 rs.

Id. manual de todo lo perteneciente al santo sacrificio de la misa rezada y cantada, sus ritos y ceremonias, á 4 rs.

Ofrecimiento del Santísimo Rosario, segun el uso de la sagrada orden de nuestro Padre Santo Domingo de Guzman, 2 rs.

Visitas al Santísimo Sacramento por San Alfonso Maria de Ligorio.

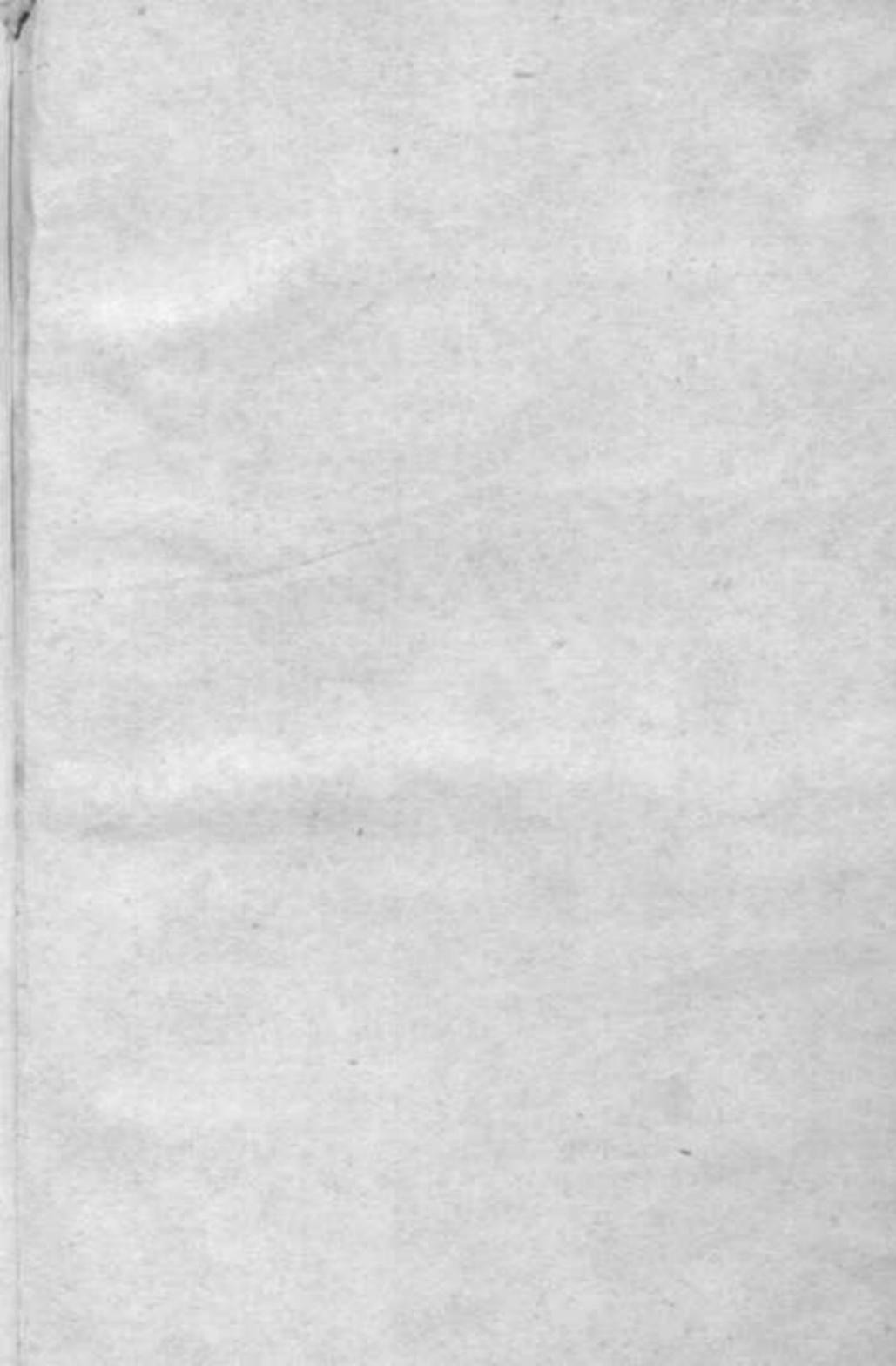
Ejercicios devotos para prepararse á una buena muerte, á 3 cuartos.

Cartilla de oracion mental para principiantes, con algunas breves meditaciones sobre los misterios de nuestra santa religion y novísimos ó postrimerías del hombre, á 6 cuartos.

Novena completa á la Santísima Virgen.

Idem á la Virgen del Cármen.

Idem á San Roque.



4000-

24 E

C90.

En algunas veces en el texto del mismo. —
Catecismo que se vende al ínfimo precio de
1 rs. en rústica á pesar del buen papel e impre-
sa que tiene, apenas es conocido se vende en-
tre los gentes, porque hace poco tiempo que se
tradujo del inglés pero también de tanto que
pocos libros ascéticos se pueden encontrar tan
útiles y necesarios á toda clase de personas. Co-
mo el porque explica de una manera clara y
sencilla el objeto para que fueron instituidas las
fiestas, cuál es el espíritu que en ellas debe do-
minar á los cristianos, y en que se deben em-
plear estas para santificarlas.

Tratado teórico y práctico de las virtudes por
J. B. Bouvier.

Verenificación de las virtudes para todas
las principales fiestas del año. 6 rs.

El manual de todo lo perteneciente al santo sacri-
ficio de la misa rezada y cantada, con ritos y
ceremonias. 2 1/2 rs.

Oficio de la misa de los difuntos, tratado al pie
de la sacra orden de que usa Pío. San Do-
mingo de Guzman. 2 rs.

Visita al Santísimo Sacramento por San Alfonso
Mara de Liguero.

Exercicios devotos para prepararse á una buena
muerte. 6 cuartos.

Carina de oración mental para principiantes, con
algunos breves meditaciones sobre las miserias
de nuestra vida presente y venidera, y sobre
muertes del mundo. 4 6 cuartos.

Devociones corporales á Santísimo Sacramento,
á la Virgen del Carmen.

Oración á San Roque.









G 25189